Aventuras de un Cadáver

Por

Robert Louis Stevenson

Freeditorial

I

La familia Finsbury

Mientras el lector, cómodamente sentado junto al agradable fuego de su chimenea, se entretiene hojeando las páginas de una novela, ¡cuán lejos está de hacerse cargo de los sudores y angustias que ha pasado el autor para componerla! Ni siquiera llega a imaginar las largas horas de lucha para triunfar de las frases difíciles, las pacientes pesquisas en las bibliotecas, su correspondencia con eruditos y oscuros profesores alemanes, en una palabra, todo el inmenso andamiaje que el autor ha levantado y deshecho luego, únicamente para procurarle a él algunos momentos de solaz junto al fuego de la chimenea o para hacerle menos fastidiosas las horas pasadas en el ferrocarril.

Podría yo, pues, comenzar este relato trazando una biografía completa del italiano Tonti, con indicación del lugar de su nacimiento, origen y carácter de sus padres, índole probablemente heredada de la madre, y aduciendo además en comprobación notables ejemplos de precocidad. A esto podría añadir para mayor suplicio del lector, un tratado en regla acerca del sistema económico a que dio nombre el citado italiano. Precisamente tengo dos cajones de mi papelera atestados de materiales indispensables para semejante trabajo, pero no quiero hacer gala de erudición barata. Tonti murió hace ya bastante tiempo, y hasta debo declarar en conciencia que jamás he logrado encontrar a nadie que llore su muerte. En cuanto al sistema de las tontinas, he aquí en breves palabras lo que considero indispensable para la inteligencia del sencillo y verídico relato que vendrá después.

Cierto número de alegres jovenzuelos reúnen en común determinada cantidad, que depositan inmediatamente en un banco a interés compuesto. Los depositarios viven cada uno como puede, y como es natural, andando el tiempo, van muriendo unos detrás de otros. Cuando han muerto todos menos uno, este feliz mortal cobra la suma depositada, juntamente con los intereses compuestos. Lo más corriente es, según toda verosimilitud, que el afortunado superviviente en cuestión se halle tan sordo que no pueda ya oír el ruido que produce el feliz suceso, y hasta es casi seguro que apenas le quedará tiempo para gozar en parte de su fortuna. Ahora comprenderá el lector lo que este sistema tiene de poético, por no decir de cómico; pero al mismo tiempo hay en él algo de azaroso que le da cierta apariencia de deporte y que en otro tiempo le dio mucha boga.

En la época en que Joseph Finsbury y su hermano Mastermann iban aún con pantalón corto, su padre, acomodado comerciante de Cheapside, los

inscribió en una tontina de treinta y siete participantes. Cada parte representaba mil libras esterlinas. Joseph Finsbury recuerda todavía la visita que hicieron al notario todos los minúsculos miembros de la tontina, todos próximamente de la misma edad que él, reunidos en el despacho del representante de la fe pública y que iban sentándose por turno en un amplio sillón para poner su firma, auxiliados por un venerable anciano con anteojos y con botas a lo Wellington. Recuerda también que después de la sesión estuvo jugando con los demás muchachos en un pradecillo que había a espaldas de la casa del notario, donde, por más señas, riñó descomunal batalla con uno de sus compañeros de tontina, que se había permitido tirarle de la nariz. El rumor de la batalla interrumpió al notario, que estaba obsequiando a los padres con pasteles y vino. Gracias a esto fueron separados inmediatamente los combatientes, y Joseph (que era el más pequeño de los adversarios), tuvo la satisfacción de oír al anciano de las botas a lo Wellington alabar su bravura y de saber al mismo tiempo de labios del mismo que se había conducido, a su edad, de un modo análogo. Esto hizo pensar a Joseph si dicho señor tendría ya en aquella época la cabeza calva, los anteojos y las botas a lo Wellington. En 1840 se hallaban aún en vida todos los treinta y siete subscriptores; en 1850 faltaban ya seis; en 1856 y 1857 la corriente natural de la vida auxiliada por la guerra de Crimea y la gran rebelión de las Indias, se llevó a la tumba nada menos que nueve tontineros. En 1870 sólo quedaban cinco con vida, y, en la época a que se refiere mi relato, quedaban únicamente tres, entre los cuales se contaban Joseph Finsbury y su hermano mayor.

Por esta época, Mastermann Finsbury se disponía a cumplir setenta y tres años. Habiendo experimentado desde hacía largo tiempo las molestas consecuencias de la edad, tuvo que abandonar los negocios y vivía en el más completo retiro, en el domicilio de su hijo Michael, que era ya abogado de gran fama. Por su parte, Joseph se mantenía bastante bien y gustaba de pasear por las calles su casi venerable fisonomía. Debo agregar que esto parecía tanto más escandaloso cuanto que Mastermann había llevado, hasta en los menores detalles, una vida verdaderamente inglesa. La actividad, la regularidad, la decencia y una decidida afición al cuatro por ciento, virtudes nacionales que todos están de acuerdo en considerar como base indispensable de una robusta vejez, las había practicado Mastermann Finsbury en el más alto grado, ¡y he aquí a qué situación le habían reducido a los setenta y tres años! En cambio Joseph, a quien sólo llevaba dos años, y que se mantenía en el más envidiable estado de conservación, se había distinguido toda su vida por la pereza y la excentricidad. Dedicado en un principio al comercio de cueros, no tardó en cansarse de los negocios. Una pasión desdichada por los conocimientos generales, que no había sido reprimida a su debido tiempo, había empezado a minar desde entonces los cimientos de su edad madura. No hay pasión que más debilite el espíritu, a no ser tal vez ese prurito de hablar en público, que

suele ser, por otra parte, su compañero o sucedáneo. Por de pronto, en el caso de Joseph, se hallaban reunidas ambas enfermedades; poco a poco se fue declarando el período agudo, en que el paciente da conferencias gratuitas y, al cabo de pocos años, el desdichado había llegado a tal punto que no tenía inconveniente en hacer un viaje de cinco horas, para ir a dar una conferencia ante los chicuelos de una escuela primaria.

No quiere decir esto, ni mucho menos, que Joseph Finsbury fuese un sabio. Toda su erudición se limitaba a lo que aprendía en los manuales elementales y en los periódicos cotidianos. Ni siquiera llegaba su ambición hasta las enciclopedias; «su libro», según él decía, «era la vida». No tenía inconveniente en reconocer que sus conferencias no se dirigían a los profesores de las universidades, sino «al gran corazón del pueblo», según frase suya. Su ejemplo podría inducir a creer que el corazón del pueblo es independiente de su cabeza, porque es lo cierto que, a pesar de su tontería y su carácter ramplón, las lucubraciones de Joseph Finsbury solían ser favorablemente acogidas. Citaba entre otras, con gran satisfacción, el éxito de la conferencia que había dado a los obreros sin trabajo, sobre el tema siguiente: Cómo se puede vivir desahogadamente con ochenta libras anuales. La educación, su fin, su objeto, le había valido a Joseph, en varios sitios, la consideración respetuosa de una multitud de imbéciles. En cuanto a su célebre discurso acerca de El seguro de vida en sus relaciones con las masas, dirigido a la Sociedad para la Mejora Mutua de los trabajadores de la Isla de los Perros, produjo tal entusiasmo a dicha sociedad (lo cual hace formar muy triste idea de la inteligencia colectiva de la misma) que al año siguiente eligieron a Finsbury como presidente honorario. Este título no tenía en verdad nada de gratuito, puesto que su poseedor debía hacer un donativo anual a la caja de la sociedad; pero no por eso se sintió menos halagado y satisfecho el amor propio del nuevo presidente.

Ahora bien, mientras Joseph iba labrando su reputación entre los ignorantes de la especie cultivada, su vida doméstica se vio de pronto turbada por la presencia de dos huérfanos. La muerte de su hermano menor James le convirtió en tutor de dos muchachos y en el curso de aquel mismo año se aumentó su familia con el aditamento de una señorita de poca edad, hija de John Henry Hazeltine, hombre de escasa fortuna y que al parecer no tenía muchos amigos. El tal Hazeltine no había visto a Joseph Finsbury más que una vez, en una sala de conferencias de Holloway; pero al salir de allí, se fue en derechura a casa de su notario, y redactó un nuevo testamento, legando al conferenciante el cuidado de su hija así como del pequeño patrimonio de ésta. Joseph era en toda la extensión de la palabra, hombre de buena pasta; y sin embargo aceptó muy de mala gana esta nueva responsabilidad; puso un anuncio solicitando un aya y compró de lance, un cochecito de niño. Con mayor gasto había acogido algunos meses antes a sus dos sobrinos, Maurice y John, y esto no tanto a causa de los lazos del parentesco, sino porque el

comercio de cueros, en que naturalmente se había apresurado a comprometer las treinta mil libras de la fortuna de sus sobrinos, había empezado a mostrar inexplicables síntomas de decadencia. Inmediatamente escogió como gerente de la empresa a un joven escocés bastante listo y a partir de aquel momento, Joseph Finsbury no volvió a dejarse atormentar por la fastidiosa preocupación de los negocios. Dejando su comercio y su hogar al cuidado del inteligente escocés, emprendió un largo viaje por el continente, y extendió sus correrías hasta el Asia Menor.

Con una biblia políglota en una mano y un manual de conversación en la otra recorrió sucesivamente comarcas de doce idiomas distintos. Abusó de la paciencia de los intérpretes, a reserva de pagarles una justa remuneración, cuando no podía obtener que le sirviesen gratuitamente; y creo inútil añadir que llenó con sus observaciones numerosos cuadernos.

En estas fructuosas consultas del gran libro de la vida humana empleó varios años y no volvió a Inglaterra hasta que la edad de sus pupilos exigió de su parte nuevos cuidados. Los dos muchachos habían sido colocados en un colegio barato, se entiende, pero bastante bueno, donde habían recibido una sana educación comercial: demasiado sana tal vez, puesto que, dada la situación en que se hallaba el comercio de los cueros, ésta hubiera ganado mucho con no ser objeto de muy profundo examen.

Lo cierto es que, cuando Joseph se dispuso a presentar a sus sobrinos sus cuentas de tutela, descubrió con gran pesar que la herencia de su hermano no había crecido bajo su protectorado. Aun suponiendo que dejase a sus dos sobrinos hasta el último centavo de su fortuna personal, había visto con terror que tendría que declarar un déficit de siete mil ochocientas libras.

Cuando tuvo que comunicar estos hechos a ambos hermanos, en presencia de un procurador, Maurice Finsbury amenazó a su tío con todos los rigores de la ley; hasta creo que no hubiera vacilado (a pesar de los lazos de la sangre) en recurrir a las medidas más excesivas, si no lo hubiese contenido el procurador. «¡Jamás logrará usted sacar agua de una piedra!», le dijo juiciosamente.

Maurice comprendió la exactitud de esta frase proverbial y se resignó a celebrar un arreglo con su tío. Por una parte, renunciaba Joseph a cuanto poseía y reconocía a su sobrino una participación importante en la tontina que empezaba a ser una especulación de las más serias. Por otra, se comprometía Maurice a mantener a su costa a su tío lo mismo que a miss Hazeltine (cuyo modesto patrimonio había desaparecido igualmente) y a suministrar a cada uno de ellos una libra esterlina por mes para sus gastos menudos.

Esta subvención era más que suficiente para las necesidades del anciano, pero cuesta trabajo creer que la pobre joven tuviese bastante con tan modesta suma para vestirse decentemente; sin embargo, lo conseguía sabe Dios cómo,

y lo que es más extraño aún, nunca se quejaba. Por otra parte, tenía sincero cariño a su tutor, a pesar de lo inútil que era éste para velar por ella. Al menos nunca se había mostrado duro ni malo con su pupila y, después de todo, tenían algo de enternecedor la curiosidad infantil que le inspiraban todos los conocimientos inútiles y los goces inocentes que le procuraba el más insignificante testimonio de admiración que se le dispensase. Sea como quiera, lo cierto es que, aunque el procurador declaró lealmente a Julia Hazeltine que el arreglo con Maurice constituía para ella un verdadero despojo, la excelente joven se negó a agravar las dificultades del bueno de Joseph. A consecuencia de esto entró el arreglo en vigor.

Moraban juntas estas cuatro personas en un caserón sombrío y lúgubre de John Street, en Bloomsbury, constituyendo al parecer una familia, aunque en realidad fuesen una asociación financiera. Naturalmente, Julia y el tío Joseph eran dos esclavos. John, absorbido completamente por su pasión por el banjo, el café-concert, el trato con artistas y los periódicos deportivos, era un personaje condenado desde la cuna a no representar más que un papel secundario. De este modo todas las penas y todas las alegrías del poder se encontraban en manos de Maurice.

Sabida es la costumbre que han tomado los moralistas de consolar a los débiles de espíritu asegurándoles que en toda la vida están compensadas las penas y las alegrías, o con muy escasa diferencia; pero, aun sin querer insistir sobre el error teórico de esta piadosa mixtificación, puedo afirmar que en el caso de Maurice la suma de amarguras excedía en mucho a la de dulzuras. El joven no se evitaba ninguna clase de fatiga y tampoco se las evitaba a los demás; él era el que despertaba a los criados, el que encerraba bajo llave las sobras de las comidas, el que probaba los vinos, el que contaba los bizcochos. Todos los sábados, con ocasión de la revisión de facturas, teman lugar escenas penosas; se cambiaba con frecuencia la cocinera y a menudo los proveedores; sobre la escalera de servicio, y a propósito de una diferencia de cuatro perras, vertía todo su repertorio de injurias. A los ojos de un observador superficial, Maurice Finsbury se hubiera expuesto a pasar por un avaro; a sus propios ojos era simplemente un hombre a quien habían robado. La Sociedad le debía 7800 libras esterlinas, y estaba resuelto a cobrárselas.

Pero en lo que más claramente se manifestaba el carácter de Maurice era en su conducta con el tío Joseph, el cual era una inversión sobre la que el joven tenía fundadas grandes esperanzas; así es que para conservarlo no retrocedía ante nada. Todos los meses, estuviese o no enfermo, el viejo tenía que sufrir el examen minucioso de un médico. Su régimen, sus vestidos, sus excursiones, todo eso se lo administraba como la papilla a los niños. A poco que el tiempo fuese malo, prohibición de salir. Cuando hacía buen tiempo, el tío Joseph tenía que encontrarse en el vestíbulo a las nueve en punto de la

mañana. Maurice veía si llevaba guantes y si sus zapatos no estaban agujereados; después de lo cual los dos hombres se iban al despacho, del brazo. Paseo que, indudablemente, nada tenía de alegre, pues los dos compañeros no se tomaban la menor molestia en mostrarse mutuos sentimientos amistosos. Maurice no había dejado nunca de reprochar a su tutor el déficit de las 7800 libras, ni de lamentarse de la carga suplementaria constituida por miss Hazeltine, y Joseph, por buen hombre que fuese, experimentaba hacia su sobrino algo muy semejante al odio. Y aun así, la ida no era nada en comparación a la vuelta, pues la simple vista del despacho, sin contar todos los detalles de lo que allí ocurría, hubiese bastado para envenenar la vida de los dos Finsbury.

El nombre de Joseph continuaba inscrito sobre la puerta, y era él quien conservaba aún la firma de los cheques; pero todo aquello no era más que pura maniobra política por parte de Maurice, destinada a desanimar a los otros miembros de la tontina. En realidad, Maurice era el que se ocupaba del negocio de los cueros; y he de agregar que este negocio era para él una inagotable fuente de disgustos. Había tratado de cederlo, pero sólo le hicieron proposiciones inaceptables. Intentó luego darle mayor extensión, y sólo logró aumentar los gastos; por último, se decidió a restringirlo y únicamente redujo las ganancias. Nadie había sabido jamás sacar un cuarto del negocio de los cueros, a no ser el inteligente escocés, que al despedirle Maurice, se había instalado en las cercanías de Banff y se había hecho construir una hermosa casa de campo con los beneficios. Maurice no dejaba de maldecir ni un solo día la memoria de aquel escocés fullero, mientras sentado en su despacho, abría la correspondencia, teniendo al anciano Joseph sentado en una mesa al lado aguardando órdenes con ademán huraño. La ira de Maurice subió de punto cuando el escocés llevó su cinismo hasta enviarle su esquela de matrimonio con Davida, la hija mayor del reverendo Baruch Mac Craw.

Las horas de oficina habían quedado reducidas a la menor cantidad posible. Por muy profundo que fuese en Maurice el sentimiento de sus deberes (para consigo mismo), este sentimiento no llegaba hasta inspirarle el valor suficiente para permanecer mayor número de horas entre los cuatro muros de su despacho, donde la sombra de la bancarrota iba adquiriendo cada día mayores proporciones. Tras algunas horas de espera, patrón y empleados lanzaban un suspiro, se desperezaban, so pretexto de cobrar fuerzas para el fastidio del día siguiente. Entonces el comerciante en cueros volvía a conducir a John Street su capital viviente, cual si se tratase de un perro de salón. Hecho esto, y después de dejar a su tío encerrado en casa, se iba a explorar las tiendas de los chamarilleros, en busca de sortijas con sello, que constituían la única pasión de su vida.

En cuanto a Joseph, tenía más que la vanidad de un hombre, pues tenía la

de un conferenciante. Confesaba que se había conducido mal, por más que otros se habían conducido peor con él, especialmente el listo escocés. Pero declaraba que, aun en el caso de haber mojado sus manos en sangre, no hubiera merecido seguramente ser llevado de la mano como un mocosuelo, ni permanecer como preso en el despacho de su propia casa de comercio, ni oír sin cesar los comentarios más mortificantes acerca de su vida pasada, ni sufrir todas las mañanas una revista de su traje, el cuello y los guantes, ni por último, ser paseado por la calle ni conducido a su casa como un niño pequeño por la mano de su nodriza. Al pensar en todo esto, se henchía su alma de veneno. Se apresuraba a colgar en una percha en el vestíbulo, su sombrero, su abrigo y sus odiosos guantes, e inmediatamente subía a unirse a Julia y se ponía a manejar sus famosos cuadernos. Por lo menos, el salón de la casa se hallaba al abrigo de Maurice; pertenecía al anciano y a la joven. Allí cosía ésta sus vestidos; allí llenaba de tinta sus anteojos al tío Joseph, entregado por completo a la dicha de anotar hechos sin consecuencia o de consignar las cifras de estadísticas imbéciles.

Con frecuencia, mientras estaba en el salón con Julia, deploraba la fatalidad que había hecho de él miembro de una tontina.

—A no ser por esa maldita tontina —decía lamentándose cierta noche—, Maurice no se cuidaría de guardarme. Entonces, Julia, podría yo ser un hombre libre y podría ganarme fácilmente la vida dando conferencias.

—¡Seguramente que le sería a usted muy fácil! —respondía Julia, que tenía un corazón de oro—. Es una cobardía y una acción muy fea de parte de Maurice, privarle a usted de una cosa que le divierte tanto.

—Sí, hija mía, es un ser desprovisto de inteligencia —exclamaba Joseph —. Figúrate la magnífica ocasión de instruirse que tiene aquí tan a mano, y, sin embargo, la desprecia. La suma de conocimientos diversos que yo podría comunicarle, querida Julia, si consintiese en escucharme, es tan grande, que no hay palabras para hacértela comprender.

—En todo caso, querido tío, procure usted no agitarse demasiado —le decía con suavidad Julia—. Porque ya sabe usted que al menor síntoma de malestar, enviarán a buscar al médico.

—Es cierto, hija mía; tienes mucha razón —respondía el anciano—. Voy a tratar de dominarme. El estudio me devolverá la calma.

Dicho esto, iba a buscar su colección de cuadernos.

—Yo me pregunto —se arriesgaba a decir—, yo me pregunto si mientras trabajas con las manos, no te interesaría tal vez oír…

—¡Ya lo creo! Me interesaría mucho —exclamaba Julia—. Vamos, léame

usted alguna de sus observaciones.

Inmediatamente abría el cuaderno y, asegurándose los anteojos en la nariz, cual si el anciano quisiese impedir toda retracción posible por parte de su auditora, empezó del modo siguiente, cierta noche:

—Lo que me propongo leerte hoy —diciendo esto tosió, para aclarar la voz— será, si me lo permites, las notas recogidas por mí después de una muy importante conversación con un empleado de correos asirio llamado David Abbas. Abbas, significa en latín lo mismo que cura, cosa que tal vez ignores. Los resultados de esta conversación, compensan con exceso lo que me costó, porque como Abbas parecía impacientarse algo por las preguntas que le dirigía acerca de diversos puntos de estadística regional, me vi obligado a convidarle a beber.

Pero en el momento en que, después de toser nuevamente, se disponía a continuar su lectura, entró Maurice violentamente en la casa, llamó con vivacidad a su tío, y un momento después penetró en el salón blandiendo un periódico de la noche.

Y en verdad, traía una gran noticia. El periódico anunciaba la muerte del teniente general sir Glasgow Beggar, caballero comendador de la orden india de la Estrella y de la orden de San Michael y San George. Esto significaba pura y sencillamente que la tontina no contaba ya sino dos miembros: los dos hermanos Finsbury. Al fin parecía sonreír la suerte a Maurice.

No quiere decir esto que los dos hermanos fuesen ni hubiesen sido jamás grandes amigos. Cuando circuló la noticia del viaje de Joseph al Asia Menor. Mastermann, que era hombre aficionado a la caza y amante de las tradiciones, se expresó con cierta irritación. «¡La conducta de mi hermano es simplemente poco decorosa! Acuérdense ustedes de lo que digo: ¡Acabará por ir al Polo Norte! ¡Es un verdadero escándalo para un Finsbury!». Estas amargas palabras habían sido repetidas más tarde al viajero. Pero todavía recibió éste otra afrenta mayor, pues Mastermann se había negado a asistir a la conferencia La educación, su fin, su objeto, su utilidad y su alcance, aunque le habían reservado un sitio de honor. Desde entonces no se habían vuelto a ver los dos hermanos. Pero por otra parte, jamás habían reñido abiertamente, de modo que todo inducía a creer que no sería difícil llegar a un acuerdo entre ambos. Joseph (por orden de Maurice) tenía que prevalerse de su situación de hermano menor, y Mastermann no había pasado nunca por avaro ni por hombre de mal carácter. ¡Se habían, pues, reunido todos los elementos para un compromiso entre los dos hermanos! Así pues, al día siguiente, animado por la perspectiva de poder cobrar al fin sus siete mil ochocientas libras, se presentó como una tromba en el despacho de su primo Michael.

Michael Finsbury tenía ya cierta celebridad. Lanzado desde muy temprano

en la jurisprudencia y sin dirección, había llegado a ser especialista en asuntos difíciles. Se le conocía como abogado de las causas perdidas; se sabía que era capaz de obtener un testimonio de un leño, o de hacer producir intereses a una mina de oro. Por lo tanto, su bufete se veía constantemente sitiado por la innumerable casta de los que tienen aún un átomo de reputación que perder, y se hallan a punto de perderla; de los que han contraído amistades peligrosas; de los que han dejado extraviarse papeles que los comprometen, o de aquéllos a quienes pretenden extorsionar sus antiguos criados. En la vida privada, Michael era un hombre aficionado a divertirse, pero su experiencia profesional, le había inspirado por contraste, gran afición a los negocios productivos y de escaso riesgo. Por último, y éste es un detalle no despreciable, Maurice sabía que su primo había siempre echado pestes contra la historia de la tontina.

Se presentó, pues, aquella mañana a su primo, casi con la seguridad de triunfar, y empezó a exponerle febrilmente su plan. Le dejó el abogado, sin interrumpirle, insistir durante un cuarto de hora largo, acerca de las ventajas evidentes de un compromiso que había de permitir a ambos hermanos repartirse el total de la tontina. Por último, Maurice vio a su primo levantarse de su sillón y llamar a un empleado.

—¡Pues bien, Maurice —dijo Michael—, el asunto no me conviene!

En vano insistió y habló el negociante en cueros, y volvió todos los días siguientes para tratar de convencer a su primo. En vano le ofreció una bonificación de mil, dos mil, tres mil libras. En vano ofreció, en nombre de su tío Joseph, contentarse con la tercera parte de la tontina, dejando a Michael y a su padre las otras dos terceras partes. El abogado le respondía siempre:

—¡No me conviene!

—¡Michael! —exclamó al fin Maurice—, no sé qué es lo que pretende usted, pues no responde ni una sola palabra en contra de mis argumentos. Por mi parte creo que no tiene más objeto que contrariarme.

El abogado sonrió con benevolencia.

—En todo caso —dijo— hay una cosa que puede usted creer, y es que estoy resuelto a no aceptar su proposición. Ya ve usted que hoy soy un poco más expansivo, porque es la última vez que hemos de hablar de este asunto.

—¡La última vez! —exclamó Maurice.

—¡Sí, amigo mío! —respondió Michael—. No me es posible dedicarle más tiempo. Y a propósito, ¿no tiene usted nada que hacer? ¿Marcha por sí solo el comercio de cueros, sin necesidad de que usted se ocupe de él?

—¡Veo que sólo se propone usted contrariarme! —gruñó Maurice furioso

—. Desde la infancia me ha tenido usted siempre mala voluntad y me ha despreciado.

—¡Qué disparate! ¡De ninguna manera! ¡Jamás he pensado en odiarle! —replicó Michael en el tono más conciliador—. Al contrario, siempre le he profesado amistad. ¡Es usted un individuo tan extraordinario, tan imprevisto, tan romántico, por lo menos en apariencia!

—¡Tiene usted razón! —dijo Maurice, sin escucharle—, es inútil que vuelva por aquí, y me propongo ver a su padre en persona.

—¡Oh, no le verá usted! —dijo Michael—. No está visible para nadie.

—Quisiera yo saber por qué —exclamó su primo.

—¿Por qué? Nunca he ocultado el motivo: porque está demasiado enfermo.

—Si está tan enfermo como usted afirma —gritó Maurice—, razón de más para que usted acepte mi proposición. ¡Quiero ver a su padre!

—¿De veras? —preguntó Michael.

Dicho esto, se levantó y llamó a su empleado.

Entretanto llegó el momento en que, según la opinión de sir Faraday Bond, el ilustre médico cuyo nombre conocen seguramente nuestros lectores, por haberlo visto en los periódicos, el infortunado Joseph Finsbury, punto de mira de los afanes de Maurice, debía trasladarse a Bournemouth, para respirar aire más puro. En su compañía se instaló toda la familia en aquel elegante desierto poblado de villas. Julia estaba encantada, porque, en Bournemouth solía hacer nuevas relaciones; John, por el contrario, estaba desolado, porque todos sus goces los tenía en la ciudad; a Joseph le era completamente indiferente estar allí o en otro sitio, con tal de tener a mano una pluma, tinta y algunos periódicos; en fin, Maurice estaba, en suma, bastante satisfecho, porque su estancia en el campo le permitía hacer menos visitas a su oficina y le dejaba tiempo para reflexionar en su situación.

El pobre mozo estaba dispuesto a todos los sacrificios; lo único que deseaba era recobrar su dinero y poder enviar a paseo el comen lo de cueros. En tal situación de ánimo, y dada la moderación de sus exigencias, le parecía muy extraño no poder convencer a su primo Michael. «¡SI por lo menos pudiera adivinar los motivos que le impulsan a rechazar mi oferta!», se repetía a sí mismo, sin casar. En efecto, de día, paseándose por los bosques de Branksome, de noche, revolviéndose en la cama, en la mesa, olvidándose de comer, y en el baño no pensando en vestirse, siempre sentía su espíritu asediado por el mismo problema: «¿Por qué no acepta Michael?».

Al fin, se lanzó una noche a la habitación de su hermano, a quien despertó

dándole fuertes sacudidas.

—¿Qué hay? ¿Qué sucede? —preguntó John.

—Mañana se marcha Julia —respondió Maurice—. Vuelve a Londres a poner la casa en orden y buscar una cocinera. ¡Nosotros nos marcharemos pasado mañana!

—¡Bravo! —exclamó John—. ¿Y por qué?

—¡John, he resuelto el problema! —replicó gravemente su hermano.

—¿Qué problema? —preguntó John.

—¡He descubierto por qué no acepta Michael mi compromiso! —dijo Maurice—. ¡No lo acepta porque no puede aceptarlo, porque nuestro tío Mastermann ha muerto, y él quiere ocultar su muerte!

—¡Dios omnipotente! —exclamó el impresionable John—. ¿Pero con qué motivo? ¿Qué interés puede tener en ello?

—¡Impedirnos cobrar los beneficios de la tontina!

—¡Pero si no puede! —replicó John—. Tú puedes exigirle un certificado del médico.

—¿Y no has oído hablar nunca de médicos que se dejan sobornar? Abundan tanto como las fresas en los bosques; hallarás cuantos quieras a tres libras y media por cabeza.

—¡Lo que es yo, si fuera médico, no lo haría por menos de cuarenta libras! —No pudo menos de decir John.

—Así pues, Michael se propone explotarnos a nosotros —prosiguió Maurice—. Su clientela va disminuyendo y su reputación declina; evidentemente tiene alguna intriga entre ceja y ceja, porque el tunante es más listo que Cardona. Pero yo no me mamo el dedo, y además tengo de mi parte la ventaja de la desesperación. Siendo niño y huérfano, me han hecho perder siete mil ochocientas libras.

—¡Vaya, no me vengas con tu monserga de siempre! —le interrumpió John—. ¡Ya sabes que has perdido mucho más por quererte desquitar de esa pérdida!

II

En que Maurice se dispone a obrar

Algunos días después, el curioso lector (de F. de Boisgobey) hubiera podido observar a los tres miembros masculinos de esta triste familia, que se disponían a tomar el tren de Londres en la estación de Bournemouth.

Conforme a lo que rezaba el barómetro, el tiempo debía ser variable, y Joseph Finsbury llevaba el traje propio de dicha temperatura, conforme a las prescripciones de sir Faraday Bond, porque no hay que olvidar que este ilustre galeno no es menos rígido en lo relativo al vestido, que en lo referente al régimen alimenticio.

Aun me atrevo a decir que hay pocas personas de salud delicada que, por lo menos, no hayan probado a conformarse con las prescripciones de sir Faraday Bond.

«Evítense los vinos tintos, la carne de cordero, la confitura de naranjas y el pan no tostado».

Además, dice a sus enfermos:

«Acuéstese usted todas las noches a las once menos cuarto, y vístase de franela higiénica de pies a cabeza. Para la calle, no hay nada tan indicado como las pieles de marta. Tampoco debe usted dejarse de calzar en casa de los señores Dall y Crumbie».

Por último, después de cobrar la visita, sir Faraday no deja de llamar al cliente para recomendarle de modo categórico, en la puerta de su gabinete, que si quiere preservar su vida, se abstenga de comer esturión cocido.

El desdichado Joseph estaba sometido con espantoso rigor al régimen de sir Faraday Bond. Aprisionaban sus pies las consabidas botas suizas; su pantalón y americana eran de verdadero paño higiénico; su camisa era de franela, no menos higiénica (aunque a decir verdad, no de la más cara), y se hallaba envuelto en la inevitable pelliza de piel de marta. Los mismos empleados de la estación de Bournemouth podían reconocer en aquel anciano a una víctima de sir Faraday, que, dicho sea de paso, enviaba a todos sus pacientes a veranear en el mismo punto. En la persona del tío Joseph no había, a decir verdad, más que un solo indicio de sus aficiones individuales, a saber: una gorra de turista de visera puntiaguda. Toda la elocuencia de Maurice había sido inútil ante la obstinación del anciano en conservar aquel tocado que le recordaba la terrible emoción que experimentó en otro tiempo, al encontrarse con un chacal medio muerto en las llanuras de Éfeso.

Subieron los tres Finsbury en su vagón e inmediatamente empezaron a disputar, circunstancia insignificante, al parecer, pero que resultó ser, a un tiempo, muy desdichada para Maurice, y (me lisonjeo en creerlo así), muy feliz para los lectores. Porque si en vez de enredarse en la disputa, Maurice hubiera tenido la ocurrencia de asomarse a la ventanilla, hubiera sido

imposible escribir la presente novela. En efecto, Maurice no hubiera podido menos de observar la entrada en el andén de un segundo viajero, vestido con el uniforme de sir Faraday Bond, y que se instaló en el vagón inmediato. Pero el pobre mozo tenía, a su parecer, algo más grave que pensar (¡y bien sabe Dios cuánto se engañaba!) y mucho más importante que pasearse por el andén antes de ponerse el tren en marcha.

—¡Habráse visto cosa igual! —exclamó apenas tomó asiento, reanudando una discusión que, por decirlo así, no había cesado desde por la mañana—. ¡Ese cheque no es de usted, es mío!

—¡Lleva mi firma! —replicó el anciano, con obstinación llena de amargura—. Tengo derecho para hacer con mi dinero lo que me da la gana.

El cheque en cuestión era uno de ochocientas libras que Maurice había entregado a su tío durante el almuerzo, para que lo firmase, y que el anciano se había guardado bonitamente.

—¡Oyes, John! —dijo Maurice—. ¡Habla de su dinero! ¡Cuando hasta la ropa que lleva puesta me pertenece!

—¡Déjale tranquilo! —gruñó John—. ¡Ya me vais cargando los dos!

—¡Caballerito! —gritó Joseph—. Ése no es modo digno de tratar a su tío. ¡Estoy resuelto a no permitir que se me falte más al respeto! ¡Son ustedes un par de tunantes, groseros en demasía, desvergonzados e ignorantes; y he decidido poner término a semejante estado de cosas!

—¡Carambita! —dijo el amable John.

Pero Maurice no tomó el asunto con tanta calma. El acto imprevisto de insubordinación de su tío le había llenado de estupefacción. Las últimas palabras del anciano no auguraban nada bueno. Se contentó con lanzar al tío Joseph miradas inquietas, y acabó por decir:

—¡Está bien! Ya arreglaremos eso en Londres.

Con mano temblorosa abrió un número de El mecánico inglés e hizo alarde de sumergirse en el estudio de este periódico.

—¿Qué mosca le habrá picado? —pensaba su sobrino—. ¡Este incidente no me huele bien!

Diciendo esto se rascaba la nariz, indicio habitual en él de una lucha interior. Entretanto, corría el tren por aquellos campos, arrastrando su ordinaria carga de seres humanos entre los que figuraba el anciano Joseph, absorto, al parecer, en la lectura de su periódico; a John, que medio dormitaba leyendo las anécdotas de un periódico cómico, y a Maurice, en cuyo cerebro se agitaba un mundo de resentimientos, sospechas y alarmas. De esta suerte,

fue el tren dejando atrás la playa de Christ-Church, Herne, con sus bosques de abetos, Ringswood y otras estaciones más. Con ligero retraso, que nada tenía de anormal, llegó a una estación en medio del Bosque Nuevo, estación que disfrazaré con el pseudónimo de Browndean, para el caso de que la Compañía del Suroeste se sintiese molestada por mis revelaciones.

Se asomaron a las ventanillas numerosos viajeros, y precisamente entre ellos, el anciano antes citado, y cuya subida al tren no había podido observar Maurice. Permítaseme aprovechar la ocasión para dar aquí algunas breves indicaciones acerca de este personaje, porque, en primer término, esto me dispensará de volver a hablar de él y, además, porque creo que, durante el curso de mi historia, no me será dado encontrar otro personaje tan respetable. Su nombre no hace caso, pero sí su modo de vivir. Este anciano caballero se había pasado la vida viajando por Europa y, al fin y al cabo, como treinta años de lectura del Calignahi’s Messenger le habían cansado la vista, había vuelto a Inglaterra repentinamente, para consultar a un oculista. Del oculista pasó al dentista, y de éste al médico, según la inevitable gradación. Por el momento, nuestro anciano viajero se hallaba en manos de sir Faraday Bond; vestía con arreglo al modelo higiénico ya citado, y, después del obligado veraneo en Bournemouth, volvía a Londres para dar cuenta de su conducta al eminente galeno. Era uno de esos viejos ingleses ramplones y monótonos, con quien nos hemos codeado cien veces en las mesas de Colonia, de Salzburgo y de Venecia. Todos los hoteleros de Europa conocen de memoria la serie completa de semejantes viajeros, y, sin embargo, si mañana desapareciese de pronto la serie entera, nadie notaría su falta. El viajero que nos ocupa, en particular, se distinguía por su desconsoladora inutilidad. Antes de partir, había pagado su cuenta en Bournemouth. Todos sus bienes muebles, constituidos por dos baúles, se hallaban depositados en el furgón de equipajes. En el caso de que llegase a desaparecer bruscamente, los baúles, pasado el plazo reglamentario, serían adjudicados a un judío como equipajes no reclamados; el ayuda de cámara de sir Faraday Bond se vería privado a fin de año de algunos chelines de propina; todos los hoteleros de Europa echarían de ver, por la misma fecha, una ligera disminución en sus beneficios; y a esto se reduciría todo.

Tal vez el viejo caballero andaría rumiando entre sí algo parecido a lo que acabo de decir, porque tenía un semblante bastante melancólico cuando apartó su cráneo calvo de la ventanilla, mientras que el tren penetraba bajo el puente, con su penacho de humo, e iba luego dejando atrás, con acelerada velocidad, las espesuras y los claros del Bosque Nuevo, mas de pronto, a algunos centenares de metros de Browndean, se paró el tren bruscamente. Maurice Finsbury oyó repetido rumor de voces y se precipitó a la ventanilla. Se oían aullidos de mujeres y se veían viajeros que saltaban a la vía, mientras que los empleados del tren les gritaban que no se levantasen de sus asientos. Después empezó el tren a retroceder lentamente hacia Browndean; y un minuto más

tarde, todos aquellos diversos ruidos se confundieron con el silbido apocalíptico y el choque terrible del expreso, que venía en sentido opuesto.

Maurice no oyó el ruido final de la colisión. ¿Había, tal vez, perdido el conocimiento? Sólo conservaba un vago recuerdo de haber visto, como en sueños, caer y volcarse su vagón, hecho pedazos, como un castillo de naipes. Y la verdad es que, cuando volvió en sí, yacía en tierra y tenía encima de la cabeza un cielo plomizo y feo, cuya vista le hacía mucho daño. Se llevó la mano a la frente, y no fue poca su sorpresa al verla teñida de sangre. En el aire vibraba un zumbido intolerable que Maurice supuso que dejaría de oír cuando hubiese vuelto en sí por completo. Era como el ruido de una fragua en acción.

Movido por el aguijón instintivo de la curiosidad, se incorporó enseguida, se sentó, y miró en torno suyo. En aquel sitio formaba la vía un brusco recodo, y Maurice divisó en torno suyo los restos del tren de Bournemouth. Los del expreso descendente estaban, en su mayor parte, ocultos tras los árboles; sin embargo, entre las nubes de negro vapor, pudo ver Maurice lo que quedaba de las dos máquinas, una encima de otra. A lo largo de la vía, se veían individuos que corrían acá y allá gritando y gesticulando; otros yacían inmóviles como vagabundos dormidos.

De pronto, tuvo Maurice una idea:

«¡Ha habido un accidente!», pensó, y la conciencia de su perspicacia lo reanimó en parte. Casi en el mismo instante, se fijaron sus ojos en John, tendido a su lado y horriblemente pálido.

—¡Pobre chico! ¡Pobre camarada! —exclamó volviendo a encontrarse aquella vieja palabra escolar. Inmediatamente, con infantil cariño, cogió entre las suyas la mano de su hermano. Gracias a este contacto, no tardó John en abrir los ojos, se sentó sobresaltado y movió los labios sin poder articular palabra.

—Al fin —exclamó con voz de fantasma—. ¡Otra! ¡Otra!

Persistían de un modo intolerable el ruido de fragua y humo.

—¡Huyamos de este infierno! —exclamó Maurice. Y ayudándose mutuamente, ambos jóvenes se pusieron de pie, estiraron sus miembros y contemplaron la escena fúnebre que les rodeaba.

En el mismo instante se acercó a ellos un grupo de personas.

—¿Están ustedes heridos? —les gritó un hombrecillo de rostro pálido, bañado en sudor, y que, a juzgar por la manera como dirigía el grupo, debía ser evidentemente un médico.

Maurice le enseñó su frente, y el hombrecillo, después de encogerse de hombros, le alargó un frasco de aguardiente.

—¡Tome usted, beba usted un trago y pase enseguida el frasco a su amigo, que parece tener más necesidad que usted! ¡Después, síganos ustedes, pues hay mucho que hacer, y hace falta que todo el mundo nos ayude! ¡Al menos podrán ustedes servir para ir a buscar camillas!

Apenas se alejaron el médico y su séquito, Maurice, bajo la vivificante influencia del aguardiente, acabó de volver completamente en sí.

—¡Dios mío! —exclamó—. ¿Y el tío Joseph?

—¡Es verdad! —dijo John—. ¿Dónde demonio se habrá metido? No debe estar muy lejos, y espero que el pobre viejo no habrá salido muy descalabrado.

—¡Ayúdame a buscarlo! —dijo Maurice con acento de feroz resolución.

Después exclamó vivamente, con tono gemebundo y amenazando al Cielo:

—¿Y si hubiera muerto?

Ambos hermanos corrían acá y acullá, examinando los rostros de los heridos y revolviendo los muertos: de esta suerte habían ido pasando revista a unas veinte personas, sin hallar trazas del tío Joseph. No tardaron en llegar al centro del choque, donde continuaban las dos máquinas vomitando humo con ensordecedor estruendo. Era aquél un punto de la vía adonde el médico y su cortejo no habían llegado aún. El suelo, sobre todo en el lindero del bosque, estaba lleno de asperezas: aquí se veía un foso, allá un montículo coronado por unas matas. En aquel sitio podía haber varios cuerpos ocultos; los dos jóvenes sobrinos lo exploraron como hábiles sabuesos.

Maurice, que iba delante, se detuvo y extendió el índice con trágico ademán. John siguió la dirección del dedo de su hermano.

En el fondo de un hoyo de arena yacía algo que había debido ser en otro tiempo un ser humano. El rostro estaba horriblemente mutilado, siendo absolutamente imposible identificar el cadáver; pero los dos jóvenes no tenían necesidad de reconocer el rostro. El cráneo calvo, sembrado de escasos cabellos blancos, la pelliza de marta, el paño y la franela higiénicos —por último, hasta las botas suizas de los señores Dall y Crumbie—, todo atestiguaba que aquel cuerpo era el de su tío Joseph. Sólo faltaba la gorra de visera puntiaguda, que debió haberse extraviado en el cataclismo.

—¡Pobre viejo! —dijo John, con cierta verdadera emoción—. Daría de buena gana cincuenta pesos porque no lo hubiéramos embarcado en este tren.

De muy distinto género era la emoción que se leía en el rostro de Maurice, mientras examinaba el cadáver. Pensaba en aquella nueva y suprema injusticia del destino. Siendo niño y huérfano le habían robado siete mil ochocientas libras; se había metido a la fuerza en un negocio de cueros que no marchaba muy bien; le habían echado encima la carga de miss Julia, y su primo había

proyectado despojarle del beneficio de la tontina. Todo lo había soportado, casi podía decir con dignidad, y ¡ahora le mataban a su tío!

—¡Pronto! —dijo a su hermano, con voz anhelante—; cógele de los pies; es preciso que le ocultemos en el bosque, pues no quiero que lo encuentren otros.

—¡Vaya una broma! —exclamó John—; ¿y para qué?

—¡Haz lo que te digo! —replicó Maurice, cogiendo el cadáver por los hombros—. ¿Quieres que me lo lleve yo solo?

Se hallaban en el lindero del bosque; con sólo dar diez o doce pasos, se hallaron a cubierto; y, un poco más lejos, depositaron su carga en un claro arenoso; después de esto se incorporaron y contemplaron melancólicamente el cadáver.

—¿Qué piensas hacer con él? —murmuró John.

—¡Naturalmente, enterrarlo! —respondió Maurice.

Dicho esto, abrió su navaja y empezó a hacer un agujero en la arena.

—¡Jamás lograrás nada con tu navaja! —le dijo su hermano.

—¡Si no quieres ayudarme, miserable cobarde —aulló Maurice—, vete al demonio!

—¡Es una locura ridícula —dijo John—, pero no quiero que me puedas acusar de cobarde!

Diciendo esto, empezó a ayudar a su hermano.

El suelo era arenoso y ligero, pero estaba cruzado en todas direcciones por raíces de abeto. Los dos jóvenes se ensangrentaron cruelmente las manos. Tras una hora de trabajo heroico, sobre todo por parte de Maurice, apenas habían ahondado unas nueve pulgadas. Mal o bien, allí metieron el cuerpo, echándole encima arena y más arena, que tuvieron que traer de otros sitios con gran trabajo. Desgraciadamente, por uno de los extremos del lúgubre túmulo continuaban saliendo dos pies calzados con las brillantes botas suizas.

Pero tanto peor. Los nervios de los dos enterradores no podían resistir más. Maurice mismo no tenía ya fuerzas. Como dos lobos, ambos hermanos se refugiaron en una espesura vecina.

—¡Hemos hecho lo mejor que podíamos! —dijo Maurice.

—Y ahora —respondió John—, ¿me harás el favor de decirme qué significa esto?

—¡A fe mía —exclamó Maurice—, si no lo comprendes por ti mismo, me

será difícil hacértelo comprender!

—¡Oh! ¡Supongo que será algo referente a la tontina! —replicó John—. ¡Pero te aseguro que es pura locura! ¡La tontina está perdida, y se acabó!

—¡Te repito que el tío Mastermann ha muerto! ¡Lo sé! ¡Oigo una voz interior que me lo dice!

—¡Sí, y el tío Joseph ha muerto también! —dijo John.

—¡Si yo no quiero no ha muerto!

—¡Pues bien —dijo John—; admitamos que el tío Mastermann haya muerto! En este caso, no tenemos más que decir la verdad y obligar a Michael a que haga otro tanto.

—¿Te figuras que Michael es un imbécil? —dijo irónicamente Maurice—. No puedes comprender que hace ya años que está preparando el golpe. Todo lo tiene dispuesto: la enfermera, el médico y el certificado de defunción con la fecha en blanco. Apuesto a que si revelamos lo que acaba de suceder, dentro de dos días sabemos la muerte de nuestro tío Mastermann. Pero oye bien lo que te digo, John. Lo que Michael puede hacer, puedo yo hacerlo también. Si él puede armar un infundio, yo puedo armar otro. Si su padre ha de vivir eternamente, te juro por Dios vivo, que mi tío vivirá del mismo modo.

—¿Y en todo esto qué papel desempeña la ley? —preguntó John.

—¡Un hombre debe tener a veces el valor de obedecer a su conciencia! —respondió Maurice con dignidad.

—¡Pero supongamos que te equivocas! ¡Supongamos que el tío Mastermann está en vida y se halla sano como una manzana!

—En este caso —respondió Maurice—, nuestra situación no sería peor que antes. ¡En realidad es mejor! El tío Mastermann tiene que morir un día u otro necesariamente. Mientras el tío Joseph estaba en vida, tenía que morir a su vez un día u otro, al paso que ahora no tenemos que temer semejante alternativa. La combinación que propongo no tiene límites. ¡Puede durar hasta el juicio final!

—¡Si por lo menos supiera en qué consiste tu combinación! —suspiró John—; pero ¡ya sabes que has sido siempre un terrible soñador!

—¡Quisiera saber cuándo he sido yo soñador! —exclamó Maurice—. ¡Poseo la más hermosa colección de sortijas con sello que existe en Londres!

—¡Sí, pero olvidas el negocio de los cueros! —añadió el otro—. ¡No me podrás negar que es un verdadero buñuelo!

Maurice dio en aquellas circunstancias una prueba muy notable del

dominio de sí mismo; no se ofendió por la alusión de su hermano. Ni siquiera respondió a ella.

—Por lo que hace al asunto que ahora nos ocupa —repuso—, una vez que tengamos a nuestro tío en nuestra casa de Bloomsbury, estaremos libres de cuidados. Lo enterraremos en la bodega, que parece hecha a propósito para ello; entonces no tendré más que hacer sino echarme a buscar un médico fácil de sobornar.

—¿Y por qué no le dejamos aquí? —preguntó John.

—Porque necesitamos tenerle a mano cuando llegue su hora —replicó Maurice—. ¡Y además, porque no conocemos este país! Este bosque puede muy bien ser un paseo favorito para los enamorados. No sueñes a tu vez y piensa, conmigo, en resolver la única y verdadera dificultad con que ahora luchamos. ¿Cómo podremos transportar el cuerpo de nuestro tío a Bloomsbury?

Propusieron ambos hermanos varios planes, que fueron discutidos y rechazados. No había que pensar, naturalmente, en la estación de Browndean, que en aquel momento debía ser un centro de curiosidad y chismorreo siendo así que lo esencial era enviar el cuerpo a Londres sin que nadie sospechase una palabra. John propuso tímidamente un tonel de cerveza. Pero las objeciones eran tan patentes, que Maurice ni siquiera tuvo que expresarlas. No menos impracticable resultaba la compra de un cajón de embalar. ¿Para qué podían necesitar semejante caja dos caballeros que no tenían equipaje?

—¡No, no! ¡Estamos tocando el violón! —dijo Maurice—. Hay que estudiar la cosa con más cuidado. Figúrate —repuso tras un momento de silencio, y hablando con frases entrecortadas, como si pensase en voz alta—, figúrate que alquilamos una casa de campo por un mes. El que alquila una casa semejante, puede comprar una caja de embalar sin que llame la atención. Figúrate, además, que alquilamos la casa hoy mismo, que esta tarde compro la caja y que, mañana por la mañana, la llevo en una carretilla de mano, yo mismo en persona, a Ringwood, a Lyndhurst o a cualquiera otra estación. Nada nos impide poner encima la siguiente inscripción: Muestras. ¿Qué te parece, Johnny? ¡Creo que esta vez he puesto el dedo en la llaga!

—En verdad me parece realizable —contestó John.

—Excusado es decir que tomaremos seudónimos. ¡Sería una locura conservar nuestros verdaderos nombres! ¿Qué te parece, por ejemplo, «Mastermann»? ¡Tiene cierto carácter majestuoso!

—¡Bah! ¡No quiero llamarme Mastermann! Puedes guardarlo para ti si te agrada. Por lo que a mí hace, me llamaré Vance, el gran Vance: «¡Sin falta, seis últimas noches!». ¡Esto sí que es un seudónimo!

—¡Vance! —exclamó Maurice—; un nombre de payaso. ¿Te figuras que estamos representando una pantomima para distraernos? ¡Nadie puede llamarse Vance, como no sea en un café cantante!

—¡Precisamente por eso me agrada este nombre! —respondió John—. Le da a uno cierto carácter de artista. Por tu parte, puedes llamarte como quieras. ¡Yo me atengo a Vance, y de ahí nadie me saca!

—¡Pero hay otra porción de nombres de teatro! —dijo Maurice, con tono suplicante—. Leybourne, Irving, Brough, Toole…

—¡El único que me agrada es Vance! ¡Canastos! —respondió John—. ¡Se me ha metido en la mollera tomar este nombre, y no hay más que hablar!

—¡Está bien! —dijo Maurice, que comprendía que todos sus esfuerzos se habrían de estrellar contra la obstinación de su hermano—. ¡Me resigné, pues, a llamarme Robert Vance!

—¡Y yo seré George Vance! —exclamó John—. ¡El único, el verdadero Vance! ¡Música, maestro!

Después de arreglar como mejor pudieron el desorden de su traje, los dos hermanos volvieron dando un rodeo a Browndean, a fin de comer y de poder alquilar una villa. No siempre es cosa fácil descubrir inmediatamente una casa amueblada en un sitio que no suelen frecuentar los forasteros. Pero la buena suerte de nuestros héroes les deparó a un carpintero viejo y más sordo que una tapia, que podía alquilarles una casa. Esta última, situada a kilómetro y medio de toda vecindad, les pareció tan apropiada para lo que deseaban, que al divisarla no pudieron menos de cambiar una mirada de inteligencia. Sin embargo, vista de cerca, no dejaba de presentar inconvenientes. En primer término, por su posición, porque estaba situada en una hondonada, que había sido antes, seguramente, un pantano, y como estaba rodeada de árboles por todos lados no debía ser muy clara aun en pleno día. Cubrían las paredes placas verdosas, cuyo sólo aspecto era una amenaza de enfermedad. Las habitaciones eran pequeñas, los techos bajos y el mueblaje de lo más primitivo; reinaba en la cocina cierto perfume de humedad, y el único dormitorio que había no poseía más que una cama. Maurice a fin de obtener alguna rebaja, hizo notar al carpintero este último inconveniente.

—¡Caramba! —replicó el buen hombre, cuando llegó al fin a enterarse—, ¡si no son ustedes capaces de dormir los dos en la misma cama, harían bien en alquilar un castillo!

—¡Además —continuó Maurice—, no hay agua! ¿Cómo haremos para tenerla?

—¡No hay más que llenar esto en la fuente que está ahí a dos pasos! —

respondió el carpintero posando su manaza sucia y negra en un tonel vacío colocado en la puerta—. ¡Mire usted, aquí hay un cubo para ir a la fuente! ¡En verdad esto constituye una distracción!

Maurice guiñó a su hermano y procedió al examen del barril. Estaba casi nuevo y parecía sólidamente construido. Si no hubieran estado resueltos de antemano a alquilar la casa, el tonel hubiera bastado para decidirles. Quedó inmediatamente cerrado el trato y pagado el primer mes de alquiler. Una hora después hubiera el lector podido ver a los hermanos Finsbury que penetraban en su amable cottage con una lámpara de alcohol, que debía servirles de cocina; una enorme llave, símbolo de su dominio, un respetable pedazo de lomo de cerdo y un litro del whisky más malo de todo Hampshire. So pretexto de que eran pintores paisajistas habían alquilado para el día siguiente una ligera pero sólida carretilla de mano, de modo que cuando tomaron posesión de su nueva morada, pudieron decir con justicia que habían vencido lo más grave de la dificultad.

John se dedicó a preparar el té, mientras que Maurice, a fuerza de explorar la casa, había tenido la suerte de encontrar la tapadera del tonel en uno de los anaqueles de la cocina. ¡El material de embalaje estaba, pues, completo! A falta de paja, las mantas de la cama podían desempeñar análogo papel en el tonel; después de todo, dichas mantas estaban tan sucias que los dos hermanos no podían pensar en emplearlas en cosa mejor. Maurice, al ver allanarse los obstáculos, se sintió penetrado de un sentimiento muy parecido a la exaltación.

Sin embargo, había aún una dificultad no pequeña que vencer: ¿consentiría John en quedarse solo en la casa? Maurice vaciló largo tiempo antes de atreverse a proponérselo.

Sea como quiera, ambos hermanos se sentaron con verdadero buen humor a la mesilla de madera blanca y atacaron vigorosamente el lomo de cerdo. Maurice estaba satisfecho con el triunfo que había conseguido descubriendo la tapadera; y el gran Vance se complacía en aprobar las palabras de su hermano, pegando acompasadamente con el vaso en la mesa, como suele hacerse en los cafés cantantes.

—¡El negocio está arreglado! —exclamó al fin—. ¡Ya te había yo dicho que lo que convenía para enviar el bulto era un tonel!

—Sí; es verdad, ¡tenías razón! —repuso Maurice, creyendo que la ocasión se prestaba a preparar a su hermano—. Pero es el caso que será preciso que permanezcas aquí hasta que yo te avise. Yo diré que el tío Joseph se ha quedado en el Bosque Nuevo para descansar un poco y respirar aire saludable. Es posible que volvamos juntos a Londres; jamás podríamos explicar la ausencia de nuestro tío.

John cambió inmediatamente de tono.

—¡Eh, niño, no me vengas con eso! —declaró—. Si quieres te puedes quedar tú en este agujero. ¡Lo que es yo, ni pensarlo!

Maurice sintió subírsele los colores a la cara. A todo trance era preciso que John aceptase el quedarse.

—¡Te ruego, Johnny —dijo—, que recuerdes el importe de la tontina! Si triunfo tendremos cada uno veinte mil libras y hasta muy cerca de treinta mil con los intereses.

—Sí, pero ¿y si fracasas? ¿Qué sucederá en ese caso?

—Yo me encargaré de todos los gastos —declaró Maurice tras una larga pausa—. ¡No perderás ni un centavo!

—¡Vamos! —dijo John riendo estrepitosamente—, si tú cargas con todos los gastos y me das la mitad de las ganancias, consiento en quedarme aquí un día o dos.

—¡Un día o dos! —exclamó Maurice, que empezaba a impacientarse y le costaba trabajo contenerse—. ¡Vamos, creo que harías algo más por ganar cinco libras en las carreras!

—¡Sí, tal vez! —respondió el gran Vance—, pero eso depende de mi temperamento de artista.

—¡Eso significa simplemente que tu conducta es monstruosa! —repuso Maurice—. ¡Tomo a mi cargo todos los riesgos, pago todos los gastos, te doy la mitad de los beneficios y te niegas a imponerte la menor privación para ayudarme! ¡Eso no está bien ni mucho menos!

La violencia de Maurice no dejó de hacer alguna impresión en el excelente Vance.

—Pero supongamos —dijo éste al fin— que vive nuestro tío Mastermann y que vivirá aún diez años. ¿Habré yo de estar aquí pudriéndome todo ese tiempo?

—¡Hombre, no, claro que no! —repuso Maurice con tono más conciliador —. Te pido únicamente un mes como máximum. ¡Si al cabo de un mes no ha muerto nuestro tío Mastermann, podrás largarte al extranjero!

—¡Al extranjero! —repitió vivamente John—. ¡Hombre, y por qué no largarme ahora enseguida! ¿Quién te impediría decir que tío Joseph y yo hemos ido a reponemos en París?

—¡Vamos, no digas locuras! —respondió Maurice.

—Hombre, después de todo, reflexiona un poco y echa una mirada en

tomo tuyo —dijo John—. ¡Esta casa es una verdadera pocilga, lúgubre y húmeda! ¡Tú mismo declarabas hace poco que era húmeda!

—¡Sí, pero se lo decía al carpintero —observó Maurice— para obtener alguna rebaja! A decir verdad, ahora que estamos dentro, debo confesar que las hay peores.

—¿Y qué será de mí? —gimió la víctima—. ¿Podré a lo menos invitar a algún camarada?

—Querido John, si no crees que la tontina merece un ligero sacrificio, dilo de una vez y lo mando todo a paseo.

—¿Por lo menos estás seguro de las cifras que me has dicho? —preguntó John—. ¡Ea! —prosiguió, lanzando un profundo suspiro—, cuida de enviarme regularmente el Léame usted y todos los periódicos satíricos. ¡A fe mía, adelante con los faroles!

A medida que avanzaba la tarde, la dichosa casita recordaba más íntimamente su pantano natal; iba sintiéndose en todas las habitaciones un frío espeluznante; la chimenea echaba humo, y pronto una ráfaga de aire hizo entrar en la habitación, por entre las hendiduras de la ventana, un verdadero chubasco. Por momentos, cuando la melancolía de los dos inquilinos amenazaba trocarse en desesperación, Maurice destapaba la botella de whisky. John acogió al principio con júbilo esta distracción, pero el placer no duró largo tiempo. He dicho antes que el tal whisky era el más malo de todo Hampshire; sólo los que conocen esta comarca pueden apreciar el valor exacto de este superlativo. Al fin, el mismo gran Vance, que no era sin embargo muy experto en la materia, no tuvo valor para acercar a sus labios la nauseabunda bebida. Imagínese, por añadidura, la invasión de las tinieblas, débilmente combatidas por una candela que se empeñaba en arder sólo en parte, y se comprenderá que, repentinamente, dejase John de silbar, metiéndose los dedos en la boca, ejercicio a que se entregaba hacía una hora para tratar de olvidar los goces del arte.

—¡Jamás podré estar aquí un mes! —declaró—. ¡Nadie sería capaz de ello! ¡Tu combinación es una locura, Maurice! ¡Vámonos de aquí enseguida!

Fingiendo admirable indiferencia, Maurice propuso a su hermano una partida de tejo. ¡A qué concesiones tiene a veces que descender un diplomático! Era éste por otra parte el juego favorito de John (los demás le parecían demasiado intelectuales) y jugaba con tanta suerte como destreza. El pobre Maurice, por el contrario, echaba mal las monedas, tenía una mala suerte congénita y además pertenecía a esa especie de jugadores que se irritan cuando pierden. Pero aquella noche estaba dispuesto de antemano a toda clase de sacrificios.

A eso de las siete, Maurice, después de atroces torturas, había perdido de cinco a seis chelines. Aun teniendo a la vista la perspectiva de la tontina, era aquello el límite de lo que podía soportar. Prometió desquitarse otra vez y entretanto propuso una ligera colación acompañada de un grog.

Y cuando ambos hermanos hubieron terminado este último entretenimiento, llegó la hora de poner manos a la obra. Habían vaciado el tonel; lo llevaron rodando hasta el hogar, lo secaron con esmero y, hecho esto, ambos hermanos salieron en medio de la más densa oscuridad, para ir a desenterrar a su tío Joseph.

III

El conferenciante en libertad

Los filósofos deberían, ciertamente, tomarse el trabajo de investigar con seriedad si los hombres son o no capaces de acostumbrarse a la dicha. Lo cierto es que no pasa un mes sin que algún hijo de buena familia huya de su casa para alistarse en un barco mercante, o un marido mimado tome las de Villadiego para irse a Texas con su cocinera. Se ven a veces pastores que huyen de sus feligreses y hasta se suele hallar algún juez que abandone voluntariamente la magistratura.

En todo caso no se extrañará el lector si le digo que Joseph Finsbury había meditado varios proyectos de evasión. El destino de aquel excelente anciano —no vacilo en declararlo— no realizaba el ideal de la felicidad. Seguramente Maurice, a quien con frecuencia he tenido ocasión de encontrar en el Metropolitano, es un caballero muy estimable; pero no me atrevería a proponerlo como modelo de sobrinos. Por lo que hace a su hermano John, era naturalmente un buen muchacho; pero si cualquiera de ustedes no hubiera tenido otra cosa que le retuviera en su hogar más que su persona, me figuro que no hubieran ustedes tardado en acariciar el proyecto de emprender un viaje al extranjero. Es verdad que el anciano Joseph tenía un lazo más sólido que la presencia de sus dos sobrinos para retenerle en Bloomsbury; y este lazo no era ciertamente, como pudiera suponerse, la compañía de Julia (aunque el anciano quería bastante a su pupila), sino la enorme colección de cuadernos de notas en que había concentrado su vida entera. El que el anciano Joseph se hubiese resignado a separarse de aquella colección es una circunstancia que habla muy poco en favor de las virtudes familiares de sus dos sobrinos.

Sí, la tentación de la fuga databa ya de varios meses en el alma del tío, y cuando éste se halló de pronto en posesión de un cheque de ochocientas libras

pagadero a su nombre, la tentación se convirtió inmediatamente en resolución formal. Se guardó el cheque que, para un hombre tan frugal como él, representaba la riqueza y se propuso desaparecer entre la multitud a la llegada del tren a Londres, o bien, si no lo conseguía, escaparse de la casa durante la noche y disiparse como un sueño entre los millones de habitantes de la capital, tal era su proyecto; pero la coincidencia particular de la voluntad de Dios y de un error del guardagujas hizo que no tuviese que esperar tanto tiempo para realizarlo.

Después de la catástrofe ferroviaria, fue uno de los primeros en volver en sí y ponerse de pie, y no bien hubo descubierto el estado de postración de sus dos sobrinos, cuando aprovechando su buena suerte, puso pies en polvorosa. Un hombre de setenta años cumplidos, que acababa de ser víctima de un accidente de ferrocarril y que además tiene la desgracia de verse abrumado con el uniforme completo de los clientes de sir Faraday Bond, no es posible que corra como una liebre, pero como el bosque estaba a dos pasos y ofrecía al fugitivo un asilo siquiera temporal, se metió en él con celeridad pasmosa. Como el buen viejo se sentía algo molido después de la sacudida, se tendió en tierra en medio de la espesura, y no tardó en quedarse profundamente dormido.

Los caminos de la Providencia ofrecen con frecuencia al observador desinteresado un espectáculo de los más divertidos. Confieso que no puedo menos de sonreír al pensar que, mientras Maurice y John se ensangrentaban las manos para enterrar en la arena el cuerpo de un hombre que nada les tocaba, su buen tío dormía a pierna suelta a unos cien pasos de ellos.

Le despertó el agradable sonido de una trompa que sonaba en la carretera inmediata, por donde pasaba un mail-coach que conducía a un grupo de turistas. El sonido regocijó el viejo corazón de Joseph, y guio además sus pasos, de suerte que no tardó en hallarse a su vez en la carretera, mirando a derecha e izquierda bajo la visera de su gorra y preguntándose qué haría de su persona. No tardó en oírse a lo lejos ruidos de ruedas, y Joseph vio acercarse un carromato cargado de bultos, guiado por un cochero de aspecto benévolo y que llevaba pintado en ambos lados el siguiente letrero: «J. Chandler, carretero». ¿Obedeció Joseph a un vago e imprevisto instinto poético al concebir la idea de continuar su evasión en el carromato del señor Chandler? Más bien me inclino a creer que obedeció a consideraciones de carácter más esencialmente práctico. El viaje le saldría barato y, hasta tal vez, con un poco de astucia, lograría hacerlo de balde. Había, sin embargo, la perspectiva de coger frío en el pescante, pero, después de varios años de guantes y de franela higiénica, el corazón de Joseph sentía vivas ansias de exponerse a coger un catarro.

El carretero debió quedar tal vez algo sorprendido al hallar en un sitio tan

solitario de la carretera un caballero tan viejo, tan extrañamente vestido y que le suplicaba con tanta amabilidad que se dignase darle acogida en el pescante de su carruaje. Pero el carretero era, en efecto, un buen hombre que se alegraba siempre de poder hacer un favor; así pues, acogió con mucho gusto al tío Joseph. Además, como consideraba la discreción regla esencial de la cortesía, se abstuvo de hacerle la menor pregunta.

Por otra parte, el señor Chandler no era muy hablador; pero apenas se puso de nuevo en marcha el carromato, cuando el digno carretero tuvo que sufrir el inesperado choque de una conferencia.

—La mezcla de cajas y paquetes que contiene su carro de usted —dijo inmediatamente el forastero—, así como la excelente yegua flamenca que nos conduce me hacen conjeturar que ejerce usted el empleo de carretero, en ese gran sistema de transportes públicos que a pesar de todas sus deficiencias, son la honra de nuestro país.

—Sí, señor —respondió vagamente el señor Chandler, que no sabía en realidad lo que debía responder—. Pero el establecimiento de los paquetes postales ha hecho mucho daño a los de nuestro oficio.

—Soy un hombre libre de preocupaciones —continuó Joseph Finsbury—. En mi juventud be hecho numerosos viajes, y jamás hallaba nada demasiado pequeño para mi curiosidad. En mis viajes por mar he estudiado los diferentes nudos marinos y he aprendido todos los términos técnicos. En Nápoles aprendí a guisar los macarrones; en Cannes me puse al corriente de la fabricación de frutas confitadas. Jamás he ido a oír una ópera sin haber comprado antes el libreto y hasta sin haberme familiarizado un poco con los principales pasajes, tocándolos con un solo dedo en el piano.

—¡Debe usted haber visto muchas cosas, caballero! —dijo el carretero arreando su bestia.

—¿Sabe usted cuántas veces se halla citada la palabra látigo en el Antiguo Testamento? —repuso el conferenciante—. Si mi memoria no me es infiel, está citada 147 veces.

—¿De veras, caballero? —dijo el señor Chandler—. ¡He ahí una cosa que jamás hubiera creído!

—La Biblia contiene tres millones quinientas una mil doscientas cuarenta y nueve letras. En cuanto a los versículos, tiene más de dieciocho mil. La Biblia ha tenido numerosísimas ediciones y el primero que la introdujo en Inglaterra fue Wicliff, hacia el año 1300. La llamada Paragraph bible es una de las ediciones más conocidas y debe su nombre a hallarse dividida en párrafos.

El carretero se limitó a responder secamente que «era muy posible» y

consagró su atención a la empresa más familiar de evitar el choque con una carreta de heno que caminaba en sentido contrario, tarea bastante difícil, por otra parte, porque la carretera era estrecha y tenía una cuneta a cada lado.

Una vez evitado felizmente el encuentro con la carreta, exclamó el señor Finsbury:

—Veo que lleva usted las riendas con una sola mano. Debería usted llevarlas con las dos.

—¡Hombre, ésa sí que es buena! —exclamó desdeñosamente el carretero.

—Lo que le digo a usted es un hecho científico —repuso el señor Finsbury — y se funda en la teoría de la palanca, que es una de las ramas de la mecánica. En esta parte de la ciencia existen hoy unos muy interesantes y baratos libritos que un hombre de clase debería leer con gran provecho. ¡Temo que no haya usted practicado mucho el gran arte de la observación! ¡Hace cerca de media hora que estamos juntos y no le he oído a usted emitir un solo hecho! ¡Es, en verdad, un grave defecto, amigo mío! Así, por ejemplo, no sé si al pasar cerca de la carreta de heno observó usted hace un momento que había echado hacia la izquierda.

—¡Pues ya lo creo que lo he observado! —exclamó el señor Chandler, que empezaba a amoscarse—. ¡El carretero me hubiera hecho multar si no hubiera tomado la izquierda!

—Pues bien, en Francia —continuó el anciano—, y aun creo que en los Estados Unidos, hubiera usted tenido que tomar hacia la derecha.

—¡Eso sí que no! —declaró indignado el señor Chandler—. ¡Le juro a usted que hubiera tomado a la izquierda!

—Observo —continuó el señor Finsbury, no dignándose responder a esto —, que remienda usted los arreos con hilo grueso. Siempre he protestado contra la negligencia y la rutina de las clases pobres en Inglaterra. En una alocución que pronuncié cierto día ante un público ilustrado…

—No los remiendo con hilo grueso —interrumpió frescamente el carretero —, sino con bramante.

—He sostenido siempre —repuso el anciano— que en su vida privada y doméstica las clases inferiores de este país son imprevisoras, rutinarias y nada inteligentes. Así, para no citar más que un ejemplo…

—¿Qué diablos entiende usted por «clases inferiores»? —gritó el señor Chandler—. ¡Usted sí que es una clase inferior! ¡Si hubiera sabido que era usted un aristócrata de tal calibre, no le hubiera dejado montar en mi carro!

Estas palabras las pronunció con una entonación lo más desagradable del

mundo: evidentemente aquellos dos hombres no habían nacido para entenderse. Aun tratándose de un hombre tan locuaz como el señor Finsbury, no había que pensar en prolongar la conversación. El anciano se limitó a calarse más la visera de la gorra con ademán resignado; después de lo cual, sacando del bolsillo un cuadernito y un lápiz azul, no tardó en entregarse a las delicias de la estadística.

El carretero, por su parte, se puso a silbar con energía. Si de vez en cuando echaba una hojeada a su compañero, era con una mezcla de triunfo y de temor: de triunfo, porque había logrado poner un dique a su flujo de palabras; de temor, porque temía que de un momento a otro se reanudase dicho flujo. Hasta un verdadero aguacero, un chubasco que cayó bruscamente sobre ellos y cesó también de repente, lo pasaron sin chistar y de este modo entraron en silencio en la ciudad de Southampton. Había llegado la noche y brillaban los escaparates de las tiendas en las calles de la vieja ciudad: en las casas particulares alumbraban los quinqués la comida nocturna. El señor Finsbury empezó a pensar con complacencia en que iba a poder instalarse en una habitación donde no pudiese turbar su tranquilidad la vecindad de sus sobrinos. Ordenó cuidadosamente sus papeles, se los metió en el bolsillo, tosió para aclararse la voz y lanzó al señor Chandler una mirada vacilante.

—¿Tendría usted la amabilidad —se atrevió a decir— de indicarme una posada?

El señor Chandler reflexionó un momento.

—¿Convendría la Posada de las Armas de Tregonwell? —dijo.

—Me conviene perfectamente —dijo el anciano—, si la casa es limpia y poco costosa y si está habitada por gente cortés.

—¡Oh, no pensaba en usted! —repuso ingenuamente el señor Chandler—, sino en mi amigo Watts, el posadero. Es un antiguo amigo que me ha prestado muy buenos servicios y me pregunto ahora si debo, en conciencia, enviar a un hombre tan bueno un cliente como usted, que es capaz de matarle con sus explicaciones. Sí, me pregunto si obro bien —añadió el señor Chandler, con el acento de un hombre a quien atormentan graves escrúpulos de conciencia.

—Oiga usted lo que le digo —dijo el anciano—. Ha tenido usted la amabilidad de conducirme gratis en su carro, pero eso no le autoriza a hablarme de esa manera. Tome usted un chelín por su trabajo. ¡Además, si no quiere usted conducirme a las Armas de Tregonwell, iré a pie y santas Pascuas!

El vigor de este apostrofe intimidó al señor Chandler. Murmuró algo parecido a una excusa, dio vueltas al chelín entre sus dedos, echó su carruaje en silencio por una callejuela, luego por otras, y se detuvo al fin ante las

ventanas vivamente iluminadas de una posada.

Sin dejar su asiento, gritó:

—¡Watts!

—¿Es usted, Jem? —gritó una voz amistosa desde el fondo de la cuadra—. ¡Entre usted a calentarse, amigo mío!

—¡Oh, gracias! Me detengo sólo un minuto, al paso para dejar aquí a un señor anciano que busca posada. ¡Pero le advierto que tenga cuidado con él! Es peor que un miembro de la Liga antialcohólica.

Trabajo le costó bajarse al señor Finsbury, porque la larga inmovilidad en el pescante le había entumecido y además se resentía aún de la sacudida de la catástrofe. El excelente señor Watts, a pesar de la advertencia del carretero, le recibió con perfecta cortesía y le hizo entrar en la salita del fondo, donde había excelente fuego en la chimenea. No tardó en ser servida la mesa en aquella misma salita, y el anciano se vio invitado a sentarse ante un ave estofada, que parecía estarle aguardando desde hacía varios días, y ante un jarro de cerveza recién sacada del tonel.

Aquella cena le devolvió todo su vigor, de suerte que, cuando acabó de comer fue a instalarse más cerca del fuego, y empezó a examinar a las personas sentadas en las mesas inmediatas. Había allí una docena de bebedores de edad madura en su mayor parte y pertenecientes todos ellos a la clase obrera, según pudo observar con satisfacción Joseph Finsbury. El viejo conferenciante había ya tenido ocasión de notar dos de los rasgos más característicos y constantes de los hombres de dicha clase, a saber: su afán por saber hechos menudos, inconexos, y su afición a las disensiones absurdas. Así fue que nuestro amigo resolvió inmediatamente pagarse, antes de que terminase aquel memorable día, el saludable goce de una alocución. Sacó los anteojos de su funda, se los aseguró en la nariz y, tomando un lío de papeles que llevaba en el bolsillo, los extendió ante sí sobre la mesa. Los desdobló y los aplastó con ademán complaciente. Ya los levantaba hasta la altura de su nariz, evidentemente satisfecho de su contenido; ya, frunciendo las cejas, parecía absorto en el estudio de algún detalle importante. Una ojeada furtiva en torno suyo le bastó para asegurarle el éxito de su maniobra; todos los ojos se habían vuelto hacia él, las bocas estaban abiertas y las pipas descansaban sobre las mesas; los pájaros habían caído en el garlito. La entrada del señor Watts en aquel mismo instante suministró al orador materia para su exordio.

—Observo, señor mío —dijo dirigiéndose al posadero, pero con una mirada alentadora para el resto del auditorio, como si hubiera querido darles a entender que su confidencia se dirigía a cada uno de ellos—, observo que alguno de estos señores me consideran con curiosidad y, en efecto, es poco

común ver a un hombre ocupado en investigaciones intelectuales en la sala pública de una taberna. Pero no he podido prescindir de releer ciertos cálculos que hice esta mañana mismo, acerca del coste medio de la vida en este país y en otros muchos. Inútil creo decir que es éste un punto por demás interesante para los representantes de las clases laboriosas. He hecho este cálculo conforme a una escala de rentas que va desde ochenta a doscientas libras por año. La renta de ochenta libras no ha dejado de causarme bastante embarazo, por eso las cifras que a la misma conciernen no son enteramente rigurosas, porque por ejemplo, los diferentes modos que hay de lavar la ropa, bastan para producir serias diferencias en los gastos generales. Por lo demás, voy a pedir a ustedes que me permitan leerles el resultado de mis observaciones, y confío en que no tendrán ustedes inconveniente en indicarme los ligerísimos errores que haya podido cometer, ya por negligencia, ya por insuficiencia de datos. Empezaré, señores, por la renta de ochenta libras.

Dicho esto el anciano, tan despiadado para con aquellos pobres diablos como si hubieran sido animales, soltó el flujo de sus fastidiosas e ineptas estadísticas. Para cada renta daba nueve versiones sucesivas y transportaba sucesivamente a su imaginario personaje a Londres, a París, a Bagdad, a Spitzbergen, a Basorah, a Cork, a Cincinnati, a Tokio y a Nijni Novgorod. No se asombrará nadie si digo que sus oyentes de Southampton se acuerdan aún de aquella velada como de la más mortalmente fastidiosa de su vida.

Mucho antes de que el señor Finsbury llegase a Nijni Novgorod, en compañía de un hombre absolutamente ficticio, poseedor de una renta de cien libras, todo su auditorio se había ido eclipsando discretamente, a excepción de dos viejos borrachos y del señor Watts, que soportaba estoicamente su fastidio, con admirable valor. A cada momento entraban nuevos clientes, pero apenas servidos, se apresuraban a tragar su cerveza y a marcharse a otra taberna.

Sólo el señor Watts llegó a saber lo que podía costar en Bagdad la vida de un hombre poseedor de una renta de doscientas cuarenta libras. Y apenas esta entidad imaginaria acababa de trasladarse a Basorah, cuando el mismo posadero, no obstante su valor, tuvo que abandonar la sala.

Después de las múltiples fatigas del día, el señor Finsbury durmió profundamente. Se levantó al día siguiente a eso de las diez, y tras un excelente desayuno, pidió al criado la cuenta. Entonces echó de ver una verdad que muchos otros han comprobado: descubrió que pedir la cuenta y pagarla eran dos cosas muy distintas. Los detalles de dicha cuenta eran por lo demás, en extremo moderados, y el conjunto no excedía de cinco o seis chelines. Pero por mucho que el anciano registró sus bolsillos con el mayor cuidado, el total de su fortuna, por lo menos en metálico, no pasaba de un chelín y nueve peniques. Hizo, pues, llamar al señor Watts.

—He aquí —dijo al posadero— un cheque de ochocientas libras pagadero en Londres. Temo no cobrar su importe antes de un día o dos, a no ser que usted mismo pueda descontármelo.

El señor Watts tomó el cheque y lo examinó y palpó repetidas veces.

—¿Dice usted que tendrá que esperar un día o dos? —exclamó al fin—. ¿No tiene usted otro dinero?

—Tengo un poco suelto —respondió Joseph—, apenas algunos chelines.

—En ese caso puede usted enviarme el importe de mi cuenta. ¡Me fío de usted!

—Para hablarle con franqueza —continuó el anciano—, siento tentaciones de prolongar mi estancia aquí. Necesito dinero para continuar mi viaje.

—Si necesita usted diez chelines los tengo a su disposición —repuso obsequiosamente el señor Watts.

—No, gracias —dijo Joseph—. Me parece que voy a decidirme a quedarme algunos días en su casa y hacer que me descuenten el cheque antes de partir.

—¡Lo que es en mi casa no se quedará usted ni un día más! —exclamó el señor Watts—. ¡No pasará usted otra noche en las Armas de Tregonwell!

—¡Pues yo me propongo permanecer en su casa! —repitió el señor Finsbury—. Las leyes de mi país me dan derecho a permanecer aquí. ¡Hágame usted salir a la fuerza, si se atreve!

—¡En ese caso pague usted su cuenta! —dijo el señor Watts.

—¡Tome usted esto! —gritó el anciano, poniéndole en la mano el cheque negociable.

—¡Éste no es dinero legal! —respondió el señor Watts—. ¡Va usted a salir de mi casa y más que de prisa!

—¡No me sería posible expresar a usted el desprecio que me inspira, señor Watts! —replicó el anciano, comprendiendo que tenía que someterse a las circunstancias—. ¡Pero en tales condiciones advierto a usted que me niego a pagar su cuenta!

—¡Poco me importa la cuenta! —respondió el señor Watts—. ¡Lo que necesito es que se marche usted de aquí!

—¡Pues bien, señor mío, quedará usted satisfecho! —dijo enfáticamente el señor Finsbury—. Después, cogiendo su gorra de visera puntiaguda, se la encasquetó en la cabeza.

—Siendo usted tan insolente como es —añadió—, no tendrá usted tal vez a bien indicarme la hora del primer tren que sale para Londres.

—¡Oh, caballero, hay un excelente tren dentro de tres cuartos de hora! —replicó el posadero, recobrando su amabilidad y con mayor, obsequiosidad que la que empleó antes al ofrecerle los diez chelines—. ¡Puede usted tomarlo tranquilamente!

La situación de Joseph era harto embarazosa. Por una parte hubiera preferido evitar la línea principal de Londres, porque temía seriamente que sus sobrinos se hallasen emboscados en la estación, acechando su llegada, para apoderarse de él; pero por otra parte deseaba tomarla y hasta le era absolutamente indispensable, a fin de cobrar el cheque antes de que sus sobrinos pudiesen oponerse a ello. Resolvió, pues, tomar el primer tren. Sólo quedaba una dificultad: el ver cómo se arreglaría para pagar el billete.

Joseph Finsbury tenía casi siempre las manos sucias, y dudo mucho que al verle, por ejemplo comer, le hubiese nadie tomado por un caballero. Pero tenía algo más que la apariencia de un caballero; había en su persona cierto no sé qué de digno y seductor a la vez, que, por poco que él pusiese de su parte, no dejaba nunca de causar efecto. Cuando, aquel día, se dirigió al jefe de estación de Southampton, su reverencia fue verdaderamente oriental; el pequeño despacho del jefe de estación pareció de repente trocado en un bosque de palmeras en que el simún y el ruiseñor Persa… Pero dejo a aquellos de mis lectores que conozcan el Oriente mejor que yo, el cuidado de proseguir y completar esta metáfora. El traje del anciano predisponía además en su favor; el uniforme de sir Faraday Bond, por muy incómodo y vistoso que fuese, no podía seguramente pasar por traje propio de caballeros de industria. Y la exhibición de un reloj y sobre todo de un cheque de ochocientas libras, consumaron la obra iniciada por los excelentes modales de nuestro héroe; de suerte que, un cuarto de hora más tarde, cuando llegó el tren de Londres, el señor Finsbury fue recomendado al conductor de tren por el jefe de estación y respetuosamente instalado en un coche de primera.

Mientras que el anciano caballero esperaba la salida del tren, fue testigo de un incidente, de poca importancia al parecer, pero que debía ejercer una influencia decisiva sobre los destinos ulteriores de la familia Finsbury. Arrastraron por el andén una docena de mozos un gigantesco bulto, y con gran trabajo lo colocaron en el furgón de los equipajes. Con frecuencia el historiador tiene la consoladora misión de llamar la atención de sus lectores acerca de los designios o (con perdón sea dicho) de los artificios de la Providencia.

En aquel furgón de equipajes que conducía a Joseph Finsbury desde Southampton a Londres, se hallaba, por decirlo así, el huevo de esta novela en

estado de incubación. La enorme caja iba dirigida a cierto William Den Pitman «en la estación de Waterloo» y el bulto que a su lado se hallaba en el furgón era un sólido tonel, de regulares dimensiones, muy cuidadosamente cerrado, y que llevaba el siguiente letrero: Señor Finsbury, 16 John Street, Bloomsbury, porte pagado.

La yuxtaposición de estos dos bultos era un reguero de pólvora ingeniosamente preparado por la Providencia: sólo faltaba una mano infantil que le prendiese fuego.

IV

Un magistrado en un furgón de equipajes

La ciudad de Winchester es conocida por su catedral, su obispo (que desgraciadamente murió hace algunos años a consecuencia de una caída de caballo, aunque todo induce a creer que debe haber sido reemplazado hace ya tiempo), su colegio, su variado surtido de militares y su estación, por donde pasan infatigablemente los trenes ascendentes y descendentes de la línea London and South Western. Estas diversas circunstancias no hubieran dejado ciertamente de influir sobre el ánimo de Joseph Finsbury, cuando el tren que le conducía a Londres se detuvo algunos instantes en la estación susodicha; pero el buen viejo se había quedado dormido apenas salió de Southampton. Su alma, abandonando momentáneamente el vagón, se había visto transportada a un cielo lleno de espaciosas y pobladas salas de conferencias, donde se sucedían los discursos hasta lo infinito. Entretanto, su cuerpo descansaba sobre los almohadones del vagón, con las piernas encogidas y con la gorra echada hacia atrás, mientras que su mano estrujaba contra el pecho un número del Lloyd’s Weekly Newspaper.

Se abrió la portezuela y entraron dos viajeros que se apresuraron a salir inmediatamente. Sin embargo, ¡bien sabe Dios que no les había sobrado el tiempo para tomar el tren! Habían llegado en un tándem a toda velocidad, se habían precipitado con furia al despacho de billetes y, continuando su desordenada carrera, habían llegado al andén en el momento en que la máquina lanzaba los primeros ronquidos precursores de la marcha. Hallaron a su alcance un solo departamento y a él subieron precipitadamente; el de más edad se había ya instalado en uno de los asientos cuando notó la presencia del anciano Finsbury.

—¡Dios mío! —exclamó—, ¡mi tío Joseph! ¡No hay medio de quedarse aquí!

Bajó precipitadamente, atropellando casi a su compañero y se apresuró a cerrar la portezuela.

Momentos después se hallaban ambos individuos instalados en el furgón de los equipajes.

—¿Por qué diablos no ha querido usted permanecer en el vagón de su tío? —preguntó el más joven de los viajeros, mientras se limpiaba el sudor con el pañuelo—: ¿cree usted que no le habría permitido fumar?

—¡Oh, no! ¡No creo que le moleste el humo! —respondió el otro—. ¡Por otra parte aseguro a usted que mi tío Joseph no es un cualquiera! Es un caballero muy respetable, ha estado interesado en el comercio de cueros, ha hecho un viaje al Asia Menor, es un solterón y hombre de bien, pero tiene una lengua, querido Wickham, que se le puede regalar a cualquiera.

—¡Vamos, es un murmurador maldiciente! —indicó Wickham.

—¡De ninguna manera! —respondió el otro—. Es sencillamente un hombre dotado de un extraordinario talento para fastidiar a cuantos le rodean. En fin, es un hombre espantosamente latoso. Puede que en una isla desierta acabase uno por acostumbrarse a su trato. Pero lo que es en ferrocarril, ni por pienso; ¡quisiera que lo oyera usted discurrir acerca de Tonti, ese siniestro idiota que inventó las tontinas! ¡Una vez que se le da cuerda no acaba!

—Pero, en realidad —dijo Wickham—, usted se halla también interesado en esa historia de la tontina Finsbury, de que han hablado los periódicos.

—¡No había pensado en ello!

—Pues bien —repuso el otro—, sepa usted que ese animal que duerme ahí junto a nosotros, representa para mí cincuenta mil libras. Por lo menos, su muerte representaría para mí esa cantidad. ¡Y estaba ahí dormido sin que nadie más que usted pudiera vemos! Pero lo he respetado, porque empiezo decididamente a ser un verdadero conservador.

Entretanto, el señor Wickham, contentísimo con hallarse en un furgón de equipajes, iba de acá para allá, como una mariposa aristocrática.

—¡Hombre! —exclamó—; ¡aquí hay algo para usted! Señor M. Finsbury. 16, John Street, Bloomsbury, Londres. Aquí no hay duda posible, M., o sea Michael, es un tunante, que tiene dos domicilios en Londres.

—¡Oh, ese bulto debe ser, sin duda, para Maurice! —respondió Michael desde el otro extremo del furgón, donde se había tendido cómodamente sobre unos fardos—. Es un primo mío, a quien no detesto, seguramente, aunque me tiene un miedo horrible. Vive en Bloomsbury, y tengo entendido que está formando una colección muy particular de huevos de pájaro, de botones de polainas o, en fin, de otra cosa enteramente idiota, que he olvidado.

Pero Wickham no le oía ya. Se le había ocurrido una idea magnífica.

—¡Por San George! —decía para sí—; ¡ésta es una broma de primer orden! Si con el auxilio de mi navaja y de las tenazas que veo ahí cerca pudiera cambiar los letreros, enviaría un bulto en lugar de otro.

En aquel momento, el guardián del furgón, que había oído la voz de Michael Finsbury, abrió la puerta de su garita, y les dijo:

—¡Mejor estarían ustedes aquí!

Los dos viajeros le habían explicado el motivo de su intrusión.

—¿Viene usted, Wickham? —preguntó Michael.

—¡No, gracias! ¡Me divierto bárbaramente en el furgón! —respondió el joven.

De esta suerte, habiendo entrado Michael en la garita con el guardián, y cerrada la puerta de comunicación, quedó solo el señor Wickham entre los equipajes, con amplia libertad para divertirse a su antojo.

—¡Hemos llegado a Bishopstoke, caballero! —dijo el guardián a Michael, un cuarto de hora más tarde, al llegar el tren a la próxima estación—. Aquí para el tren tres minutos, y podrán ustedes fácilmente hallar asiento en un vagón.

El señor Wickham, a quien hemos dejado hace poco disponiéndose a jugar una mala partida cambiando los letreros de algunos bultos, era un caballero joven, muy rico, de aspecto agradable, y cuyo inquieto espíritu andaba siempre buscando ocupación. Pocos meses antes, hallándose en París, se había visto expuesto a una serie de estafas por parte del sobrino de un hospodar de Valaquia, el cual residía (naturalmente por causas políticas) en la alegre capital francesa. Un amigo común, a quien confió su apuro, le recomendó que se dirigiese a Michael Finsbury y, en efecto, apenas se puso éste al corriente de los sucesos, tomó inmediatamente la ofensiva, cayó sobre el flanco de las fuerzas de Valaquia, y en el espacio de tres días tuvo la satisfacción de obligar a éstas a retirarse allende el Danubio. No nos proponemos seguirlas en su retirada, que se verificó bajo la paternal vigilancia de la policía. Nos limitaremos a añadir que libre, de esta suerte, de lo que él se complacía en llamar la «atrocidad búlgara», el señor Wickham, volvió a Londres, animado de los más vivos y entusiastas sentimientos de gratitud y admiración hacia su abogado. Éste no correspondía ciertamente a ellos, y hasta experimentaba cierta vergüenza con la amistad de su nuevo cliente, y sólo después de numerosas negativas se había resignado, al fin, a ir a pasar un día en Wikhammanor, la casa solariega de su joven cliente. Consumado este sacrificio, su huésped volvía con él para acompañarle hasta Londres.

Un pensador juicioso (probablemente Aristóteles) ha hecho notar que la Providencia no se desdeñaba de emplear para sus fines hasta los instrumentos más humildes; lo cierto es que el escéptico más empedernido, no podría menos de reconocer que Wickham y el hospodar válaco eran instrumentos preparados y elegidos desde la eternidad, por la Providencia.

Deseoso de aparecer a sus propios ojos como una persona llena de inteligencia y de recursos, el joven caballero (que ejercía en su condado natal las funciones de magistrado) apenas se quedó solo en el furgón, cayó sobre los letreros de los bultos con todo el celo de un reformador. Y cuando en la estación de Bishopstoke, salió del furgón de los equipajes para instalarse con Michael Finsbury en un vagón de primera clase, su rostro resplandecía a la vez de satisfacción y de cansancio.

—¡Acabo de dar una broma soberbia! —No pudo menos de decir a su abogado.

Después, sintiendo de pronto algún escrúpulo, añadió:

—Dígame usted, ¿corro peligro de perder mi puesto de magistrado por una broma insignificante e inofensiva?

—¡Amigo mío —respondió distraídamente Michael—, más de una vez le he predicho a usted que acabaría en la horca!

V

Gideon Forsyth y la caja monumental

He dicho ya que, en Bournemouth, Julia Hazeltine tenía a veces ocasión de hacer nuevas amistades. Verdad es que apenas si había tenido tiempo de tratar un poco a sus nuevos conocidos, cuando volvían a cerrarse tras ella las puertas de la casa de Bloomsbury hasta el verano siguiente. Sin embargo, estas relaciones efímeras no dejaban de ser una distracción para la pobre muchacha, prescindiendo además de la provisión de recuerdos y esperanzas que le suministraban. Ahora bien, entre los personajes que de esta suerte había encontrado en Bournemouth el verano anterior, hallábase un abogado joven, llamado Gideon Forsyth.

La tarde misma del día memorable en que el magistrado Wickham se había divertido en cambiar los letreros de los bultos, un soñador y aun melancólico paseo había llevado, como por casualidad, al señor Forsyth a la acera misma de John Street, en Bloomsbury, y precisamente a la misma hora, esto es, a las cuatro de la tarde, miss Hazeltine acudía a abrir la puerta del núm. 16, en la

que acababan de dar tremendos campanillazos.

Gideon Forsyth era un joven bastante feliz, pero que lo hubiera sido mucho más aún si hubiera tenido algún dinero de más y un tío de menos. Sus rentas se reducían a ciento veinte libras por año; pero su tío, el señor Edward H. Bloomfield, agregaba a dicha renta una ligera subvención y una masa enorme de buenos consejos, expresados en un lenguaje que hubiera parecido excesivamente violento hasta en un cuerpo de guardia.

El tal señor Bloomfield era, en verdad, una figura esencialmente propia de la época de Gladstone. Habiendo ido acumulando años sin acumular experiencia, unía a los sentimientos políticos del partido radical, una exuberancia apasionada, que habitualmente suele considerarse como patrimonio tradicional de nuestros antiguos conservadores. Admiraba el pugilato, llevaba un enorme garrote de nudos, era asiduo a los oficios religiosos, y hubiera sido difícil averiguar quiénes excitaban más violentamente su cólera, si los que se permitían defender a la Iglesia establecida o los que desdeñaban tomar parte en sus ceremonias. Empleaba, además, algunos epítetos favoritos, que inspiraban un legítimo espanto a sus amigos: cuando no podía llegar hasta declarar que tal o cual medida «no era inglesa», no dejaba, por lo menos, de denunciarla «como poco práctica».

Su pobre sobrino se hallaba bajo el peso de esta última calificación. La manera cómo Gideon entendía el estudio de las leyes, era decididamente para su tío «poco práctica», y, en consecuencia, éste le había dado a entender, durante una ruidosa entrevista, en la que llevaba el compás con el garrote de nudos, que era preciso que hallase cuanto antes una o dos causas que defender, pues de otra suerte, tenía que resignarse a vivir de sus propios recursos.

No es, pues, de extrañar que Gideon, a pesar de tener un carácter jovial, se sintiese invadido por la melancolía. En primer término, no sentía el menor deseo de profundizar más de lo que hasta entonces lo había hecho, el estudio de la ley. Además, aun suponiendo que se resignase a ello, quedaba una parte del programa, que era en absoluto independiente de su voluntad. ¿Cómo hallar clientes y causas que defender? Aquí estaba el quid de la dificultad.

De pronto, mientras se desesperaba por no poder hallar medio de resolverla, halló cerrado el paso por un gran corro de gente. Había allí detenido un camión delante de una casa. Seis atletas, bañados en sudor, se ocupaban en bajar del camión el más gigantesco bulto que jamás haya podido verse. En el umbral de la puerta, se veía de pie la maciza figura del cochero, y la delicada de una joven, que disputaban como en un escenario.

—¡Esto no puede ser para nosotros! —afirmaba la joven—. ¡Ruego a usted que se lleve de nuevo esa caja! ¡Aun cuando lograran ustedes bajarla del camión, no lograrían hacerla entrar por la puerta!

—¡En ese caso, voy a dejarla en la acera! —respondía el cochero—, ¡y el señor Finsbury se arreglará como pueda con la policía!

—¡Pero si yo no soy el señor Finsbury! —protestaba la joven.

—¡Poco me importa quién es usted! —respondía el cochero.

—¿Me permitirá usted, miss Hazeltine, que le preste ayuda? —dijo Gideon, adelantándose.

Julia lanzó un ligero grito de alegría.

—¡Oh, señor Forsyth! —exclamó—. ¡Cuánto me alegro de verle a usted! ¡Figúrese usted que quieren obligarme a que admita en la casa este espantoso bulto que sólo puede haber venido aquí por equivocación! El cochero declara que es preciso que arranquemos las puertas, o que los albañiles echen abajo un lienzo de pared entre dos ventanas, pues de otro modo, la policía urbana nos formaría un proceso por dejar nuestros muebles en medio de la calle.

Entretanto, los seis hombres habían conseguido al fin depositar la caja en la acera, y apoyados en ella, se mantenían de pie, fijándose con manifiesta angustia en la puerta de la casa por donde había de pasar aquella caja monstruosa. Inútil creo añadir que todas las ventanas de las casas inmediatas se habían llenado, como por encanto, de curiosos espectadores.

Adoptando el aire más científico que le fue posible, midió Gideon con su bastón las dimensiones de la puerta, mientras Julia apuntaba el resultado de sus cálculos. Midiendo después la caja, y comparando las dos series de cifras, descubrió que había justamente el espacio suficiente para que pasase la caja. Después de lo cual, habiéndose quitado su americana y su chaleco, ayudó a los hombres a sacar de sus goznes las dos hojas de la puerta. Por último, gracias a la colaboración casi forzada de algunos asistentes, subió penosamente la caja los escalones de la entrada, pasó rozando fuertemente las paredes y no tardó en hallarse instalada a la entrada del vestíbulo interceptándolo casi por completo en toda su anchura. Los que habían contribuido a semejante victoria, se miraron unos a otros con sonrisa de triunfo. Verdad es que habían roto un busto de Apolo y abierto en la pared profundos surcos. ¡Pero por lo menos habían dejado de servir de espectáculo al público de la calle!

—¡Le aseguro a usted, caballero —dijo el cochero—, que jamás he visto bulto semejante!

Gideon le expresó de un modo elocuente su simpatía, dándole veinte chelines.

—Vamos, patrón, deme usted cinco más y me encargo de pagar a todos los camaradas —exclamó el cochero.

Así lo hizo Gideon, y acto continuo los improvisados descargadores se

encaramaron en el camión, que se dirigió rápidamente hacia la taberna más próxima. El joven abogado cerró la puerta y se volvió hacia miss Hazeltine. Se encontraron sus miradas, y ambos se sintieron acometidos de un desordenado acceso de risa. Después, poco a poco, se despertó la curiosidad en el ánimo de la joven, se acercó a la caja, la palpó en todos sentidos y examinó el letrero.

—¡En mi vida he visto cosa más extraña! —dijo, prorrumpiendo en una nueva carcajada—. La letra es seguramente de mano de Maurice, y esta misma mañana he recibido una carta suya, diciéndome que me preparase a recibir un tonel. ¿Cree usted que esto puede considerarse como un tonel, señor Forsyth?

Gideon leyó en voz alta, en uno de los lados de la caja: Estatua frágil, manéjese con precaución. Después, añadió:

—¿Está usted segura de que no le anunciaban la llegada de una estatua?

—¡Ya lo creo! —respondió Julia—. ¿No le parece a usted, señor Forsyth, que podemos echar una ojeada al interior de la caja?

—¿Por qué no? ¡Dígame usted tan sólo dónde podría encontrar un martillo!

—Venga usted conmigo a la cocina, y le enseñaré dónde están los martillos —dijo Julia—. La tabla en que los colocan está demasiado alta para mí.

La joven abrió la puerta de la cocina e hizo entrar en ella a Gideon. No tardaron en encontrar en ella un martillo y un cortafrío; pero le sorprendió a Gideon no ver señales de cocinera. En cambio descubrió que miss Julia tenía un pie muy pequeño y bien formado, descubrimiento que le causó tal embarazo, que se alegró mucho de poder atacar sin tardanza la caja de embalaje.

Trabajaba de firme, y cada uno de sus martillazos tenía admirable precisión, mientras que Julia, de pie junto a él, contemplaba en silencio, más bien al obrero que a la obra. Pensaba entre sí que el señor Forsyth era todo un buen mozo y que jamás había visto brazos tan vigorosos como los suyos. De pronto, Gideon, cual si hubiese adivinado sus pensamientos, se volvió y le dirigió una sonrisa. Ella se sonrió a su vez y luego se ruborizó. Aquel doble cambio le sentaba tan bien, que Gideon, sin mirar en dónde daba, se dio un terrible martillazo en los dedos. Con una conmovedora presencia de ánimo, logró, no sólo contener, sino hasta trocar en una queja anodina el pintoresco juramento que iba a salir de sus labios.

Sin embargo, el dolor era muy vivo. La sacudida nerviosa había sido demasiado fuerte, y tras algunos ensayos, echó de ver que no podía continuar la operación.

Inmediatamente, Julia corrió a su habitación a buscar una esponja, agua y

una servilleta, y comenzó a bañar la mano herida del joven.

—¡Lo siento infinito! —dijo en son de excusa—. ¡Si no fuera tan torpe, hubiera abierto primero la caja y luego me hubiera aplastado los dedos! ¡Oh, esto va mucho mejor, se lo aseguro a usted!

—¡Sí, creo que ahora está usted ya en estado de dirigir el trabajo! —dijo al fin Julia—. ¡Ordéneme usted, pues ahora voy yo a ser su oficiala!

—¡Una deliciosa oficiala, en verdad! —dijo Gideon, olvidando por completo las conveniencias.

La joven se volvió y le miró frunciendo amistosamente las cejas, pero el impertinente joven se apresuró a poner toda su atención en la caja. Por lo demás, el trabajo más fuerte estaba hecho. Julia no tardó en levantar la primera tabla de la cubierta, descubriendo debajo una gran capa de paja. Un minuto después, ambos jóvenes estaban de rodillas, uno junto a otro, como dos campesinos ocupados en revolver el heno, y no tardaron en ver recompensados sus esfuerzos, con la aparición de algo blanco y pulimentado. No había error: era un enorme pie de mármol.

—¡Vaya un personaje verdaderamente estético! —dijo Julia.

—¡Jamás he visto cosa igual! —respondió Gideon—. ¡Tiene una pantorrilla como un saco de harina!

No tardaron en descubrir un segundo pie y algo que parecía ser un tercero. Pero este algo resultó ser en definitiva una clava que descansaba sobre un pedestal.

—¡Vamos! ¡Cáspita! ¡Pues si es un Hércules! —exclamó Gideon—. ¡Hubiera debido adivinarlo al ver su pantorrilla! Además, puedo afirmar ahora, con toda confianza —añadió mirando las dos piernas colosales—, que tenemos aquí al más grande y al más feo de todos los Hércules de Europa entera. ¿Qué puede haberle inducido a venir a su casa?

—¡Supongo que nadie habrá querido admitirle —dijo Julia—, y debo añadir que nosotros nos hubiéramos pasado muy bien sin su visita!

—¡Oh, no diga usted eso, señorita! —replicó Gideon—. ¡Me ha procurado uno de los más agradables ratos de toda mi vida!

—¡En todo caso no lo podrá usted olvidar tan pronto! —dijo Julia—. ¡Sus desdichados dedos se lo recordarán!

—¡Y ahora creo que es tiempo de que me vaya! —dijo tristemente Gideon.

—¡No, no! —añadió Julia—. ¿Por qué se ha de ir usted ya? Quédese usted un momento más, y tomará una taza de té conmigo.

—¡Si pudiera creer que en realidad no le ha de desagradar a usted esto —dijo Gideon, dando vueltas al sombrero entre sus dedos—, me causaría el más vivo placer!

—¡Pues ya lo creo que me agrada! —respondió la joven—. Además, necesito pastas para tomar el té, y no tengo a quién enviar a casa del pastelero. Aquí tiene usted dinero para comprarlas.

Gideon se apresuró a ponerse el sombrero y a correr a casa del pastelero, de donde volvió con un gran envoltorio lleno de bartolillos, bizcochos borrachos y empanadillas. Halló a Julia ocupada en preparar una mesilla para el té, en el vestíbulo.

—Las habitaciones se hallan en tal desorden, que he creído que estaríamos mejor aquí, a la sombra de nuestra estatua.

—¡Perfectamente! —exclamó Gideon, encantado.

—¡Oh, qué deliciosa mezcla! —dijo Julia al abrir el envoltorio y al ver que los pastelillos se habían revuelto unos con otros.

—Sí —dijo Gideon, procurando excusar su fracaso—. Supuse que la mezcla produciría algo agradable, y el pastelero lo previó también.

—Y ahora —dijo Julia, después de comerse media docena de pastelillos—, voy a enseñarle a usted la carta de Maurice. Léala usted en voz alta, pues tal vez habrá detalles que yo no he logrado descubrir.

Gideon tomó la carta, la desdobló y leyó lo siguiente:

Querida Julia: Le escribo desde Browndean, donde nos hemos detenido algunos días. Nuestro tío ha sufrido bastante con el terrible accidente, que sin duda habrá usted leído en el periódico. Mañana le dejaré con John, y volveré solo a Londres. Pero antes de mi llegada, recibirá usted un tonel que contiene muestras para un amigo. ¡No lo abra usted bajo ningún pretexto, sino déjelo en el vestíbulo hasta mi llegada!

Suyo afectísimo,

M. FINSBURY

P. D. — No olvide usted dejar el tonel en el vestíbulo.

—¡No —dijo Gideon—, no veo aquí nada que se refiera al monumento! —Diciendo esto señalaba las piernas de mármol—. Miss Hazeltine —continuó—, ¿me permite usted que le dirija algunas preguntas?

—Con mucho gusto —respondió la joven—, y si logra usted explicarme por qué me ha enviado Maurice una estatua de Hércules, en lugar de un tonel de muestras para un amigo, le quedaré vivamente agradecida hasta el fin de

mis días. Pero ante todo, ¿qué pueden ser esas muestras para un amigo?

—No tengo la menor idea de ello —dijo Gideon—. Sé que los marmolistas envían con frecuencia muestras; pero creo que, en general, son pedazos de mármol más pequeños que nuestro amigo el monumento. Por lo demás, mis preguntas se dirigen a otro orden de ideas. En primer lugar, ¿está usted enteramente sola en esta casa?

—Por el momento, sí —respondió Julia—. Llegué anteayer para poner la casa en orden y buscar una cocinera, pero no he encontrado ninguna que me agrade.

—Así, pues, está usted completamente sola —dijo Gideon estupefacto—. ¿Y no tiene usted miedo?

—¡De ninguna manera! —respondió Julia—. No sé de qué habría de tener miedo. Lo único que he hecho ha sido comprar un revólver sumamente barato y pedir al armero que me enseñe el modo de asarlo. Además, antes de acostarme, cuido de atrancar la puerta con sillas y otros muebles.

—De todos modos me alegro de saber que vuelve pronto su familia —dijo Gideon—, su aislamiento me inquieta mucho. Si hubiera de prolongarse podría procurarle a usted la compañía de una tía mía, anciana, o de mi asistenta.

—¡Prestarme a su tía! —exclamó Julia—. ¡Qué generosidad! ¡Estoy por creer que es usted el que me ha enviado el Hércules!

—Doy a usted mi palabra de honor de que no —protestó el joven—. Admiro a usted demasiado para haberle enviado una obra de arte tan monstruosa.

Iba Julia a responder, cuando ambos se sobresaltaron; había sonado en la puerta un violento campanillazo.

—¡Oh, señor Forsyth!

—¡No tema nada! —dijo Gideon apoyando cariñosamente la mano en el brazo de la joven.

—Ya me figuro lo que es —murmuró—. ¡Debe ser la policía que viene a quejarse por lo de la estatua!

En esto sonó un nuevo campanillazo más violento e impaciente.

—¡Dios mío, es Maurice! —exclamó la joven, y corrió a abrir la puerta.

Era en efecto Maurice el que apareció en el umbral, pero no el Maurice de todos los días, sino un hombre de aspecto salvaje, pálido e inquieto, con los ojos inyectados de sangre y la barba de dos días.

—¿Dónde está el tonel? —exclamó—. ¿Dónde está el tonel que ha llegado esta mañana?

Miraba en tomo suyo, en el vestíbulo, y sus ojos se le salieron materialmente de las órbitas, al descubrir las piernas del Hércules.

—¡Qué es esto! —gritó lleno de furia—. ¿Qué significa este maniquí de cera? ¿Qué significa todo esto? ¿Y dónde está el tonel, el tonel para el agua?

—No ha venido ningún tonel, Maurice —respondió fríamente Julia—. Éste es el único bulto que han traído.

—¿Éste? —exclamó el desdichado—. ¡Nunca he oído hablar de semejante cosa!

—¡Sin embargo, ha venido con la dirección escrita a mano! —respondió Julia—. Casi ha habido que echar abajo la puerta para que entrara. Es todo lo que puedo decir a usted.

Maurice fa miró con ojos cada vez más extraviados. Se pasó una mano por la frente y luego se apoyó en la pared como quien va a desmayarse. Pero, poco a poco, se fue desatando su lengua y empezó a vomitar un torrente de injurias contra la joven. Hasta entonces el mismo Maurice no se hubiera creído capaz nunca de tanto ardimiento, de tanta facundia y de tal variedad de locuciones groseras. La joven temblaba y vacilaba al sentirse víctima de aquel furor insensato.

—No permitiré que siga usted hablando a miss Hazeltine en semejante tono —dijo al fin Gideon interponiéndose con resolución.

—Le hablaré en el tono que me plazca —replicó Maurice con creciente furor—. ¡Hablaré a esta miserable mendiga en el tono que merece!

—¡Ni una palabra más, caballero, ni una palabra más! —exclamó Gideon.

Y luego, dirigiéndose a la joven, añadió:

—Miss Hazeltine, usted no puede seguir habitando bajo el mismo techo que este individuo. He aquí mi brazo. Permítame usted que la conduzca a un lugar donde esté usted al abrigo de los insultos.

—Señor Forsyth —dijo Julia—, tiene usted razón, yo no puedo permanecer aquí un instante más, y sé que me confío a un hombre de honor.

Pálido y resuelto, Gideon le ofreció su brazo, y ambos jóvenes bajaron los escalones del portal, perseguidos por Maurice, que reclamaba la llave de la puerta.

Apenas acababa Julia de entregársela, cuando pasó rápidamente ante ellos un coche de alquiler vacío. Lo llamaron al mismo tiempo Maurice y Gideon.

Pero en el momento en que el cochero hacía parar a su caballo, Maurice se precipitó dentro del carruaje.

—¡Diez de propina! —gritó—. ¡Estación de Waterloo y muy deprisa! ¡Diez de propina para usted!

—Ponga usted veinte, caballero —dijo el cochero—, pues este otro caballero me ha llamado antes que usted.

—¡Vaya por los veinte! —gritó Maurice, pensando allá entre sí que, al llegar a la estación, examinaría de nuevo la cuestión.

El cochero dio un latigazo al caballo y el coche torció la primera esquina de la calle.

VI

Las tribulaciones de Maurice (I)

En tanto que el coche corría a todo correr por las calles de Londres, se esforzaba Maurice por coordinar las ideas que bullían en su cabeza. Primero: el tonel que contenía el cadáver se había extraviado; segundo: había absoluta necesidad de encontrarlo. Estos dos puntos no ofrecían duda alguna y si, por una suerte providencial, se hallaba aún en la estación el tonel, la cosa podía arreglarse todavía. Pero, si por el contrario, el tonel se hallaba ya en poder de otras personas que lo hubiesen recibido por equivocación, el asunto tomaba un matiz más peligroso. Las personas que reciben bultos cuya naturaleza u origen no pueden explicarse, suelen ser inclinadas a abrirlos enseguida. El ejemplo de miss Hazeltine (a quien Maurice no se cansaba de maldecir) contribuía a confirmar la regla general. ¿Y si alguien había abierto el tonel?…

—¡Santo Cielo! —exclamó Maurice al pensar en ello, llevándose la mano a la sudorosa frente.

La primera concepción de una infracción de la ley, influye naturalmente en la imaginación: el proyecto a medio esbozar se presenta con colores vivos y seductores. Pero no sucede lo mismo cuando, más tarde, se toma la atención del criminal hacia sus posibles relaciones con la policía. Maurice pensaba ahora que tal vez no había tenido demasiado en cuenta la existencia de la policía, cuando se embarcó en su peligrosa aventura.

«¡Voy a tener que hilar muy delgado!», pensó para sí, y sintió en la espina dorsal un ligero escalofrío de miedo.

—¿A qué estación? —preguntó el cochero.

—¡A la principal! —respondió Maurice.

Después pensó para sí que aquel hombre recibiría de todos modos su chelín de propina.

«¡Sería una locura llamar la atención sobre mi persona en estos momentos! —pensó—. Pero el dinero que este asunto va a costarme a fin de cuentas, empieza a hacerme el efecto de una pesadilla».

Atravesó el despacho de billetes y anduvo errando tristemente por el andén. En aquel momento había poco movimiento en la estación. Había escasa gente en el andén, pues sólo se veían acá y acullá algunos viajeros que aguardaban. Maurice observó que no llamaba la atención, lo cual le pareció una cosa excelente; pero por otra parte pensó que no adelantaba mucho en sus pesquisas. Indispensablemente tenía que hacer algo, y arriesgar algo: cada momento que pasaba aumentaba el peligro. En fin, echando mano de todo su valor, detuvo a un mozo de la estación y le preguntó si no recordaba si había visto llegar un tonel en el tren de la mañana. Añadió que deseaba vivamente informarse porque el tonel pertenecía a uno de sus amigos y además contenía muestras de la mayor importancia.

—Yo no estaba aquí esta mañana, caballero —respondió el mozo—, pero voy a preguntar a Bill. ¡Eh, Bill! ¿Te acuerdas de haber visto llegar esta mañana de Bournemouth un tonel que contenía muestras?

—No puedo decirte nada acerca de las muestras —replicó Bill—. Pero lo que sí puedo decirte es que el individuo que recibió el tonel nos armó un gran escándalo.

—¿Cómo, cómo? —exclamó Maurice, mientras deslizaba febrilmente unas monedas en la mano del mozo.

—Muy sencillo, caballero; se trata de un barril que llegó a la una y treinta y permaneció en el depósito hasta las tres. A esa hora, he aquí que llega un hombrecillo enclenque (se me figura que debe ser algún vicario), y me dice: «¿No ha recibido usted algo para Pitman?». «William Dent Pitman, caballero, le respondí; pero creo que ése es el nombre escrito sobre este tonel». El hombrecillo examina el tonel y se queda asombrado cuando lee la dirección. Entonces empieza a echamos en cara que no le habíamos traído lo que él deseaba. «¡Poco me importa, caballero, lo que usted dice, le respondí: pero si es usted William Dent Pitman es preciso que se lleve el tonel!».

—¿Y se lo llevó? —exclamó Maurice anhelante.

—¡Ya lo creo! —repuso tranquilamente Bill—. Parece que lo que aquel señor aguardaba era un gran cajón. El tal cajón llegó también; lo sé porque es el bulto más grande que he visto en mi vida. Al saber el señor Pitman que

había llegado también el cajón, puso mala cara. Preguntó por el jefe de servicio y llamaron a Tom, el cochero que había llevado la caja. ¡En mi vida he visto a un hombre en semejante estado, caballero, estaba borracho perdido! Según pude comprender, un caballero que debía estar loco, dio a Tom de propina una libra y de aquí vino todo el mal. ¿Comprende usted?

—Pero, en fin, ¿qué dijo? —añadió Maurice impaciente.

—A fe mía, caballero, no se hallaba en disposición de decir gran cosa —respondió Bill—. Pero ofreció batirse a puñetazos con el tal Pitman por una pinta de cerveza. Había perdido sus libros y sus recibos, y lo peor es que su compañero estaba más borracho que él. ¡Oh, caballero, estaban los dos como… unos lores! El jefe de servicio los despidió en el acto.

«¡Vamos, no está del todo mal!», pensó Maurice, dando un suspiro que le desahogó algo. Y luego añadió dirigiéndose al mozo:

—¿De modo que ninguno de los dos hombres pudo decir adónde habían llevado la caja?

—No —respondió Bill.

—¿Y qué hizo Pitman? —preguntó Maurice.

—Se llevó el tonel en un coche —respondió Bill—. El pobre hombre temblaba como un azogado. ¡No creo que tenga mucha salud!

—¿De suerte —respondió Maurice— que el tonel desapareció?

—En cuanto a eso, puede usted tenerlo por seguro —dijo el mozo—. Pero creo que lo mejor sería que viera usted al jefe de servicio.

—¡Oh, no vale la pena, la cosa no tiene importancia! —protestó Maurice—. El barril sólo contenía muestras.

Dicho esto, se apresuró a salir. Una vez encerrado en su coche, trató de darse cuenta nuevamente de su situación. «Supongamos, dijo para sí, que acepto mi derrota y voy enseguida a dar parte de la muerte de mi tío. En tal caso perdería la tontina y con ésta la última esperanza de recobrar mis siete mil ochocientas libras». Pero, por otra parte, después de haber tenido que dar al cochero un chelín de propina, había empezado a echar de ver que el crimen era costoso en la práctica, la pérdida del tonel le enseñaba además que era inseguro en sus consecuencias. Con calma primero, y luego animándose cada vez más, consideró las ventajas que obtendría renunciando a su empresa. Esta renuncia implicaba para él una pérdida de dinero, pero en suma, esta pérdida no era muy importante: se trataba de la tontina, con la que nunca había contado por completo. Halló en el fondo de su memoria ciertos rasgos que, en efecto, demostraban que no había creído nunca seriamente en las ganancias de la tontina. No, jamás había creído ni esperado de un modo seguro recobrar sus

7800 libras, y si se había metido en semejante aventura, lo había hecho para corresponder a la deslealtad manifiesta de su primo Michael. Ahora lo veía con toda claridad: más valía abandonar por completo la aventura y consagrar todos sus esfuerzos al negocio de cueros.

—¡Dios mío! —exclamó de pronto, dando un salto en el coche, como una figurilla de resorte—. Pero es el caso que no sólo he perdido la tontina sino que he perdido además el negocio de los cueros.

Por muy monstruoso que pueda parecer el hecho, era rigurosamente exacto. Maurice no podía firmar en nombre de su tío. No podía siquiera extender un cheque de treinta chelines. Por lo tanto, mientras no adujese la prueba legal de la muerte de su tío, era un simple paria sin un chelín: desde punto y hora que adujese esta prueba legal, perdía irremediablemente la tontina. Pero Maurice no podía vacilar. Debía abandonar la tontina, que estaba demasiado verde, como las uvas de la zorra, y concentrar su actividad en el negocio de cueros y en el resto de su modesta pero legítima herencia. Por desgracia, apenas adoptada esta resolución descubrió el abismo que se abría a sus pies. ¡Le era imposible declarar el fallecimiento de su tío! Una vez perdido el cadáver, su tío Joseph (desde el punto de vista legal) se había hecho inmortal.

No había en el mundo un carruaje bastante grande para contener a Maurice con su desesperación. El pobre mozo hizo parar el coche, se bajó, pagó, y echó a andar a la ventura.

—¡Empiezo a creer que he procedido en este negocio con sobrada precipitación! —dijo, para sí lanzando un suspiro fúnebre—. ¡Temo que el negocio sea demasiado complicado para un hombre de mi capacidad intelectual!

De pronto se le ocurrió uno de los aforismos de su tío José: «Cuando se desea pensar con claridad, hay que empezar por escribir sus argumentos», repetía de continuo el anciano. «¡Hombre, ese viejo loco no dejaba de tener algunas ideas buenas! —pensó Maurice—. ¡Voy a emplear su sistema!».

Entró en una taberna, pidió queso, pan y avíos de escribir, y se instaló solemnemente ante una hoja de papel blanco. Probó la pluma, y ¡cosa increíble!, escribía perfectamente. Pero ¿qué iba a escribir?

—¡Ya caigo! —exclamó al fin Maurice—. Voy a hacer lo mismo que Robinson Crusoe con sus dos columnas.

Inmediatamente dobló el papel conforme al modelo clásico y empezó a escribir:

MALO BUENO

1. He perdido el cuerpo de mi tío. 1. Pero Pitman lo ha encontrado.

—¡Alto ahí! —dijo para sí Maurice—. El genio de la antítesis me lleva demasiado lejos; volvamos a empezar:

MALO BUENO

1. He perdido el cuerpo de mi tío. 1. Pero de este modo no tengo que cuidarme de enterrarlo.

2. He perdido la tontina. 2. Pero puedo recobrarla si Pitman hace desaparecer el cuerpo y si encuentro un médico poco escrupuloso.

3. He perdido el comercio de cueros y el resto de la herencia de mi tío.
3. Pero lo salvaré si Pitman entrega el cuerpo a la policía.

«Sí, pero en este caso voy a la cárcel. ¡Se me olvidaba este detalle! —pensó Maurice—. En realidad, creo que haría mejor en no pararme en esta hipótesis. La gente que nada tiene que temer por sí misma, no teme recomendar a los demás que se pongan siempre en lo peor; pero yo creo que, en un caso como éste, debo evitar toda ocasión de desaliento. ¡No, debe haber otra respuesta al número 3 de la derecha! ¡Debe haber un bueno que sirva de contrapeso a este malo! De otra suerte, ¿qué utilidad tendría la invención de esta doble columna? ¡Por San George, ya caigo! La respuesta al número 3 es exactamente la misma que la del número 2.»

Dicho esto se apresuró a escribir de nuevo el pasaje en cuestión, reemplazando enfrente del número 3, malo, la respuesta antes inscrita con la del número 2.

«¡En verdad necesito a todo trance hallar ese médico poco escrupuloso, lo necesito, en primer término, para que me extienda un certificado declarando que ha muerto mi tío, y lo necesito además para que me dé un certificado declarando que mi tío vive…! ¡Pero he aquí que caigo nuevamente en una antinomia!».

Enseguida volvió a sus confrontaciones.

—¡Alto ahí! —dijo para sí Maurice—. El genio de la antítesis me lleva demasiado lejos; volvamos a empezar:

MALO BUENO

4 Me encuentro casi sin dinero. 4. Pero en el banco tenemos un depósito importante

5. Sí, pero no puedo cobrar dicho depósito. 5. Pero… en realidad, esto parece desgraciadamente incontestable.

6. He dejado en el bolsillo de mi tío Joseph el cheque de ochocientas

libras. 6. Pero si Pitman no es honrado, el descubrimiento del cheque le decidirá a guardar secreto y a deshacerse del cadáver.

7. Sí, pero si Pitman no es honrado y descubre el cheque sabrá quién es tío Joseph y podrá hacerme cantar. 7. Sí, pero si no me equivoco en mis cálculos acerca de mi tío Mastermann podré, a mi vez, hacer cantar a mi primo Michael.

8. Pero yo no puedo hacer cantar a Michael sin tener pruebas de la muerte de su padre. Además, hacer cantar a mi primo no deja de ser empresa algo peligrosa. 8. ¡Tanto peor!

9. El comercio de cueros tendrá pronto necesidad de dinero para los gastos corrientes y yo no tengo un cuarto. 9. Pero el comercio de cueros es un barco que hace agua.

10. Sí, pero, sin embargo, es el único barco que me queda. 10. Exacto

11. John tendrá pronto necesidad de dinero y yo no podré dárselo. 11.

12. Y el médico venal querrá que le paguen por adelantado. 12.

13. Y si Pitman es un bribón y no me hace ir a la cárcel, me pedirá mucho dinero. 13.

«¡Oh! ¡Veo que el negocio es perfectamente unilateral! —pensó Maurice —. Decididamente este método no vale tanto como yo me figuraba».

Arrugó la hoja de papel y se la metió en el bolsillo; pero inmediatamente la sacó de nuevo, la extendió y la releyó desde el principio hasta el fin.

«Conforme a este resumen de los hechos —dijo para sí—, veo que mi posición es débil, principalmente desde el punto de vista financiero. ¿No habría, pues, medio de hallar fondos? En una gran ciudad como Londres y rodeado de todos los recursos de la civilización, no me resigno a creer que una cosa tan sencilla me sea imposible. ¡Vamos, vamos! ¡No hay que precipitarse! En primer lugar, ¿no tengo nada que vender? ¿Y mi colección de sortijas de sello?».

Pero ante la idea de separarse de aquel querido tesoro, sintió subírsele la sangre a la cabeza.

«¡No! ¡Antes morir!», dijo para sí.

Y echando sobre la mesa un chelín, salió precipitadamente a la calle.

«Es preciso que encuentre fondos. Muerto mi tío el dinero depositado en el banco es mío: quiero decir que debería ser mío, a no ser por esa maldita

fatalidad que me persigue desde que me quedé huérfano. ¡En mi lugar, ya sé yo lo que haría cualquier otro hombre en el mundo! Empezaría por falsificar documentos: sólo que en este caso, esto no podría llamarse falsificación, porque mi tío ha muerto y el dinero me pertenece. ¡Cuando pienso en esto, cuando pienso que mi tío ha muerto a mi vista y que no puedo probarlo, me siento abrumado por el peso de semejante injusticia! En otro tiempo me llenaba de amargura el recuerdo de mis 7800 libras; ¿qué era esa suma miserable en comparación con lo que pierdo ahora? ¡Es decir, que hasta anteayer era yo perfectamente feliz!».

Y Maurice recorría las calles lanzando profundos suspiros.

«¡Y aún no es esto todo! —pensaba—. ¿Sería yo capaz de falsificar? ¿Llegaría a imitar perfectamente la letra de mi tío? ¿Por qué no aprendí más caligrafía cuando era muchacho? ¡Ah! ¡Cómo comprendo ahora los consejos de nuestros profesores cuando nos predecían que más tarde sentiríamos no haber aprovechado mejor sus lecciones! Mi único consuelo es que aun cuando fracase en mi empresa, no tendré nada que temer, por lo menos de parte de mi conciencia. Y si triunfo, y ese Pitman es tan bandido como yo me figuro, en ese caso no me quedaría más que tratar de hallar en Londres un médico sin escrúpulos, cosa que no debe ser difícil de descubrir en una ciudad como Londres. ¡La ciudad debe estar llena de ellos, seguramente! ¡Claro es que no voy a poner un anuncio en los periódicos, pidiendo las señas de un médico venal!; no, me bastará entrar en casa de diferentes médicos, juzgarlos según la acogida que me hagan y, cuando haya encontrado uno que parezca convenirme, exponerle simplemente mi negocio… ¡Sin embargo, en el fondo, este paso no deja de ser sumamente delicado!».

Después de largos rodeos, se halló en los alrededores de John Street; lo echó de ver enseguida y se apresuró a volver a su casa. Pero, mientras introducía la llave en la cerradura, le acometió una nueva reflexión mortificante. ¡Esta misma casa no me pertenece mientras no pueda demostrar la muerte de mi tío! Diciendo esto entró y volvió a cerrar dando un tremendo portazo.

Para colmo de desdicha, en medio de la oscuridad del vestíbulo Maurice tropezó y cayó pesadamente sobre el pedestal del Hércules. El dolor vivo que experimentó acabó de exasperarle. Acometido de pronto de furor impulsivo, cogió el martillo que Gideon Forsyth había dejado en el suelo, y sin fijarse en lo que hacía, dio un terrible golpe a la estatua, que produjo un chasquido seco.

—¡Bárbaro de mí! ¿Qué he hecho? —gimió Maurice. Entonces encendió una cerilla y corrió a buscar una palmatoria en la cocina. «Sí —se dijo interiormente, contemplando a la luz de la bujía el pie del Hércules que acababa de romper—; una obra maestra antigua. La broma me va a costar

miles de libras».

Pero de pronto se sintió iluminado por una esperanza salvaje: «¡Vamos a ver! Me he desembarazado de Julia; no tengo nada que ver con ese idiota de Forsyth; los mozos del ferrocarril estaban borrachos perdidos y han sido despedidos; no hay, pues, que temer. ¡No tengo más que negar! Ni visto ni oído, ¡diré que no sé nada!».

Un minuto después estaba nuevamente de pie, enfrente del Hércules, con los labios apretados, blandiendo en la mano derecha el martillo de partir el carbón y una maciza cuchilla para picar carne. Empezó resueltamente por el cajón y le bastaron dos o tres golpes bien aplicados para completar el trabajo de Gideon. Roto el cajón, cayó sobre Maurice una lluvia de tablas seguida de un alud de paja.

Entonces pudo apreciar el negociante en cueros la dificultad de la tarea que había emprendido; poco faltó para que se desalentase. Estaba solo, sólo disponía de armas insignificantes y no tenía experiencia alguna en el oficio de minero ni en el de picapedrero; ¿cómo lograría dar fin a aquel monstruo colosal, enteramente de mármol y suficientemente sólido para conservarse intacto desde la época de Fidias, acaso? Pero la lucha era menos desigual de lo que se figuraba su modestia; por una parte estaba la fuerza material, pero por otra estaba la fuerza moral, esa llama heroica que asegura la victoria.

—¡Veremos quién puede más, pedazo de animal! —gritó Maurice, con un apasionamiento semejante al que debió animar en otro tiempo a los vencedores de la Bastilla—. ¡Acabaré contigo!, ¿los oyes?, y ha de ser esta misma noche. ¡Me estás estorbando aquí!

El rostro del Hércules, con su inoportuna expresión de jovialidad, excitaba especialmente la ira de Maurice, y por él precisamente empezó su furibundo ataque. La estatura del semidiós (hay que advertir que el pedestal era también demasiado alto) parecía constituir un obstáculo serio para la empresa. Pero desde las primeras de cambio la inteligencia afirmó su triunfo sobre la materia. Recordó Maurice que su difunto tío tenía en su biblioteca una escalerita portátil, sobre la que subía Julia para alcanzarle los libros de los anaqueles más altos. Corrió a buscar aquel precioso instrumento de guerra, y gracias a él, no tardó en tener el placer de decapitar a su estúpido enemigo.

Dos horas más tarde, lo que había sido imagen de un enorme mozo de cordel, se hallaba reducido a un informe montón de miembros rotos. El torso se apoyaba contra el pedestal, la cara hacía muecas, mirando hacia la escalera del sótano; las piernas, los brazos y las manos yacían envueltos en paja que inundaba el vestíbulo. Media hora después, todos aquellos restos se hallaban arrinconados en un rincón de la bodega; y Maurice, embargado por el delicioso sentimiento del triunfo, consideraba el que había sido teatro de sus

proezas. En adelante podía dormir en paz y negar con toda seguridad; a no ser por su lamentable estado de degradación, el vestíbulo no contenía nada que revelase el paso del más gigantesco producto de la escultura antigua. En fin, a la una de la mañana, tan molido que no tuvo fuerzas para desnudarse, Maurice se dejó caer en la cama. Tenía fuertes dolores en los brazos y en los hombros, le ardían las palmas de las manos, y no podía doblar las piernas. Largo tiempo tardó Morfeo en visitar al joven héroe, y lo abandonó a los primeros rayos del alba.

La mañana se anunciaba de un modo lamentable. Bramaba en la calle el viento del Este, la lluvia azotaba las ventanas y Maurice sintió al levantarse corrientes de aire helado.

«Es triste que no pueda disfrutar de buen tiempo, teniendo en cuenta el cúmulo de desgracias que me rodean». No había pan en casa; porque miss Hazeltine (como todas las mujeres cuando viven solas) se había alimentado con golosinas. Pero Maurice acabó por descubrir un pedazo de bizcocho que, acompañado de un gran vaso de agua le sirvió de desayuno. Después puso manos a la obra.

No hay nada tan curioso como el misterio de las firmas humanas. Ya firme uno antes o después de la comida, ya durante una indigestión o atenaceado por el hambre, ya temblando por la vida de un hijo querido o por haber ganado en las carreras, ya en el gabinete del juez de instrucción, ya junto a la mujer amada, el vulgo encontrará las firmas distintas según las circunstancias; pero para el perito, para el grafólogo y para el cajero de un banco, serán siempre las mismas, como la estrella del Norte para los astrónomos.

Maurice sabía esto. Sus conversaciones con su tío Joseph le habían metido en la cabeza, a la fuerza, la teoría de la escritura y también la del arte ingenioso de la falsificación en la que se proponía hacer su estreno. Pero —felizmente para el buen orden de las transacciones comerciales— la falsificación en materia de escrito es cuestión de práctica. Mientras Maurice se hallaba aquella mañana sentado en su despacho, rodeado de firmas auténticas de su tío y de ensayos de imitación, por desgracia no muy felices, estuvo más de una vez a punto de desesperarse; de vez en cuando resonaba en la chimenea el lúgubre mugido del viento; a veces caía sobre Bloomsbury una niebla tan espesa que se veía obligado a encender el gas; en torno suyo reinaban el frío y el desorden de una casa largo tiempo deshabitada, de lo cual eran indicios el pavimento sin alfombra, el sofá lleno de libros y de ropa, las plumas mohosas y el papel cubierto con una capa de polvo; pero todo esto eran tortas y pan pintado en comparación de la depresión causada en el ánimo de Maurice por aquel fracaso en sus tentativas de falsificación que empezaban a agotar la provisión de papel de cartas.

«¡Es lo más extraño del mundo! —se decía gimiendo—. Aquí están todos los elementos de la firma, perfiles, gruesos y ligados; y sin embargo, el conjunto no puede ser más desastroso. El último de los empleados de un banco vería enseguida la falsificación. ¡Veo que voy a tener que calcar!».

Aguardó que pasara un chubasco, apoyó el papel sobre el cristal de la ventana y a la vista de cuantos transitaban por la calle, calcó la firma de su tío. Aun así, resultó un calco muy tímido, torpe, en que se notaba la vacilación del pulso y otros signos denunciadores.

—¡No importa, tendrá que pasar así! —dijo considerando tristemente su obra—. ¡De todos modos mi tío Joseph ha muerto!

Después completó el falso cheque, escribiendo en él: doscientas libras y corrió al Banco Anglo-Asiático, donde estaban depositados los fondos de su casa.

Una vez allí, adoptando el aire más indiferente que pudo, presentó su falso cheque al gordo escocés de pelo rojo con quien se entendía habitualmente cuando iba a cobrar o a depositar fondos. El escocés pareció sorprendido a la vista del cheque, después lo examinó en todos sentidos y hasta miró la firma a través de un lente; y su sorpresa pareció trocarse en un sentimiento más desfavorable aún.

—Dispense usted un momento —dijo al fin al desdichado Maurice desapareciendo luego en los oscuros corredores del Banco.

Cuando volvió al cabo de un rato bastante largo, venía acompañado de uno de sus jefes, un hombrecito no muy joven y regordete, pero que pertenecía al número de los que son «hombres de mundo hasta la punta de los dedos».

—¿Tengo el honor de hablar al señor Maurice Finsbury, según creo? —preguntó el hombre de mundo poniéndose los lentes para ver mejor a Maurice.

—¡Sí, señor! —respondió Maurice temblando—. ¿Hay… acaso alguna dificultad?

—Ocurre lo siguiente, señor Finsbury: nos admira algo recibir esto —añadió el banquero señalando al cheque—. Precisamente ayer mismo nos han avisado que no le entreguemos a usted fondos.

—¡Avisado! —exclamó Maurice.

—Y precisamente lo ha hecho su tío en persona. Y además le hemos pagado a su señor tío un cheque de… ¿de cuánto era señor Bell?

—De ochocientas libras, señor Judkin —respondió el empleado.

—¡Dent Pitman! —murmuró Maurice, cuyas piernas flaqueaban.

—¿Cómo, caballero? No he entendido —dijo el señor Judkin.

—¡Oh, no es nada… un simple modo de hablar!

—¿Espero que no le habrá ocurrido a usted nada desagradable, señor Finsbury? —dijo amablemente el señor Bell.

—¡Todo lo que puedo decir a usted —profirió Maurice con siniestro acento—, es que el hecho es absolutamente imposible! Mi tío está en Bournemouth enfermo e incapaz de moverse.

—¡De veras! —dijo el señor Bell, volviendo a tomar el cheque de manos de su jefe—. ¡Pero si este cheque está fechado hoy en Londres! ¿Cómo lo explica usted, caballero?

—¡Oh, es un error de fecha! —tartamudeó Maurice, en tanto que se ponía colorado como una amapola.

—¡Seguramente, seguramente! —dijo el señor Judkin—, fijando de nuevo en él su terrible mirada.

—Además —arriesgó Mauricio—, aunque ustedes no puedan entregarme grandes sumas, se trata de una bagatela… de doscientas libras.

—¡Sin duda, señor Finsbury! —respondió el señor Judkin—. Lo que usted dice es cierto y, si insiste usted, no dejaré de someter su petición a nuestro Consejo de Administración. Pero… en una palabra, señor Finsbury, temo que esta firma no sea tan correcta como sería de desear…

—¡Oh; eso no importa! —murmuró precipitadamente Maurice—. Voy a pedir a mi tío que firme de nuevo. Debo decirle a usted —continuó recobrando algo la serenidad— que mi tío está tan enfermo que no ha podido firmar este cheque sin mi ayuda; y creo que las diferencias que se notan en la firma proceden de que he tenido que sostenerle la mano.

El señor Judkin miró a Maurice de hito en hito. Después, volviéndose al señor Bell, dijo:

—¡Empiezo a creer que ayer nos ha estafado un bribón haciéndose pasar por el señor Joseph! Diga a mi señor tío que vamos a avisar enseguida a la policía. En cuanto a este cheque, a causa de la manera como ha sido firmado, el Banco no puede aceptar su responsabilidad.

Diciendo esto alargó el cheque a Maurice por encima del mostrador. Maurice lo cogió maquinalmente.

—En un caso como éste —dijo— ¿la pérdida nos corresponde exclusivamente a nosotros, es decir, a mi tío y a mí?

—De ninguna manera, caballero. Sólo la banca es responsable. O bien

recobraremos esas ochocientas libras o reembolsaremos a usted de nuestro fondo las ganancias y pérdidas. Puede usted estar tranquilo.

Maurice puso una nariz de media cuarta; pero no tardó en brillar en sus ojos un rayo de esperanza.

—Oiga usted —dijo—. Déjeme usted arreglar este negocio pues tengo una pista y yo me encargo de él. ¡Además, la policía cuesta cara!

—¡El Banco no lo entiende de esta manera! —replicó el señor Judkin—. Costearemos todos los gastos y gastaremos todo el dinero necesario. Un estafador no descubierto es un peligro permanente. ¡Aclararemos a fondo este asunto, señor Finsbury; puede usted contar con nosotros y dormir tranquilo!

—¡Pues bien, tomo a mi cargo la pérdida! Ruego a usted que abandone el asunto.

A toda costa quería impedir las pesquisas.

—Dispense usted —replicó el implacable señor Judkin—; pero nada tiene usted que ver en este asunto que es cosa nuestra y de su tío de usted. Si éste participa de su opinión y viene a anunciárnoslo o consiente en recibirme…

—¡Enteramente imposible! —exclamó Maurice.

—¡Pues bien, ya ve usted que tenemos las manos atadas! Es preciso que pongamos a la policía en movimiento.

Maurice dobló maquinalmente el cheque y lo metió en su cartera.

—¡Buenos días! —dijo, y salió como huyendo del Banco.

«¡Me pregunto qué es lo que sospecha! —dijo para sí—. No comprendo nada. Su conducta es inexplicable. Pero no me importa. ¡Todo está perdido! El cheque ha sido cobrado y va a entrar en campaña la policía. ¡Dentro de dos horas ese idiota de Pitman estará preso y toda la historia del cadáver figurará en los periódicos de la noche!».

Sin embargo, si el pobre mozo hubiera podido oír el diálogo que había tenido lugar en el Banco después de su partida, se hubiera asustado, menos seguramente; pero se habría sentido más mortificado.

—¡Vaya un asunto curioso, señor Bell! —había dicho el señor Judkin.

—Sí, señor —había respondido el señor Bell—: pero creo que le hemos hecho pasar un gran miedo.

—¡Oh, no volveremos a oír hablar del señor Maurice Finsbury! —había replicado el señor Judkin—. No era más que una primera tentativa de su parte, y hemos tenido siempre tan buenas relaciones con la casa Finsbury, que he creído más caritativo obrar con dulzura. Supongo que no dudará usted, señor

Bell, que no ha habido error posible en la visita de ayer. Fue el señor Finsbury en persona el que vino a cobrar las ochocientas libras, ¿no es verdad?

—¡No hay error posible! —dijo sonriendo el señor Bell—. ¡Era el señor Finsbury en carne y hueso! ¡Figúrese usted que me explicó detalladamente los principios del descuento!

—¡Muy bien! ¡Muy bien! —concluyó el señor Judkin—. La próxima vez que venga el señor Joseph Finsbury, ruéguele usted que pase a mi despacho. Me inspira algún recelo su conversación; pero, en el caso presente, tenemos absolutamente el deber de ponerle en guardia.

VII

Donde Pitman se aconseja con un abogado

Norfolk Street no es una calle grande, y además, no tiene nada de bonita. Se ven circular por ella sobre todo criadas sucias, despeinadas y evidentemente baratas. Por la mañana van a buscar provisiones a la calle inmediata, y por las noches se pasean de arriba abajo con sus novios. Dos veces por día pasa el vendedor de cordilla para los gatos. A veces un organillero novicio se arriesga en dicha calle, pero no tarda en desaparecer, desilusionado. Los días festivos, Norfolk Street sirve de circo a los jóvenes deportistas de la vecindad, y los inquilinos tienen ocasión de estudiar los diversos métodos posibles de ataque y de defensa individuales. Todo esto no impide, sin embargo, que pase dicha calle por respetable, porque siendo muy corta y poco pasajera, no contiene ni una sola taberna.

En la época en que tiene lugar nuestro relato, el número 7 de Norfolk Street tenía en la puerta una placa de cobre, con estas palabras: W. D. Pitman, artista. Esta placa no se hacía notar por su limpieza, y en cuanto a la casa, en su conjunto, no tenía nada de particular ni atractivo. Y sin embargo, dicha casa, desde cierto punto de vista, era una de las curiosidades de nuestra capital; porque tenía como inquilino a un artista (y hasta a un artista distinguido, siquiera no se distinguiese sino por sus fracasos), ¡a quien jamás había consagrado el más insignificante artículo ninguna revista ilustrada! Jamás había reproducido ningún grabador en madera «un rincón del pequeño salón» de aquella casa, «la chimenea monumental del salón grande»; ninguna literata incipiente había celebrado «la sencillez llena de naturalidad» con que la había recibido el maestro W. D. Pitman, «en medio de sus tesoros artísticos». Pero yo mismo, por otra parte y con gran sentimiento mío, no voy a poder llenar esta laguna, porque sólo voy a permitirme entrar en la antesala,

el taller y el desdichado jardín de la estética morada del señor Pitman.

El jardín en cuestión poseía una fuente de yeso (por lo demás sin agua), algunas flores incoloras en macetas y dos o tres estatuas, imitación de lo antiguo, que representaban sátiros y ninfas de la ejecución más mediana que pueda imaginar el lector. A un lado de este jardín había dos pequeños talleres, subalquilados por Pitman a otros representantes de nuestro arte nacional, más obscuros y desdichados que él. Al otro lado se alzaba un edificio algo menos lúgubre, con una puerta excusada que daba a una callejuela; allí era donde el señor Pitman se entregaba todas las noches a los goces de la creación artística. Pasaba el día entero dando lecciones de arte a las educandas de un colegio de Kengsinton; pero por lo menos podía disponer de sus veladas, que prolongaba lo más posible. Ya pintaba un paisaje con cascada, al óleo, ya esculpía, gratuita y espontáneamente (pero «en mármol», como se complacía en hacer notar) el justo de algún personaje público; ya también modelaba en yeso una ninfa que pudiese servir de lampadario para el gas de una escalera, o un Samuel niño, casi de tamaño natural, que hubieran podido comprarle para el salón de una agencia de nodrizas.

El señor Pitman había estudiado en otro tiempo en París y hasta en Roma, a expensas de un negociante en corsés, primo suyo, que desgraciadamente no tardó en hacer bancarrota, y aunque nadie llevó jamás la incompetencia artística a suponerle algún talento, todo hacía esperar que por lo menos había aprendido su oficio. Pero dieciocho años de enseñanza le habían despojado del mezquino tesoro de sus conocimientos. A veces los artistas a quienes subarrendaba talleres, no podían menos de llamarle la atención y darle consejos; le hacían ver, por ejemplo, cuan imposible era pintar buenos cuadros a la luz del gas, o ninfas de tamaño natural, sin modelo. «Sí, ya lo sé —respondía—. Nadie lo sabe mejor que yo en toda la calle. Les aseguro a ustedes que si yo fuese rico, no vacilaría en emplear los mejores modelos de Londres. ¡Pero, siendo pobre, he tenido que acostumbrarme a pasar sin ellos! Un modelo que viniese de vez en cuando sólo serviría para turbar mi concepción ideal de la figura humana; lejos de ser una ventaja sería un peligro real para mi carrera artística. En cuanto a mi costumbre de pintar a la luz del gas, reconozco que no deja de tener inconvenientes; pero he tenido que adoptarla porque tengo que dedicar todo el día a la enseñanza».

En el momento mismo en que me propongo presentarle a mis lectores, hallábase Pitman solo en su taller iluminado por la moribunda luz de un triste día de octubre. Ocupaba un sillón Windsor y cubría su cabeza un sombrero de fieltro negro. Era un hombrecillo moreno, flaco, inofensivo, interesante, vestido de luto, con una levita demasiado larga, con cuello alto y aspecto vagamente eclesiástico, que lo hubiera sido ciertamente más a no ser por su larga barba terminada en punta. En sus cabellos y su barba se notaban ya

algunos hilos de plata. ¡La viudez, la pobreza y una humilde ambición siempre contrariada, no eran lo más a propósito para rejuvenecerle!

Frente a él, en un rincón cerca de la puerta, se erguía un sólido tonel. Y por más que Pitman se revolvía en su asiento, no podía apartar de él sus ojos y su pensamiento.

«¿Debo abrirlo? ¿Debo devolverlo? ¿Debo avisar enseguida al señor Semitopolis? —se preguntaba—. ¡No! —decidió al fin—. ¡No hagamos nada sin consultar al señor Finsbury!».

Después se levantó, sacó de un cajón un cartapacio de cuero viejo, lo colocó encima de la mesa delante de la ventana, sacó una hoja de papel de cartas de color de café con leche, del que usaba en sus relaciones escritas con la directora de su colegio y, laboriosamente, logró redactar la carta siguiente:

Querido señor Finsbury: ¿Sería abusar demasiado de su amabilidad, rogarle que viniese a verme un momento esta noche misma? El asunto que me preocupa, y acerca del cual debo pedirle consejo, es de los más interesantes: porque se trata de la estatua de Hércules, perteneciente al señor Semitopolis, de la que ya he tenido ocasión de hablar a usted. Le escribo en el mayor estado de agitación e inquietud; temo en verdad que se haya extraviado esta obra maestra del arte antiguo. Y para que yo acabe de perder la cabeza hay otro incidente, relacionado con el primero. Dígnese usted, le ruego, dispensar lo mal trazado de estas líneas y créame su afectísimo amigo

WILLIAM D. PITMAN

Escrita esta carta, se puso en camino y fue a llamar a la puerta del número 233 de Kings Road, la calle inmediata; en dicha casa tenía su domicilio particular el abogado Michael Finsbury. Pitman había encontrado al abogado cuatro años antes, en Chelsea, en una reunión de artistas; como eran vecinos, habían vuelto juntos, y Michael, que era en el fondo un excelente mozo, no había dejado desde entonces de dispensar a su humilde vecino una amistad algo desdeñosa, pero servicial y segura.

—No —dijo la anciana sirviente de los Finsbury, que le abrió la puerta—, el señor Michael no ha vuelto todavía. Pero parece que no está usted muy bien, señor Pitman. Entre usted a tomar una copita de jerez, que le sentará bien.

—Gracias, señora, hoy no puede ser —respondió el artista—. Es usted muy buena, pero me siento demasiado abatido para beber jerez. Le ruego a usted encarecidamente que entregue esta cartita a don Michael, rogándole que pase un momento a verme. Puede entrar por la puerta excusada que da a la callejuela; yo estaré toda la noche en mi taller.

Se volvió hacia su calle y lentamente se dirigió a su casa. En la esquina de

Kings Road le llamó la atención el escaparate de un peluquero. Largo tiempo estuvo contemplando a la altiva, noble y magnífica dama de cera que giraba lentamente en el centro de aquel escaparate. Ante aquel espectáculo, se despertó en Pitman el artista, a pesar de las angustias que le oprimían.

«Por mucho que se burlen de los que hacen esas cosas —dijo para sí—, no puede negarse que hay algo dentro. Hay en esa figura cierto no sé qué de altivo, de grande y de verdaderamente distinguido. Es precisamente ese mismo no sé qué que yo he intentado expresar en mi Emperatriz Eugenie».

Continuando su marcha hacia su taller siguió pensando en ese «no sé qué».

«Ese contacto inmediato de la realidad —dijo para sí— es lo que se enseña en París: ¡Es arte inglés, puramente inglés! ¡Vamos, pobre viejo, te has dejado encanallar! ¡Apunta más alto, Pitman, apunta más alto!».

Mientras tomaba el té y después, mientras daba a su hijo la lección de violín, el alma de Pitman olvidó sus angustias, para volar al país del ideal. Apenas acabó la lección, corrió a encerrarse en su taller.

Ni aun la vista del tonel logró enfriar su entusiasmo. Se entregó por completo a su obra, que era un busto de Mr. Gladstone, copia de una fotografía. Con éxito extraordinario venció la dificultad que le presentaba, por falta de documentos, la parte posterior de la cabeza de su ilustre modelo; iba a emprenderla con las famosas puntas del cuello de su camisa, cuando la entrada de Michael Finsbury vino a llamarle bruscamente a la realidad.

—¡Vamos! ¿Qué hay? —preguntó Michael, adelantándose hacia la chimenea, donde Pitman tenía un excelente fuego.

—No hay palabras para expresar el embarazo en que me encuentro —dijo el artista—. La estatua del señor Semitopolis no ha llegado y temo que me hagan responsable de su pérdida. Además, no es la cuestión de dinero lo que me inquieta, sino la perspectiva del escándalo, señor Finsbury. Ese Hércules, como usted sabe, ha salido de Italia fraudulentamente. Los príncipes romanos que lo poseían no tenían derecho para venderlo, y a fin de alejar las sospechas, el señor Semitopolis me rogó que, mediante una pequeña comisión, consintiese en que enviasen el bulto a mi domicilio. Si la estatua se ha quedado en el camino, todo se descubrirá y me veré obligado a confesar mi participación en el asunto.

—Me parece un asunto de los más graves —declaró el abogado—; preveo que va a exigir mucha bebida, Pitman.

—Me he tomado la libertad de prepararlo todo a ese fin —respondió el artista, indicando, sobre la mesa un infiernillo, una botella de ginebra, un limón y unas copas.

Michael se preparó un grog y ofreció un cigarro a su amigo.

—No, gracias —dijo Pitman—. En otro tiempo tenía la debilidad de ser muy aficionado al tabaco, pero lo he tenido que dejar a causa de mis lecciones.

—Está muy bien —dijo el abogado—. Ahora puede usted hablar; ¡venga la historia!

El pobre Pitman fue revelando sus angustias. Había ido a la estación de Waterloo para recoger su Hércules, y le habían entregado, en lugar del coloso esperado, un tonel de dimensiones ordinarias. Lo más curioso era que el tonel venía de Marsella, de donde debía llegar el Hércules, y la dirección estaba escrita de letra de su corresponsal italiano. Y lo más extraordinario de todo era que había sabido que había llegado por el mismo tren un cajón gigantesco, pero con otra dirección imposible de descubrir.

—El carretero encargado de llevarlo se emborrachó y respondió a mi pregunta en los términos más desvergonzados. El jefe de servicio le despidió enseguida, se mostró muy amable conmigo y me prometió tomar informes de Southampton. Pero entretanto, ¿qué debo hacer? He dejado mis señas y me he traído el tonel. Después de esto, recordando un antiguo adagio, he decidido no abrirlo sino en presencia de mi abogado.

—¿Y no hay más que eso? —dijo Michael—. No veo en ello el menor motivo de inquietud. El Hércules se habrá entretenido en el camino y llegará mañana o pasado. En cuanto al tonel, estoy seguro de que es un recuerdo de una de sus discípulas. ¡Probablemente contendrá ostras!

—¡Oh, no hable usted tan alto! —exclamó el artista—. Si le oyesen a usted burlarse de esas señoritas, perdería mi cargo enseguida. Además, ¿por qué me habían de enviar ostras de Marsella? ¿Y por qué me las había de enviar el mismo señor Ricardi, corresponsal del señor Semitopolis?

—¡Veamos el cuerpo del delito! —dijo Michael—, coloquémosle bajo el mechero de gas.

Los dos hombres hicieron rodar el tonel a través del taller.

—¡Lo cierto es que para contener ostras es demasiado pesado! —observó juiciosamente Michael.

—¿Si lo abriésemos inmediatamente? —propuso Pitman a quien la influencia combinada de la conversación y del grog había devuelto el buen humor.

Después de esto, sin aguardar respuesta, se remangó las mangas, como para un concurso de boxeo, echó al cesto de papeles su cuello postizo de pastor y, cogiendo un cortafrío en una mano y un martillo en la otra, atacó con vigor el misterioso barril.

—¡Bravo, William Dent, eso se llama trabajar! —gritaba Michael—. ¡Qué admirable leñador hubiera hecho usted! ¿Y sabe usted lo que se me figura? Creo que se trata de una de sus discípulas, que, para llegar hasta usted, se ha encerrado en ese tonel. ¿No hay una aventura semejante en la historia de Cleopatra? ¡Cuidado, no vaya usted a hundir el cortafrío en la cabeza de la hermosa!

Pero el espectáculo de la actividad de Pitman era contagioso y el abogado no pudo resistir al deseo de tomar parte en la fiesta. Echando su cigarro a la lumbre, arrancó las herramientas de manos de su amigo y se puso a su vez a arrancar el fondo del tonel. No tardó en correr el sudor por su ancha rente; su pantalón, cortado a la última moda, se llenó de manchas de orín y sus golpes hacían vibrar el taller.

Un tonel con flejes de hierro no es cosa fácil de abrir, aun cuando se sepa hacerlo; pero cuando no se sabe hay muchas probabilidades de que en lugar de abrirse, el tonel acabe por deshacerse por completo. Esto es lo que sucedió precisamente al tonel en cuestión. De pronto, cayó el último fleje, y lo que había sido un magnífico tonel, soberbia muestra de la tonelería inglesa, se convirtió en confuso montón de duelas rotas.

En medio de ellas quedó por algunos momentos de pie un extraño bulto, que no tardó en caer pesadamente sobre el piso de mármol de la chimenea. En el mismo instante se abrieron las mantas que cubrían el bulto y cayeron rodando a los pies del azorado Pitman unos lentes de concha.

—¡Silencio! —dijo Michael.

Corrió a la puerta del taller y echó el cerrojo, después, muy pálido, volvió hacia la chimenea y apartó las mantas que cubrían el cadáver, retrocediendo con espanto.

Reinó un largo silencio en el taller.

—Diga usted la verdad —preguntó al fin Michael en voz baja—. ¿Es usted el autor de esto?

Diciendo así señalaba el cadáver.

El pobre artista no lograba articular una palabra.

Michael echó ginebra en un vaso y le dijo:

—Tome usted y beba, y no tema usted confesármelo todo. ¡Ya sabe usted que siempre seré su amigo!

Pero Pitman rechazó el vaso sin probarlo siquiera.

—¡Juro a usted ante Dios que esto es para mí un nuevo misterio! En mis más terribles pesadillas jamás he soñado cosa igual. ¡Juro a usted, además, que

sería incapaz de matar una mosca!

—¡Está bien! —respondió Michael, lanzando un hondo suspiro, cual si se viese libre de un gran peso—. ¡Le creo, pobre amigo mío! —Y diciendo esto estrechó enérgicamente la mano de su amigo—. ¡Dispense usted mi duda! —añadió un momento después—, pero se me había ocurrido la idea de que hubiese usted podido desembarazarse del señor Semitopolis.

—¡Si yo hubiera hecho eso, mi situación no sería peor! —gimió Pitman—. ¡Soy hombre perdido! ¡Todo acabó para mí!

—En primer lugar —dijo Michael—, alejemos esto de nuestra vista; porque debo confesarle, amigo Pitman, que esta visita no es precisamente de las más regocijadas.

Diciendo esto se estremeció de nuevo.

—¿Dónde podríamos meterlo?

—¿Podría usted tal vez transportarlo al gabinete inmediato? Si es que tiene usted valor para tocarlo —murmuró Pitman.

—¡Cáspita! Mi pobre Pitman, será preciso que uno de nosotros dos tenga ese valor, y temo mucho que no llegue usted a tenerlo nunca. ¡Póngase usted al otro lado de la mesa, vuélvase de espaldas y prepáreme un grog! ¡Esto es lo que se llama la división del trabajo!

Dos minutos después oyó Pitman cerrarse de nuevo la puerta del gabinete.

—¡Vamos! —declaró Michael—; ¡esto ya tiene más carácter de intimidad! Puede usted volverse; intrépido Pitman. ¿Es éste mi grog? —preguntó tomando un vaso de manos del artista—. ¡El cielo me perdone, pero esto es una limonada!

—¡Oh, Finsbury, por piedad! ¿Qué vamos a hacer de esto? —murmuró Pitman, posando su mano en el hombro de su amigo.

—¿Que qué vamos a hacer? ¡Enterrarlo en medio de su jardín y colocar encima una de sus estatuas a guisa de monumento fúnebre! Pero ante todo écheme usted aquí ginebra.

—¡Señor Finsbury, por piedad, no se burle usted de mi desgracia! —gritó el artista—. Tiene usted en su presencia un hombre que ha sido toda su vida, no vacilo en decirlo, eminentemente respetable. A excepción del pequeño contrabando del Hércules, y aun de eso me arrepiento humildemente, jamás he hecho nada que no pudiese salir a la luz del día. Jamás he temido la luz —gimió el hombrecillo—, y ahora…

—¡Vamos! ¡Un poco más de energía! —exclamó Michael—. Le aseguro a usted que estas cosas pasan todos los días. Es la cosa más común del mundo y

la más insignificante. Si está usted completamente seguro de no haber tenido parte alguna en…

—¡De qué palabras podría valerme para afirmárselo! —contestó Pitman.

—Le creo, le creo —repuso Michael—. Se ve muy bien que no tiene usted la experiencia que supondría un hecho semejante. Pero aquí lo que quería decir, si, o más bien puesto que, no sabe usted nada del crimen, puesto que el… objeto encerrado en ese gabinete, no es ni su padre, ni su hermano, ni su acreedor, ni siquiera lo que se ha convenido en llamar un marido ultrajado…

—¡Oh, amigo mío! —interrumpió Pitman escandalizado.

—Puesto que en una palabra —continuó el abogado—, no puede usted tener ningún interés en ese crimen, tenemos el terreno completamente desembarazado. Hasta diré que el problema es de los más interesantes y me propongo ayudarle a resolverlo, Pitman, y ayudarle hasta el fin. ¡Caramba! Hace tiempo que no me he permitido un día de asueto. Mañana por la mañana avisaré en mi oficina que no me esperen en todo el día. De este modo podré consagrarle todo el tiempo y podremos dejar el asunto en otras manos.

—¿Qué quiere usted decir? —preguntó Pitman—. ¿En qué otras manos? ¿En las de un comisario de policía?

—¡Llévese el diablo al comisario de policía! —replicó Michael—. Si usted no quiere emplear el medio más corto, que consistiría en enterrar el objeto esta misma noche en su jardín, habrá que encontrar alguien que consienta en enterrarlo en el suyo. En resumen, tendremos que transmitir el depósito en manos de alguien que tenga más recursos y menos escrúpulos.

—¿Un detective privado? —añadió Pitman.

—Oiga usted, amigo mío, hay momentos en que me causa usted la más profunda compasión —respondió el abogado—. Y a propósito —añadió cambiando de tono—, siempre he lamentado que no tuviese usted un piano aquí en su caverna. Si usted no sabe tocarlo, por lo menos podrían distraerse sus amigos haciendo un poco de música, mientras usted se ocupa en manipular el barro.

—Si le agrada a usted, puedo procurarme un piano —dijo nerviosamente Pitman, deseoso de complacerle—. Por lo demás, ya sabe usted que toco algo el violín…

—¡Sí, ya lo sé! —dijo Michael—, ¡pero qué es un violín, sobre todo teniendo en cuenta como usted toca! ¡No, lo que hace falta es un instrumento polifónico! ¡Lo ideal es un buen contrapunto! Ahora bien, puesto que ya es demasiado tarde esta noche para que pueda usted comprar un piano, yo voy a regalarle uno.

—¡Muchísimas gracias! —respondió Pitman sin saber lo que le pasaba—. ¿Quiere usted regalarme su piano? ¡No sé cómo agradecérselo!

—¡Sí, voy a regalarle a usted uno de mis dos pianos —continuó Michael— para que mañana se divierta el inspector de policía en hacer arpegios, mientras sus detectives registran el gabinete!

Pitman le contemplaba con asombro.

—¡Estoy hablando en broma! —dijo Michael—. Pero el caso es que usted no comprende nada sin que le pongan los puntos sobre las íes. ¡Atención, Pitman, siga usted el hilo de mi argumento! Parto del hecho muy afortunado para ambos, de que somos completamente inocentes del asesinato. No nos liga con este accidente más que la presencia de… lo que usted sabe. Si logramos desembarazarnos de… eso, no tendremos nada que temer. Ahora bien, voy a darle a usted mi piano. Mañana arrancaremos todas las cuerdas y depositaremos… a nuestro amigo… en su lugar; cerraremos el instrumento con llave, lo colocaremos en un carrito de mano y lo introduciremos en la morada de un caballero joven a quien conozco de vista.

—¿A quién conoce usted de vista?… —repitió Pitman.

—Pero sobre todo —dijo Michael—, conozco su casa mejor que él mismo, pues vivió en ella en otro tiempo uno de mis amigos, le llamo «mi amigo» para abreviar, pues ahora está en presidio. Le defendí y le salvé la vida al pobre diablo, en recompensa, me dejó todo lo que poseía incluso las llaves de su casa. Allí es donde me propongo transportar nuestro piano. ¿Comprende usted?

—Todo eso me parece muy extraño —murmuró Pitman—. Y ¿qué le sucederá a ese pobre señor a quien usted conoce de vista?

—¡Oh, hago eso por su bien! —respondió alegremente Michael—. ¡Tiene necesidad de una buena sacudida para moverse!

—Pero amigo mío, ¿no cree usted que se hallará en peligro de ser acusado de asesinato? —tartamudeó Pitman.

—¡Bah! ¡Estará precisamente en la misma situación en que nosotros nos encontramos! Puedo asegurarle a usted que es tan inocente como usted. ¡Amigo Pitman, lo que hace ahorcar a la gente no es la acusación, sino una desdichada circunstancia agravante que se llama la culpabilidad!

—¡En verdad! ¡En verdad! —insistió Pitman—. Su plan me parece muy extraño. ¿No sería mejor en fin de cuentas avisar a la policía?

—¡Y promover un escándalo! —respondió Michael—. El misterio de Norfolk Street; fuertes presunciones de inocencia en favor de Pitman. ¿Qué efecto produciría esto en su colegio?

—¡Pues simplemente mi expulsión inmediata! —replicó el artista—. Sí, seguramente.

—Además, por otra parte —dijo Finsbury—, debe usted suponer que no me voy a embarcar en un asunto como éste sin procurarme alguna distracción a cambio de mi trabajo.

—¡Oh, mi querido señor Finsbury! ¿Son éstas las disposiciones que convienen para llevar a cabo asunto tan grave? —exclamó el desdichado Pitman.

—¡Vamos, he dicho eso para darle a usted ánimo! —replicó Michael imperturbable—. ¡Créame usted, Pitman, no hay nada en la vida como una juiciosa ligereza! Pero es inútil discutir más. ¡Si consiente usted en seguir mi parecer, vamos enseguida a buscar el piano; pero si no consiente en ello, dígalo y le dejaré salir del atolladero como guste!

—¡Demasiado sabe usted que dependo en absoluto de su voluntad! —respondió Pitman—. Pero ¡qué terrible noche voy a pasar, con este… horror en mi taller!

—En todo caso también estará en su taller mi piano —respondió Michael—. Piense usted en él y eso hará contrapeso.

Una hora después penetró un carrito en la callejuela, y el piano de Michael, un Erard de gran cola, aunque bastante maltratado, fue colocado por los dos amigos en el taller de Pitman.

VIII

Donde Michael se permite un día de asueto

Al día siguiente por la mañana, a las ocho en punto, llamó Michael a la puerta del taller. Halló al artista en el más lamentable estado, descolorido, encorvado, sin fuerzas, con los ojos extraviados, que se dirigían sin cesar a la puerta del gabinetito. Pitman por su parte quedó mucho más admirado del cambio que observó en su amigo. Michael se las echaba de seguir la última moda (creo que ya lo he dicho) y es lo cierto que estaba siempre vestido con irreprochable elegancia, lo cual le daba en cierta manera el aspecto de un señor que está convidado a una boda. Ahora bien, la mañana en cuestión, estaba muy lejos de parecer semejante cosa. Llevaba una camisa de franela, una americana y un pantalón de paño ordinario; calzaba botas sin tacones y acababa de darle el aspecto de un vendedor ambulante de cerillas, un malaventurado abrigo.

—¡Aquí me tiene usted, William Dent! —exclamó quitándose el sombrero

de fieltro que llevaba en la cabeza.

Después de esto, sacando del bolsillo dos mechones de pelos rojos, se los pegó en las mejillas a modo de patillas y empezó a bailar desde un extremo a otro del taller, con la gracia afectada de una bailarina.

Pitman sonrió tristemente.

—¡Jamás hubiera podido reconocerle! —dijo.

—De lo cual me alegro mucho —respondió Michael metiéndose nuevamente las patillas en el bolsillo—. Por el momento vamos a pasar revista al guardarropa de usted, porque también tendrá que disfrazarse.

—¿Disfrazarme? —gimió el artista—. ¿Es indispensable en verdad que me disfrace? ¿No hay medio de evitarlo?

—¡Querido amigo —replicó Michael—, el disfraz es el encanto de la vida! ¿Qué es la existencia, como dice muy bien el gran filósofo francés, sin los placeres del disfraz? Por otra parte, no depende de nuestra voluntad: la necesidad nos obliga a ello. Es necesario que gran número de personas y en particular el señor Forsyth, tal es el nombre del joven a quien conozco de vista, no puedan reconocernos hoy. Pudiera suceder que el señor Forsyth se encontrase en su casa cuando vayamos a visitarla.

—¡Pero si se encuentra en su casa en ese momento —tartamudeó Pitman —, estamos perdidos!

—¡Bah! ¡Ya saldremos del paso! —respondió Michael alegremente—. Vamos, muéstreme usted sus prendas de desecho, a fin de que pueda transformarlo en un hombre nuevo.

En el ropero de Pitman escogió Michael, después de largo y minucioso examen, una americana corta de alpaca negra y un pantalón de verano color verdoso. Una vez en posesión de estos objetos procedió al examen de la persona de su amigo.

—Lleva usted un cuello postizo clerical que no me agrada —le dijo—. ¿No podría usted reemplazarlo?

El profesor de dibujo reflexionó un instante.

—Debo tener por ahí dos camisas de cuello bajo que usaba cuando estaba en París estudiando la pintura.

—¡Magnífico! —exclamó Michael—. ¡Va a estar usted admirable! Hombre, unas polainas de caza —continuó, revolviendo en el fondo de una alacena—. ¡Oh, las polainas son absolutamente de rigor! Ahora, amigo mío, va usted a ponerse todas estas prendas, después de lo cual se sentará usted en ese sillón y meditará sobre algún problema de estética, durante media hora

larga. Hecho esto va usted a buscarme a su taller.

La mañana había sido por demás desagradable. En el jardín de Pitman soplaba furioso el viento del Este entre las estatuas y arrojaba la lluvia contra las ventanas del taller. Era precisamente el momento en que Maurice intentaba por centésima vez en Bloomsbury la falsificación de la firma de su tío, mientras que Michael se ocupaba, con no menor actividad en el taller de Norfolk Street, en arrancar las cuerdas de su gran piano Erard.

Media hora después, Pitman, al entrar de nuevo en su taller, halló la puerta del gabinete de par en par, y la caja del piano discretamente cerrada.

—¡Oh —exclamó Michael, apenas vio a su amigo—, hay que despojarse inmediatamente de esa barba!

—¡Mi barba! —exclamó Pitman espantado—. Me es imposible quitarme la barba, pues perdería inmediatamente mi empleo. La directora es muy rigurosa en todo lo que se refiere al aspecto exterior del personal docente. Mi barba me es absolutamente indispensable.

—Podrá usted dejársela crecer después —dijo Michael—. Entretanto estará usted tan feo que le subirán el sueldo.

—Pero es que no quiero estar demasiado feo —replicó el artista.

—¡Vamos, basta de niñerías! —dijo Michael que detestaba las barbas y estaba muy satisfecho de poder suprimir una—. Vamos, sea usted hombre y haga ese sacrificio.

—¡Si lo cree usted absolutamente indispensable! —murmuró Pitman.

Lanzando un profundo suspiro, fue a la cocina a buscar agua caliente, instaló un espejo en su caballete y procedió al decoroso sacrificio. Michael estaba encantado.

—¡Es una transformación milagrosa, se lo aseguro bajo palabra de honor! —dijo a Pitman—. Una vez que se haya usted puesto los anteojos que traigo en el bolsillo será usted el tipo perfecto del viajante alemán de comercio.

Pitman, sin responder, seguía contemplando tristemente en el espejo la imagen del hombre nuevo en que se había convertido. Michael comprendió que tenía el deber de animarle.

—¿Sabe usted —le preguntó—, lo que dijo un día el gobernador de Carolina del Sur al de Carolina del Norte? «Me parece —dijo este profundo pensador—, que el tiempo que media entre dos copas de aguardiente es siempre demasiado largo». Ahora bien, amigo Pitman, si tiene usted la bondad de buscar en el bolsillo izquierdo de mi abrigo, se me figura que encontrará usted un frasco de whisky. ¡Eso es, gracias! —añadió llenando dos copas—.

Beba usted esto y se chupará los dedos.

El artista alargaba la mano hacia el jarro del agua, pero Michael se apresuró a cortar su movimiento.

—¡Aunque me lo pidiese usted de rodillas! Es la mejor calidad de whisky de mesa que puede hallarse en toda Inglaterra.

Pitman bebió un trago, dejó la copa encima de la mesa y exhaló un suspiro.

—Para un día de vacaciones, no es posible seguramente hallar un compañero más triste que usted —exclamó Michael—. Si no entiende usted más que eso en materia de whisky, amigo mío, no lo catará usted más; y mientras yo doy fin de la botella, usted va a poner manos a la obra, porque —continuó— he cometido un error abominable: hubiera debido enviarle a usted a buscar el carrito antes de disfrazarse. Hay que confesar también, amigo Pitman, que no sirve usted para nada. ¿Por qué no me hizo usted pensar en ello?

—¡Yo no sabía siquiera que había que encargar un carrito! —gimió el artista—. Pero si usted quiere, puedo quitarme el disfraz.

—En todo caso le sería a usted difícil volverse a poner la barba —observó Michael—. No, amigo mío; ésta es una de esas faltas que llevan a veces a la horca. Vaya usted inmediatamente a la agencia de Kings Road; diga usted que vengan a llevarse el piano, que lo lleven a la estación de Victoria, y desde allí, por ferrocarril a la estación de Cannon Street, donde quedará a disposición del señor… ¿qué le parece a usted el nombre de Víctor Hugo?

—¿No le parece un poco llamativo? —insinuó Fitman.

—¿Llamativo…? —replicó desdeñosamente Michael—. ¡Un nombre así bastaría para hacernos ahorcar a los dos! Es mejor Brown, que es a la vez más seguro y más fácil de pronunciar. No se olvide usted de decir que el piano debe ser entregado al señor Brown.

—Le agradecería a usted —murmuró Pitman—, que, siquiera por compasión hacia mí, no hiciese con tanta frecuencia alusión a la horca.

—¡Oh, amigo mío; hacer alusión a ella no trae la menor consecuencia! —repuso Michael—. ¡Ea, póngase su sombrero y en marcha! No se olvide usted de pagarlo todo por adelantado.

Una vez solo el abogado empezó por concentrar toda su atención en la botella de whisky, lo cual contribuyó no poco a aumentar el buen humor de que se sentía animado desde por la mañana. Después, una vez vaciada la botella, se ocupó en colocarse las patillas delante del espejo.

—¡Soberbio! —exclamó con orgullo, después de mirarse largamente al

espejo—. Parezco un empleado de economato.

De pronto se acordó de los anteojos que tenía en el bolsillo y que destinaba para Pitman. Los sacó, se los puso y quedó encantado del efecto. «Es justamente lo que me faltaba. ¿A qué me parezco ahora?». Fue adoptando diversas actitudes delante del espejo y definiéndolas en voz alta a medida que las tomaba. «Imitador de un redactor de noticias para los periódicos cómicos; pero para esto me haría falta un paraguas. Imitación de un empleado de economato. Imitación de un colono de Australia que vuelve a Inglaterra para visitar los lugares de su infancia. Magnífico, esto es lo que me conviene».

A este punto llegaba de sus razonamientos cuando sus ojos se fijaron en el piano. Inmediatamente, obedeciendo a un impulso irresistible, descubrió el teclado, y con los ojos fijos en el techo, empezó a tocar las teclas mudas.

Cuando el señor Pitman volvió al taller halló a su guía y salvador ocupado en realizar prodigios de virtuosidad en el Erard silencioso.

«¡Dios me ayude! —pensó el hombrecillo—. Se ha bebido toda la botella y está completamente embriagado».

—¡Señor Finsbury! —dijo en voz alta.

Michael, sin levantarse, volvió hacia él su rostro, que se había puesto muy colorado. Lo adornaban las rojas patillas y en su centro se destacaban los soberbios anteojos.

—¡Capricho en sol menor sobre la marcha de un amigo! —dijo por toda respuesta sin dejar de continuar sus arpegios.

Pero de pronto se despertó la indignación en el alma de Pitman.

—¡Dispense usted! —exclamó—. Estos anteojos debían ser para mí, forman parte esencial de mi disfraz.

—¡Estoy dispuesto a usarlos yo mismo! —respondió Michael.

Y luego añadió, no sin cierta apariencia de verdad:

—¡Y la gente sería capaz de sospechar algo si nos viesen a ambos con anteojos!

—¡Está bien! —dijo el bueno de Pitman—. ¡Había contado con esos anteojos, pero puesto que usted insiste! El carro está a la puerta.

Mientras sacaron el piano, Michael se mantuvo oculto en el gabinete. Pero apenas se llevaron el instrumento, los dos amigos salieron por la puerta principal, tomaron un coche y se dirigieron al centro de la ciudad. El día seguía frío y desapacible; pero a pesar de la lluvia y del viento, Michael se negó a cerrar los cristales del carruaje. Se le había metido de pronto en la

cabeza hacer el papel de cicerone para con Pitman e iba señalando y comentando al paso las curiosidades de Londres.

—¡A fe mía, querido amigo —le decía—, paréceme que conoce usted muy mal su ciudad natal! ¿Qué diría usted de una visita a la Torre de Londres? Pero no; eso nos alejaría tal vez demasiado. A lo menos… ¡Eh, cochero, dé usted una vuelta por Trafalgar Square!

Trabajo me costaría dar una ligera idea de lo que sufrió Pitman en aquel coche. El frío, la humedad, la desconfianza creciente respecto del jefe bajo cuyas órdenes se había puesto, cierto sentimiento de malestar, casi de vergüenza, debido a la ausencia del respetable cuello postizo y un sentimiento más amargo aún de degradación, producido sin duda por la brusca supresión de la barba, tales eran los principales ingredientes que se mezclaban en el alma del desdichado artista.

Sintió por de pronto un ligero alivio al llegar al restaurante donde debían almorzar, y el alivio subió de punto al oír a Michael pedir un reservado. Además, mientras los dos hombres subían la escalera, guiados por un mozo extranjero, notó Pitman con satisfacción que no sólo estaba casi desierto el restaurante, sino que la mayor parte de los clientes que en él se hallaban, eran desterrados franceses. Según toda probabilidad, ninguno de ellos tenía relaciones con el colegio de señoritas donde Pitman daba lecciones, porque el mismo profesor de francés, aunque se sospechaba que era católico, no era capaz de frecuentar un establecimiento de aquella índole.

El mozo introdujo a ambos amigos en un cuartito en que sólo había una mesa, un sofá y un simulacro de lumbre. Michael se apresuró a pedir un suplemento de carbón, así como dos copas de aguardiente y un sifón de agua de seltz.

—¡Oh, no —murmuró Pitman—, no quiero más aguardiente!

—¡Es usted un tipo extraordinario! —exclamó Michael—. Sin embargo, tenemos que hacer algo y debe usted saber que no se debe fumar antes de las comidas. ¡Amigo mío, me parece usted completamente desprovisto de toda noción de higiene!

Diciendo esto se dirigió a la ventana para ver caer la lluvia.

Pitman, entretanto, volvió a sumirse en su triste meditación. ¡Así pues, era él mismo en persona quien se hallaba grotescamente afeitado y absurdamente disfrazado en compañía de un hombre borracho con anteojos, en un restaurante extranjero! ¡Qué diría la directora de su colegio si le hubiese visto en aquel estado! Y sobre todo, ¡qué diría si pudiera conocer la trágica y criminal empresa que iba a llevar a cabo!

El abogado, viendo que su amigo estaba decidido a no beberse el vaso de aguardiente que acababan de servirle, no pudo, sin embargo, resignarse a beber solo.

—¡Tómese usted esto! —dijo al mozo.

El mozo se echó al cuerpo en dos tragos el contenido del vaso, lo cual le conquistó las simpatías de Michael.

—¡Jamás he visto a un hombre beber tan de prisa! —dijo a Pitman apenas salió el mozo—. ¡Semejante espectáculo me devuelve la confianza en la especie humana!

El almuerzo fue excelente y Michael comió con gran apetito, pero se negó resueltamente a permitir que su compañero bebiese más de un vaso de champagne.

—¡No, no! —le dijo confidencialmente—. ¡Conviene que uno de nosotros no esté enteramente borracho! Como dice el proverbio: «Si de dos hombres hay uno borracho, el negocio marcha a pedir de boca; pero si los dos están borrachos, todo está perdido». Después del café, Michael hizo un esfuerzo admirable para tomar aire de gravedad. Miró a su amigo cara a cara, y con voz algo pastosa, pero severa, le dijo por vía de juicioso exordio:

—¡Basta de locuras, Pitman! ¡Vamos a nuestro asunto y oiga usted bien lo que voy a decirle! Sepa usted que soy australiano, colono australiano y que me llamo John Dickson, ¿lo oye usted? Además, no le desagradará a usted saber que soy rico, inmensamente rico. La clase de empresa que estamos preparando, amigo Pitman, exige el mayor cuidado en los detalles. El secreto del éxito estriba en la preparación. ¡Por eso me he constituido desde anoche una biografía completa y se la expondría con el mayor gusto si por desgracia no la hubiese olvidado de pronto!

—¡No sé si me he vuelto idiota! —tartamudeó Pitman.

—¡Eso es —exclamó Michael—, completamente idiota, pero rico, mucho más rico que yo! Suponiendo que esto le agradaría, amigo Pitman, he decidido que nade usted en oro. Pero debo confesar a usted que es simplemente americano y por añadidura fabricante de chanclos de caucho. Pero aún tiene usted otra desgracia, pobre amigo mío, y es la de llamarse Ezra Thomas. Ahora, dígame usted, amigo mío, ¿quiénes somos usted y yo?

El desdichado artista tuvo que responder tres veces seguidas antes de aprender de memoria la lección.

—¡Al fin! —exclamó el abogado—, ¡nuestro plan está dispuesto y lo principal es no contradecirse!

—¡Pero no comprendo bien! —objetó Pitman.

—¡Oh! Ya comprenderá usted cuando llegue el momento —dijo Michael levantándose.

—¡Pero si no me ha dicho usted más que nuestros nombres…! —repuso Pitman—. Sigo sin hacer la historia que tendremos que contar.

—¡Si le he dicho a usted que había inventado una y la he olvidado! —repuso Michael—. Cuando llegue el momento inventaremos otra.

—El caso es que yo no sé inventar —repuso Pitman—. Jamás he podido inventar nada en mi vida.

—Pues hoy empezará usted, amiguito —respondió simplemente Michael. Después llamó para pedir la cuenta.

El pobre Pitman se sentía tan intranquilo como antes del almuerzo.

«Sé que es muy inteligente —se decía a sí mismo—, pero en conciencia, ¿puedo fiarme de un hombre en semejante estado?».

Cuando nuevamente estuvieron en un coche, no pudo menos de intentar el último esfuerzo.

—¿No le parece a usted —tartamudeó—, que pensándolo bien, haríamos tal vez mejor en dejar el negocio para otro día?

—¡Dejar para mañana lo que se puede hacer hoy! —exclamó Michael indignado—. ¡Vamos, Pitman, anímese usted! ¡Tenga paciencia una hora o dos y la victoria es nuestra!

En la estación de Canon Street, ambos amigos preguntaron por el piano del señor Brown y se alegraron mucho de saber que había llegado perfectamente. Dirigiéndose entonces a casa de un alquilador de las inmediaciones de la estación, alquilaron un carrito grande de mano y volvieron a tomar posesión del piano. Tras un breve debate quedó convenido que Michael tiraría del carrito y Pitman lo empujaría por detrás.

La casa en que vivía Gideon estaba muy cerca, de suerte que el viaje del carrito pudo terminar sin incidente desagradable. Llegados a la esquina de la calle, ambos amigos confiaron el carrito al cuidado de un mozo de cuerda y se dirigieron, sin apresuramiento, hacia el punto final de su expedición. Por primera vez mostró Michael asomos de embarazo.

—¿Está usted seguro de que mis patillas se hallan en su sitio? —preguntó—. ¡Sería sumamente fastidioso que me reconociera!

—¡Sus patillas están perfectamente en su sitio! —respondió Pitman, después de un minucioso examen—. Por lo que a mí toca, ¿cree usted que mi disfraz puede impedir que me reconozcan? ¡Con tal que no encuentre a alguien de mi colegio!

—¡Oh, sin la barba está usted completamente desconocido! ¡Recomiendo a usted únicamente que no se olvide de hablar con lentitud, y procure también, si le es posible, emplear un tono menos gangoso que el ordinario!

—¡Abrigo la esperanza de que ese joven no esté en su casa! —suspiró Pitman.

—¡Y yo abrigo la de que esté, con tal, sin embargo, de que esté solo! —respondió Michael—. ¡Esto simplificaría mucho nuestras operaciones!

Y en efecto, cuando llamaron a la puerta de un modesto cuarto bajo, salió a abrirles Gideon en persona. Les hizo entrar en una habitación, bastante pobremente amueblada, que estaba completamente llena de pipas, de paquetes de tabaco, de cajas de cigarros y de novelas francesas de cubierta amarilla.

—¿Tengo el honor de hablar al señor Forsyth, no es cierto? —dijo Michael abriendo el ataque—. Caballero, hemos venido a rogar a usted que tenga la bondad de encargarse de cierto asunto. Temo ser indiscreto…

—¡Ya sabe usted que en principio, debería usted venir acompañado de un procurador!… —se atrevió a decir Gideon.

—Seguramente, seguramente, usted me hará el favor de indicarme su procurador ordinario, y de este modo el negocio podrá marchar enseguida regularmente —respondió Michael sentándose e indicando a Pitman que hiciese lo mismo—. Pero le diré a usted: no conocemos ningún procurador en esta ciudad, pero, como nos han hablado de usted y el tiempo urge, nos hemos permitido venir a verle.

—¿Sería indiscreto, caballero —repuso Gideon—, preguntar a quién debo la recomendación?

—No hay indiscreción alguna —replicó Michael con maligna sonrisa—, pero nos han rogado que no lo digamos… por lo menos en este momento.

—¡Seguramente es una atención de mi tío! —dijo para sí Gideon.

—Yo me llamo John Dickson —continuó—, nombre muy conocido en Ballarat; séame lícito declararlo. Mi amigo, aquí presente, es el señor Ezra Thomas, de los Estados Unidos de América, rico fabricante de chanclos de caucho.

—¿Me hace usted el favor de esperar un momento, que tome nota? —dijo Gideon, procurando darse aire de hombre práctico en los negocios.

—¿Le molestaría a usted que encendiese un cigarro? —le preguntó Michael.

En efecto, había hecho un vigoroso esfuerzo para recobrar la sangre fría al entrar en casa de su joven colega; pero en aquel momento, su cerebro

empezaba a velarse al mismo tiempo que le acometían terribles ganar de dormir; así es que concibió la esperanza (como otros muchos en su caso) de que un cigarro le aclararía las ideas.

—¡Oh, claro que no! —exclamó Gideon muy obsequioso—. Tome usted uno de éstos; se lo recomiendo con entera confianza.

Diciendo esto tomó una caja de la chimenea y se la presentó a su cliente.

—Caballero —continuó diciendo el australiano—, para el caso en que usted no encuentre completamente claras mis explicaciones, debo declarar a usted de antemano que acabo de almorzar fuerte. Después de todo es cosa que le puede ocurrir a cualquiera.

—¡Oh, seguramente! —respondió el obsequioso abogado—. Puedo consagrar a usted… —diciendo esto miró su reloj—; sí, casualmente puedo consagrarle a usted toda la tarde.

—El asunto que aquí me trae, caballero, es sumamente delicado, puedo asegurarlo. Como mi amigo el señor Thomas es americano, de origen portugués y rico fabricante de pianos Erard…

—¿De pianos Erard? —exclamó Gideon con sorpresa—. ¿Es acaso el señor Thomas uno de los jefes de la casa Erard?

—¡Oh, es un Erard de contrabando! —replicó Michael—. Mi amigo es el Erard americano.

—Pero se me figuraba haberle oído a usted —objetó Gideon—, y hasta he tomado nota de ello… que su amigo era fabricante de chanclos de caucho.

—¡Sí, ya sé que eso puede admirar a primera vista! —repuso el australiano, con una sonrisa—. Pero mi amigo… ¡en fin, combina las dos profesiones! ¡Y además otras muchas! —repitió el señor Dickson, con la solemnidad propia de un borracho—. Los molinos de algodón del señor Thomas son una de las curiosidades de Tallahassee, y sus molinos de tabaco son el orgullo de Richmond. En fin, es uno de mis más antiguos amigos, señor Forsyth, y le ruego a usted me dispense si al exponerle el asunto que a él se refiere, no puedo contener la emoción.

Durante este discurso el joven abogado examinaba atentamente al señor Thomas y se sentía agradablemente impresionado por la actitud modesta, casi tímida, de aquel hombrecillo y la sencillez y encogimiento de sus modales.

«¡Qué extraordinaria raza la de esos americanos! ¿Quién diría que un hombrecillo de aspecto tímido, vestido como un músico ambulante, tiene en sus manos tal cúmulo de intereses?».

—Pero —añadió en voz alta—, ¿no sería mejor tratar discretamente del

fondo de la cuestión?

—¡Usted, caballero, por lo que veo, es un hombre práctico! —dijo el australiano—. En efecto, vamos al grano. Sepa usted, pues, caballero, que se trata de una ruptura de promesa de matrimonio.

El desgraciado Pitman estaba tan poco preparado para este nuevo incidente, que apenas pudo contener un grito.

—¡Oh —dijo Gideon—, esa clase de asuntos suelen ser muy fastidiosos! ¡Expóngame usted todos los detalles del caso! —añadió con bondad—. ¡Si quiere usted que yo pueda serle útil, no me oculte nada!

—¡Cuénteselo todo usted mismo! —dijo a su compañero Michael, que al parecer tenía conciencia de haber desempeñado el papel que le correspondía—. ¡Mi amigo se lo contará a usted todo! —añadió volviéndose hacia Gideon y dando un bostezo—, y dispénseme usted si por un momento cierro los ojos, pues he pasado la noche a la cabecera de un amigo enfermo.

Pitman, completamente fuera de sí, estaba aterrado. En su inocente alma se mezclaban la rabia y la desesperación. Hasta se le ocurrían ideas de suicidio. Entretanto el abogado aguardaba pacientemente, mientras el artista se esforzaba en vano por hallar palabras, fuesen las que fuesen.

—¡Sí, señor, se trata de una ruptura de promesa de matrimonio! —dijo al fin en voz baja—. ¡Yo… me veo amenazado de procesamiento por ruptura de promesa matrimonial!…

Al llegar a este punto de su discurso, quiso tirarse de la barba, en busca de alguna nueva inspiración. Sus dedos se cerraron sobre la desacostumbrada tersura de una barca recién afeitada; y al mismo tiempo, sintió que le abandonaba cuanto le restaba de esperanza y de valor. En medio de su angustia, se volvió hacia Michael y le sacudió con todas sus fuerzas, gritándole con ira:

—¡Despiértese usted! ¡No logro salir adelante y usted lo sabe muy bien!

—¡Suplico a usted dispense a mi amigo! —dijo inmediatamente Michael—. ¡La verdad es que Dios no le ha concedido el don de la narración! Por lo demás —prosiguió—, el asunto es muy sencillo. Mi amigo es hombre de temperamento apasionado y acostumbrado a la vida patriarcal de su país. Figúrese usted ahora, un desdichado viaje a Europa seguido de un encuentro más desdichado aún con un supuesto Conde extranjero. El señor Thomas perdió la cabeza. Se presentó como candidato, fue admitido y escribió en una forma de que seguramente está ahora muy arrepentido. ¡Si sus cartas salen a luz en los tribunales, mi amigo quedará deshonrado!

—¿Debo comprender?… —dijo Gideon.

—No, no, estimado señor —repuso el australiano—, es imposible que usted comprenda mientras no haya visto las cartas en cuestión.

—En verdad es una mala situación —dijo Gideon.

Lleno de compasión, dirigió una mirada al culpable; después, viendo pintadas en el rostro del mismo las señales de una terrible vergüenza, se apresuró a apartar la vista de él.

—Pero eso no es nada —continuó severamente el señor Dickson—; y seguramente yo hubiera deseado con toda mi alma que mi amigo no se hubiera deshonrado como lo ha hecho. Pero la verdad es que no tiene excusa, porque en el momento en que eso hacía, estaba ya desposado, y lo sigue estando, con Ga, la más linda joven de Constantinopla.

—¿Ga? —preguntó Gideon maravillado.

—Sí, señor; es una abreviatura corriente —dijo Michael—. Se dice Ga por Georgia, del mismo modo que nosotros decimos Co por compañía.

—Sabía que se escribía a veces así —dijo Gideon—, pero no sabía que se pronunciase de la misma manera.

—¡Oh, puede usted creerme! —respondió Michael—. Y ahora, caballero, comprenderá usted fácilmente que, para salvar a mi desdichado amigo, va a ser necesario desplegar una habilidad infernal. ¡Por lo que hace al dinero no hay que achicarse! El señor Thomas está enteramente dispuesto a firmar mañana un cheque de cien mil libras. ¡Por lo demás, señor Forsyth, aún hay algo mejor que eso! Ese Conde extranjero, el Conde Tarnow, como él se hace llamar, tuvo en otro tiempo un almacén de cigarros en Bayswater, con el nombre más modesto de Schmidt. Su hija, si realmente lo es, ¡fíjese usted en este punto!, su hija, repito, despachaba en el almacén. ¡Y ahora pretende esa señorita casarse con un hombre de la situación social del señor Thomas! ¿Va usted adivinando al fin lo que nos proponemos? Sabemos que esos miserables están preparando un golpe y deseamos ganarles por la mano. Es preciso que vaya usted enseguida a Hampton Court, donde viven los Tarnow, y que emplee la amenaza o la corrupción, o ambas cosas a la vez, hasta lograr que le entreguen las cartas. Si usted no lo consigue, mi amigo será llevado ante los tribunales y quedará deshonrado. ¡Yo mismo me veré obligado a renunciar a su amistad! —añadió el poco caballeresco amigo.

—Me parece que en este asunto podemos tener algunas probabilidades de éxito —dijo Gideon—. ¿Sabe usted si el tal Schmidt es conocido de la policía?

—¡Seguramente que debe serlo —dijo Michael—, tenga usted en cuenta el hecho de que esa gente ha habitado ya Bayswater! ¿No le parece a usted que la elección de ese barrio es cosa bastante sugestiva?

Por quinta o sexta vez desde el principio de esta notable entrevista, se preguntó Gideon si estaba soñando. ¡Pero no —se dijo—, este excelente australiano habrá empinado el codo más de lo regular en el almuerzo! Después añadió en voz alta:

—¿Hasta qué suma puedo llegar?

—Me parece que por hoy puede usted llegar hasta cinco mil libras —dijo Michael—. Y ahora, caballero, no queremos retenerle a usted más tiempo. La tarde avanza; hay trenes para Hampton Court cada media hora, y no necesito decirle la impaciencia de mi amigo. Tome usted cinco libras para los primeros gastos. Y he aquí las señas.

Diciendo esto, Michael empezó a escribir, pero se detuvo enseguida, rompió el papel y se echó los pedazos al bolsillo. Luego añadió:

—Prefiero dictarle a usted las señas, porque tengo una letra endemoniada.

Gideon escribió cuidadosamente las señas: «Conde Tarnow, villa Kurnaul, Hampton Court». Enseguida tomó otra hoja de papel y escribió algunas palabras.

—¿Me ha dicho usted que no había escogido procurador? —repuso—. Aquí tiene usted las señas de uno que, para casos de este género, es el hombre más hábil de Londres.

—¡Ah! ¿De veras? —exclamó Michael, leyendo sus propias señas.

—Sí, ya sé, habrá usted visto su nombre mezclado en negocios no muy limpios —dijo Gideon—; pero personalmente es un hombre sumamente respetable y de extraordinaria capacidad. Sólo me resta preguntarles a ustedes dónde podré encontrarles a mi regreso de Hampton Court.

—¡En el gran hotel Langham, naturalmente! —respondió Michael—. ¡Le esperamos a usted sin falta esta noche!

—¡Sin falta! —respondió Gideon, sonriendo—. ¿Puedo ir a cualquier hora, no es verdad?

—A la hora que usted quiera —exclamó Michael que estaba ya de pie para despedirse.

—¡Vamos! ¿Qué piensa usted de ese joven? —preguntó a Pitman apenas estuvieron en la calle.

Pitman murmuró en voz baja:

—¡Me parece un completo idiota!

—¡Está usted muy equivocado! —exclamó Michael—. ¡Sabe cuál es el mejor procurador de Londres y esto sólo basta para hacer su elogio! ¿Y yo,

qué tal me he portado?

Pitman no respondió una palabra.

—¡Hola, hola! —dijo Michael, poniéndole la mano en el hombro—; ¿puede saberse qué nuevo motivo de queja tiene el señor Pitman?

—¡No tenía usted derecho para hablar de mí en los términos en que lo ha hecho! —exclamó el artista—. Su lenguaje ha sido profundamente odioso y me ha herido usted profundamente.

—¡Yo! ¡Pero si no he dicho una sola palabra de usted! —protestó Michael —. ¡He hablado de Erza Thomas, y no necesito recordarle que no existe semejante personaje!

—¡No importa; me ha llenado usted de improperios! —murmuró el artista.

Entretanto los dos amigos habían llegado a la esquina de la calle, y allí, bajo la custodia del fiel mozo de cuerda, que lo vigilaba con virtuosa solicitud, encontraron al piano, que parecía fastidiarse un poco, encaramado en la solitaria carreta, mientras la lluvia se deslizaba a lo largo de sus pies elegantemente barnizados.

Enviaron al mismo mozo de cuerda a buscar en la taberna más cercana a cinco o seis robustos mocetones, con cuyo auxilio se emprendió la última acción de aquella memorable campaña. Todo induce a creer que el señor Gideon Forsyth no se había instalado aún en su vagón de Hampton Court cuando Michael abrió la puerta de la morada del joven viajero, para que los mozos colocaran el gran Erard en medio de la habitación.

—¡Magnífico! —dijo triunfante Michael a Pitman después de despedir a los mozos—. Ahora falta una precaución suprema. ¡Es preciso que coloquemos la llave del piano de tal suerte que no pueda menos de encontrarla! ¡Calculemos!

En el centro de la tapa construyó con cigarros una torre cuadrada y colocó la llave en lo interior del monumento así construido.

—¡Pobre joven! —dijo el artista cuando se encontraron nuevamente en la calle.

—¡La verdad es que se encuentra en una posición difícil! —respondió secamente Michael—. ¡Tanto mejor, tanto mejor! ¡Así aprenderá a vivir!

—Y a propósito —repuso el excelente Pitman— temo haberle dado a usted pruebas hace poco de muy mal carácter de ingratitud. Comprendo perfectamente que no tenía derecho alguno para ofenderme por expresiones que no se dirigían a mi persona.

—¡Está bien! —dijo Michael, poniéndose nuevamente a tirar de la carreta

—, ¡Pitman, ni una palabra más! ¡Esos sentimientos le honran a usted! Un hombre honrado no puede menos de sufrir cuando oye insultar a su alter ego.

Había cesado casi por completo la lluvia, Michael estaba ya casi sereno, el depósito quedaba en otras manos, y los dos amigos se habían reconciliado; así es que el regreso a casa del alquilador, comparado con las aventuras anteriores, les pareció una verdadera partida de placer. Cuando se encontraron paseándose por el Strand, de bracero, sin que pesase sobre ellos la menor sombra de sospecha, Pitman exhaló un profundo suspiro de satisfacción.

—¡Ahora —dijo— podemos volver a casa!

—¡Pitman —dijo el abogado, parándose de pronto—, me desconsuela usted soberanamente! ¡Cómo! ¿Hemos estado casi todo el día expuestos a la lluvia, y me propone usted seriamente volver a casa? ¡No, caballero, nos es absolutamente indispensable un grog de whisky!

Tomó de nuevo el brazo de su amigo y le condujo inflexiblemente a una taberna de no desagradable apariencia, y debo agregar (con gran pesar de mi parte) que Pitman se dejó conducir a ella de muy buen grado. Desde el momento en que la paz brillaba de nuevo en el horizonte, empezaba a notarse en los modales del artista cierta inocente jovialidad, y cuando alzó su copa para trincar con Michael, es lo cierto que dio a su gesto toda la petulancia de una colegiala romántica.

IX

Cómo terminó el día de asueto de Michael Finsbury

Michael era, como ya hemos dicho, un buen muchacho, más aficionado tal vez a gastar el dinero que a ganarlo. Pero nunca recibía a sus amigos sino en el restaurante. Las puertas de su domicilio particular no se abrían casi nunca. El primer piso, que tenía más aire y luz, servía de habitación al anciano Mastermann; el salón permanecía casi constantemente cerrado, y la residencia ordinaria de nuestro amigo, era el comedor. Precisamente en dicho comedor, situado en el piso bajo, hallamos a Michael sentándose a la mesa para comer, la noche del glorioso día de asueto que había consagrado a su amigo Pitman. Una anciana criada escocesa, con ojos muy brillantes y una boquita burlona, estaba encargada de la dirección y arreglo de la casa; manteniéndose en pie, cerca de la mesa, mientras su amo desliaba la servilleta.

—Creo —se aventuró a decir tímidamente Michael—, que me sentaría bien un poco de aguardiente con agua de seltz.

—¡De ninguna manera, señorito —respondió vivamente el ama de gobierno—; vino tinto y agua!

—¡Está bien, está bien, Catherine; será usted complacida! —dijo el joven —. Sin embargo, ¡si supiera usted qué día tan atareado he tenido hoy en la oficina!

—¿Cómo? —dijo la anciana Catherine—. ¡Pero si no ha puesto usted los pies en la oficina en todo el día!

—¿Y cómo va mi padre? —preguntó Michael para dar nuevo giro a la conversación.

—¡Oh! ¡Siempre lo mismo! —respondió la criada—. ¡Creo que continuará así hasta su muerte, que no ha de tardar mucho! ¿Pero sabe usted que no es el primero que me pregunta por el enfermo hoy?

—¡Cómo! —exclamó Michael—. ¿Quién le ha preguntado antes que yo?

—Uno de sus buenos amigos —respondió Catherine sonriendo—. ¡Su primo don Maurice!

—¡Maurice! ¿Qué ha venido a buscar aquí ese mendigo? —preguntó Michael.

—¡Me dijo que venía de paso, a hacer una visita a su tío! —repuso la criada—. Pero yo he adivinado el objeto de su visita. ¡Ha intentado corromperme! ¡Sí, corromperme! —repitió Catherine con inimitable desdén.

—¡De veras! —dijo Michael—. ¡Por lo menos, apuesto a que no le ha ofrecido a usted una suma muy importante!

—¡Poco importa la suma! —replicó discretamente Catherine—. ¡Lo cierto es que le despedí en la forma que convenía! ¡No hay miedo de que vuelva por aquí!

—¡Ya sabe usted que no quiero que vean a mi padre! —dijo Michael—. ¡No quiero que el pobre anciano sirva de espectáculo a ese imbécil!

—¡Puede usted estar tranquilo por ese lado! —respondió la fiel criada—. Pero lo más cómico, don Michael (cuidado con derramar la salsa en el mantel); lo más cómico es que se figura que su padre de usted ha muerto, y que usted oculta su muerte.

Michael tarareó una canción.

—¡Ese animal me las pagará todas juntas!

—¿No podría usted perseguirle ante los tribunales? —sugirió Catherine.

—No, a lo menos por ahora —respondió Michael—. Pero oiga usted,

Catherine, le aseguro que este vino tinto no me parece una bebida muy sana. ¡Vamos, tenga usted buen corazón, y deme una copa de aguardiente!

El rostro de Catherine adquirió la dureza del diamante.

—¡Pues bien, siendo así —gruñó Michael—, no comeré ni un bocado más!

—¡Como usted guste, señorito! —dijo Catherine.

Después empezó a quitar tranquilamente la mesa.

—¡Cuánto me gustaría que esta Catherine fuese una criada con menos abnegación! —suspiró Michael, cerrando tras sí la puerta de la casa.

La lluvia había cesado. Soplaba aún el viento con menos violencia y con una frescura no del todo desagradable. Al llegar a la esquina de Kings Road, recordó Michael de pronto su copa de aguardiente y entró en una taberna brillantemente iluminada. La taberna estaba casi llena. Había en ella dos cocheros de punto, y media docena de desocupados de profesión; en un rincón, cierto elegante caballero trataba de vender a otro, mucho más joven, algunas fotografías estéticas, que sacaba misteriosamente de una cajita de cuero. En otro rincón se veían dos enamorados, discutiendo la cuestión de saber en qué parque irían a pasar el resto de la velada. Pero el plato de resistencia y la gran atracción de la taberna era un vejete vestido con larga levita negra, al parecer, recién comprada en una tienda de ropas hechas. Sobre la mesa de mármol que tenía delante, entre unos bocadillos y una copa de cerveza, se veían extendidos multitud de papeles escritos. Su mano se movía con ademanes oratorios y su voz, naturalmente aguda, tenía el timbre propio de una sala de conferencias; mediante artificios comparables a los de las antiguas sirenas, aquel vejete mantenía irresistiblemente fascinados a la criada de la taberna, a los dos cocheros, a un grupo de jugadores y a cuatro de los desocupados.

—He examinado todos los teatros de Londres —decía—, y midiendo con mi paraguas la anchura de las puertas, me he convencido de que eran demasiado estrechas. Evidentemente ninguno de vosotros ha tenido ocasión de recorrer los países extranjeros. Pero, francamente, ¿creen ustedes que en un país bien gobernado pueden existir semejantes abusos? Vuestra inteligencia, por sencilla e inculta que sea, basta para afirmaros lo contrario. Austria misma, que sin embargo, no se las echa de pueblo libre, empieza a sublevarse contra la incuria que deja subsistir semejantes abusos. Precisamente tengo aquí un recorte de un periódico de Viena acerca de este asunto, y voy a tratar de darles una traducción de lo más exacta posible. Como cualquiera puede ver por sí mismo, está impreso en caracteres alemanes.

Diciendo esto, alargaba a su auditorio el recorte de periódico en cuestión, como un prestidigitador que hace examinar por el público la naranja que se propone escamotear.

—¡Hola! ¿Es usted, querido tío? —dijo de pronto Michael, pasando su mano sobre el hombro del orador.

Éste volvió hacia él un rostro convulso por el espanto: era el rostro de Joseph Finsbury.

—¡Michael! —exclamó—. ¿Está usted solo?

—¡Ya lo creo! —respondió Michael, después de pedir su copa de aguardiente—. Estoy solo. ¿A quién aguardaba usted?

—Pensaba en Maurice y en John —respondió el anciano, cual si se sintiese aliviado de un gran peso.

—¿Qué tengo yo que ver con Maurice y con John? —repuso el sobrino.

—Sí, es cierto —respondió Joseph—, y creo que puedo tener confianza en usted, ¿no es verdad? Creo que estará usted de mi parte.

—No comprendo nada de lo que usted quiere decir —respondió Michael —. Si se trata de dinero, ya sabe usted que tengo siempre a su disposición una libra o dos.

—No, no es eso, querido sobrino —dijo el anciano, estrechándole vivamente la mano—. Ya se lo contaré todo más tarde.

—Perfectamente —respondió el sobrino—. Pero entretanto, ¿qué puedo ofrecer a usted?

—Pues bien —dijo modestamente el anciano—, aceptaré con mucho gusto otro bocadillo. Estoy seguro —continuó— de que debe sorprenderle mucho mi presencia en este sitio, pero la verdad es que al hacerlo, me fundo en un principio muy prudente, pero poco conocido.

—¡Oh, es mucho más conocido de lo que usted se figura! —se apresuró a decir Michael, entre dos tragos de aguardiente—. Es el mismo principio en que yo me fundo siempre que siento ganas de echar un trago.

El anciano, que ansiaba vivamente conquistar la buena voluntad de Michael, se echó a reír, pero con risa poco espontánea.

—¡Es usted tan chistoso —dijo—, que con frecuencia me divierte oírle! Pero vuelvo al principio de que quería hablar. Consiste, en suma, en adaptarse siempre a las costumbres del país en que se vive. Ahora bien, en Francia, por ejemplo, los que quieren comer van al café o al restaurante, en Inglaterra, en cambio, el pueblo acude a refrescarse a sitios como éste. He calculado, pues, que con bocadillos, té y un vaso de cerveza de vez en cuando, un hombre solo puede vivir muy cómodamente en Londres con catorce libras y doce chelines al año.

—Sí, ya lo sé —respondió Michael—, pero ha olvidado usted los vestidos, la ropa blanca y el calzado. Por lo que a mí toca, contando los cigarros y alguna que otra distracción de vez en cuando, logro salir del paso con setecientas y ochocientas… No deje usted de apuntar eso en sus papeles.

Ésta fue la última interrupción de Michael. Como buen sobrino, se resignó a oír dócilmente el resto de la conferencia que, de la economía política, pasó a la reforma electoral, y luego a la teoría del barómetro, para llegar a la enseñanza de la aritmética en las escuelas de sordomudos. Al llegar a este punto, y terminado el nuevo bocadillo, tío y sobrino salieron de la taberna y se pasearon lentamente por la acera de Kings Road.

—Michael —dijo el anciano—, ¿sabe usted por qué estoy aquí? Porque no puedo soportar más a esos bribones de mis sobrinos; se me han hecho intolerables.

—Lo comprendo muy bien —respondió Michael—. No cuente usted conmigo para que los defienda.

—Figúrese usted que no querían dejarme hablar —prosiguió amargamente el anciano—. ¡Se negaban a darme más de un lápiz por semana, y se llevaban todas las noches el periódico a su cuarto, para impedirme tomar notas! Ahora bien, Michael, usted que me conoce, sabe que no puedo vivir sin hacer cálculos. Necesito gozar del espectáculo variado y completo de la vida, tal como se revela en los periódicos cotidianos. Así pues, mi existencia se había convertido en un verdadero infierno, cuando, aprovechando el desorden de ese dichoso choque de trenes de Browndean, logré escaparme. ¡Los dos miserables deben creer que he muerto, y tratan de ocultar la cosa para no perder la tontina!

—Y a propósito, ¿cómo anda usted en la cuestión de dinero? —preguntó con complacencia Michael.

—¡Oh, estoy rico! —respondió el anciano—. He cobrado ochocientas libras, con lo cual tengo para vivir durante ocho años. Tengo plumas y lápices a mi antojo, y dispongo del British Museum, con todos sus libros. Pero es extraordinario cuán pocos libros necesitaba un hombre de refinada inteligencia al llegar a cierta edad. ¡Bastan los periódicos para enterarle perfectamente de todo!

—¿Sabe usted lo que le digo? —dijo Michael—, que puede usted venir a vivir en mi compañía.

—Michael —respondió el anciano—, es ése un rasgo que le agradezco en el alma, pero usted no se da cuenta de lo excepcional de mi existencia. Hay algunas complicaciones financieras que me impiden poder disponer de mi persona con toda la libertad que yo desearía. Ya sabe usted que en mi calidad

de tutor, el Cielo no bendijo mis esfuerzos; y, en fin, para decir las cosas como son, me hallo por completo a disposición de ese bruto de Maurice.

—¡Puede usted disfrazarse! —exclamó Michael—. Puedo prestarle a usted en el acto un par de anteojos y unas magníficas patillas rojas.

—Ya he pensado en esa idea —respondió el anciano—, pero he temido provocar sospechas en la modesta casa de huéspedes donde vivo. Y, a propósito, me he convencido de que la existencia en las casas de huéspedes…

—Pero dígame usted —le interrumpió Michael—, ¿cómo diablos ha podido usted procurarse el dinero? No trate usted de hablarme como a un extraño, querido tío. ¡Ya sabe usted que conozco todos los detalles del compromiso de la tutela y de la situación en que se halla usted respecto a Maurice!

Joseph refirió su visita al Banco, así como el modo que había tenido que cobrar el cheque, y añadió que había prohibido al Banco que en adelante diesen dinero a sus sobrinos.

—¡Poco a poco, querido tío! Eso no puede continuar —exclamó Michael —. Usted no tiene derecho para obrar así.

—Pero si todo el dinero es mío, Michael —exclamó el anciano—. Yo soy quien ha fundado la casa de cueros, con arreglo a principios de mi invención.

—Todo eso está muy bien —dijo el joven—. Pero usted ha firmado un compromiso con su sobrino haciéndole cesión de sus derechos. Lo que usted acaba de hacer, puede llevarle simplemente a presidio.

—¡No es posible! —explicó Joseph—. No es posible que la ley tolere semejante injusticia.

—Y lo más gracioso del caso —añadió Michael, lanzando una gran carcajada—, es que por si no era bastante, ha arruinado usted la casa de cueros. ¡En verdad, querido tío, tiene usted un modo muy especial de comprender la ley, pero como a ocurrencias no hay quien le gane!

—No hay en esto nada que pueda dar motivo de risa —observó secamente el señor Finsbury.

—¿Y dice usted que Maurice no tiene poder para firmar? —preguntó Michael.

—¡Yo sólo tengo la firma!

—¡Pobre Maurice, pobre Maurice! —exclamó Michael saltando de gusto —. Digo, y él que se figura además que usted se ha muerto y está pensando en los medios de ocultar la noticia… Pero dígame usted, querido tío, ¿qué ha hecho usted con todo ese dinero?

—Lo he depositado en un Banco y me he quedado con veinte libras. ¿Por qué me lo pregunta usted?

—Voy a decírselo —dijo Michael—. Mañana irá uno de mis empleados a llevarle a usted un cheque dé cien libras, en cambio del cual usted le entregará el recibo del Banco, a fin de que vayan enseguida a llevar las ochocientas libras al Banco Anglo-Asiático, dando una explicación cualquiera que yo me encargo de inventar. De esta manera, su situación de usted será más clara y como Maurice, por otra parte, no podrá cobrar un céntimo en el Banco, a no ser falsificando la firma de usted, no tiene usted que temer ningún remordimiento por ese lado.

—De todos modos, preferiría no tener que depender de la bondad de usted —respondió Joseph, rascándose la nariz—. Preferiría vivir de mi propio dinero, ahora que lo tengo.

Pero Michael le sacudió el brazo.

—¡No habrá medio —le gritó— de hacerle comprender a usted que estoy trabajando por evitarle el presidio!

Dijo esto con tanta seriedad, que el anciano se asustó.

—Será precisó —dijo— que dirija mi atención hacia el estudio de la ley. Esto constituirá para mí un nuevo campo de exploración. Porque, naturalmente, aunque comprendo los principios generales de la legislación, hay muchos detalles que hasta ahora no he procurado examinar, y lo que usted acaba de decirme, me sorprende mucho. Sin embargo puede que tenga usted razón, y la verdad es que, a mi edad, un largo encarcelamiento podría serme muy perjudicial. Pero a pesar de todo, querido sobrino, no tengo derecho a vivir de su dinero.

—No se inquiete usted por eso —dijo Michael—. Ya encontraré medio de cobrarme.

Después de lo cual, y habiendo tomado las señas del anciano, se despidió de él en la esquina de una calle.

«¡Qué viejo pícaro, en verdad —dijo para sí—, además qué cosa tan singular es la vida! Empiezo ahora a darme cuenta de veras de que la Providencia me ha escogido hoy para secundarla. Recapitulemos. ¿Qué he hecho desde por la mañana? He salvado a Pitman, he dado sepultura a un muerto, he salvado a mi tío Joseph, le he dado una buena sacudida a Forsyth y he bebido innumerables copas de diversos licores. No estaría mal, para acabar mi velada, hacer una visita a mis primos, continuando con ellos mi papel providencial. Mañana por la mañana pensaré seriamente en sacar provecho de todos estos acontecimientos; pero esta noche, la caridad sola ha de inspirar mi

conducta».

Veinte minutos después, y mientras daban las once en todos los relojes, el representante de la Providencia se bajó de un coche de alquiler, mandó al cochero que le esperase y llamó en el núm. 16 de John Street.

Maurice en persona abrió inmediatamente la puerta.

—¡Oh! ¿Es usted, Michael? —dijo obstruyendo cuidadosamente la entrada —. ¡Es demasiado tarde!

Sin responder, se adelantó Michael, cogió la mano de Maurice y la estrechó con tanto vigor, que el pobre mozo hizo, a pesar suyo, un movimiento de retroceso, que aprovechó su primo para entrar en el vestíbulo y pasar de allí al comedor, seguido de Maurice.

—¿Dónde está mi tío Joseph?

—Estos días pasados estuvo bastante delicado —respondió Maurice—; se ha quedado en Browndean con John, para reponerse, y yo estoy solo en casa, como usted ve.

Michael sonrió de un modo misterioso.

—El caso es que tenía necesidad de verle para un asunto urgente.

—No hay motivo para que yo le permita ver a mi tío, cuando usted no me permite ver a su padre.

—¡Bah, bah, bah! —dijo Michael—. Mi padre es mi padre, mientras que nuestro tío Joseph, es tan tío mío como de usted, y no tiene derecho a secuestrarle.

—¡Yo no le secuestro! —dijo Maurice, colérico—. Está enfermo, peligrosamente enfermo y nadie puede verle.

—Pues bien, voy a decirle a usted de lo que se trata —respondió Michael —. He venido a entenderme con usted, Maurice, y a decirle que acepto el compromiso que me propuso acerca de la tontina.

El desdichado Maurice se puso pálido como un muerto y luego se tornó rojo de ira, al pensar en la injusticia monstruosa del destino humano.

—¿Qué quiere usted decir? —exclamó—. ¡No creo ni una palabra!

Y cuando le hubo asegurado Michael que hablaba seriamente, exclamó, enrojeciendo nuevamente:

—Sepa usted que no acepto. ¡Puede usted guardarse su proposición!

—¡Oh! ¡Oh! —dijo con acritud Michael—. Dice usted que nuestro tío está enfermo de peligro y sin embargo, no quiere usted aceptar el compromiso que

usted mismo vino a proponerme cuando el tío Joseph estaba bueno. ¡Aquí hay gato encerrado!

—¿Qué entiende usted por eso? —rugió Maurice.

—Quiero decir simplemente que hay en ello algo que no me parece claro —explicó Michael.

—¿Se atrevería usted a hacer una insinuación injuriosa contra mí? —repuso Maurice, que empezaba a entrever la posibilidad de intimidar a su primo.

—¡Una insinuación! —repitió Michael—. No hay que emplear palabras gruesas. No, Maurice, procuremos ahogar nuestra disputa en una botella como dos buenos primos. Hagamos como los protagonistas de una comedia atribuida a Shakespeare, Los dos primos galantes —añadió.

El cerebro de Maurice trabajaba como un molino. «¿Sospechará quizás algo? ¿Hablará tal vez por hablar? ¿Qué debo hacer yo? Darle cuerda o tirarme a fondo. Lo mejor será darle cuerda. Esto me hará ganar tiempo».

—Pues bien —dijo en voz alta y con penosa afectación de cordialidad—, hace largo tiempo que no hemos pasado una velada juntos, Michael, y aunque usted sabe que soy extremadamente sobrio, voy a hacer esta noche una excepción en su obsequio. Dispense usted un momento. Voy a la cueva a por una botella de whisky.

—¡Para mí no quiero whisky! —dijo Michael—. Un poco de champaña añejo del de tío Joseph o nada.

Maurice vaciló un momento, porque quedaban ya pocas botellas de aquel famoso vino y las estimaba en gran manera; pero inmediatamente salió sin decir una palabra. Había comprendido que, al despojarle de lo mejor de su bodega, Michael se había expuesto imprudentemente y entregado a discreción.

«¿Una botella? —dijo para sí—. ¡Por San George le voy a dar dos! No es el momento de hacer economías, y cuando el animal esté completamente borracho, malo ha de ser que no logre arrancarle su secreto».

Volvió, pues, al comedor con una botella en cada mano. Tomó dos copas en el aparador y las llenó con hospitalaria amabilidad.

—¡Brindo por su salud, querido primo! —exclamó alegremente—. ¡No escatime usted el vino en mi casa!

De pie junto a la mesa, Michael vació su vaso, lo llenó de nuevo y volvió a sentarse en el sillón, llevando la botella consigo. Tres vasos de champaña añejo, bebidos uno tras otro, produjeron un cambio notable en su manera de ser.

—¡Sabe usted, Maurice —dijo—, que no es usted muy vivo de ingenio! Podrá usted ser profundo, ¡pero que me ahorquen si es usted vivo!

—¿Y qué le hace a usted creer que soy profundo? —preguntó Maurice con regocijada candidez.

—El hecho de que no quiere usted aceptar compromiso conmigo —respondió Michael, que empezaba a expresarse con mucha dificultad. ¡Es usted profundo, Maurice, muy profundo en no querer aceptar el compromiso! ¡Y tiene usted un vino de primer orden! Este vino es el único rasgo respetable de la familia Finsbury. Sepa usted que es más raro, mucho más raro que una ejecutoria. ¡Solamente, cuando tiene en su bodega un vino semejante, me pregunto por qué no quiere aceptar un compromiso!

—¡Pues usted mismo tampoco lo ha querido aceptar hasta hoy! —dijo Maurice siempre sonriente—. ¡A cada uno le llega su vez!

—¡Me pregunto por qué no he querido y por qué no quiere usted ahora! —respondió Michael—. ¡Me pregunto por qué no hemos querido ninguno de los dos ese compromiso! Oiga usted. ¿Sabe que es éste un problema muy… muy no… muy notable? —añadió orgulloso de haber triunfado al fin de todos los obstáculos orales que había hallado en su camino.

—¿Y qué razón cree usted que tengo para rehusar? —preguntó diestramente Maurice.

Michael le miró frente a frente y luego guiñó un ojo.

—¡Ah, es usted muy tunante! Dentro de poco va usted a pedirme que le ayude a salir del atolladero. Y la verdad es que sé muy bien que soy el emisario de la Providencia pero, sin embargo, no en esa forma. ¡Tendrá usted que salir solo del atolladero, amigo mío, y eso le enseñará a vivir! ¡Qué terrible atolladero deben ser para un joven huérfano de cuarenta años, la casa de cueros, el Banco y todo lo demás!

—Confieso que no comprendo ni una palabra de lo que usted quiere decir —declaró Maurice.

—¡Tampoco estoy yo muy seguro de comprender gran cosa! —dijo Michael—. Este vino es excelente, verdaderamente excelente. Pero volvamos a su asunto, ¿no le parece a usted? ¡Tenemos, pues, un tío de gran valor que ha desaparecido! Pues bien, todo lo que deseo saber es esto: ¿dónde está ese tío?

—Ya se lo he dicho, está en Browndean —respondió Maurice, enjugándose al descuido la frente, porque aquellos pequeños ataques repetidos empezaban a fatigarle realmente.

—Es fácil decir Brown… Brown… ¡Después de todo no es tan fácil como parece! —exclamó Michael irritado—. Quiero decir que puede responderme lo

que le agrade. ¡Pero lo que no me agrada en ese asunto, es la completa desaparición de un tío! ¡Francamente, Maurice, esto no es comercial!

Diciendo esto movía tristemente la cabeza.

—¡No hay nada más sencillo ni más claro! —respondió Maurice con una calma que le costaba penosos esfuerzos—. ¡No hay en esto la menor sombra de misterio! ¡Mi tío está descansando en Browndean, para reponerse de la sacudida que sufrió en el accidente!

—¡Ah, sí —dijo Michael—, fue una buena sacudida!

—¿Por qué dice usted eso? —exclamó vivamente Maurice.

—¡Oh! ¡Lo decía fundándome en la mejor autoridad posible! ¡Es usted mismo quien acaba de decírmelo! —replicó Michael—. Pero si me dice usted ahora lo contrario, tendré naturalmente que escoger entre las dos versiones. El hecho es que… que he derramado vino sobre la alfombra y dicen que esto le hace bien a las alfombras. El hecho es que nuestro querido tío… ¿muerto, eh? … ¿Enterrado?

Maurice se irguió como movido por un resorte.

—¿Qué dice usted? —rugió.

—Digo que he derramado vino sobre la alfombra —respondió Michael levantándose también—. Pero no lo he derramado todo. Cariñosos recuerdos a nuestro tío. ¿No es eso?

—¿Quiere usted marcharse ya? —preguntó Maurice.

—¡No tengo más remedio, querido primo! ¡Tengo que ir a velar a un amigo enfermo! —respondió Michael, sujetándose a la mesa para no caerse.

—¡No se marchará usted sin haberme explicado sus alusiones! —declaró Maurice con acento feroz—. ¿Qué ha querido usted decir? ¿Por qué ha venido usted?

Pero Michael había ya llegado a la puerta del vestíbulo.

—¡He venido sin ninguna mala intención, se lo aseguro! —dijo poniéndose la mano sobre el corazón—. ¡Le juro que no he tenido más intención que desempeñar el papel de agente de la Providencia!

Después anduvo hasta la puerta de la calle, la abrió no sin trabajo y llegó al coche que le estaba esperando. El cochero, despertado bruscamente, le preguntó adónde había que conducirle.

Michael observó que Maurice le había seguido hasta el umbral y tuvo una brillante inspiración.

«¡Este mozo necesita un buen susto!», pensó para sí.

—¡Cochero, lléveme usted a Scotland Yard! —dijo en voz alta sujetándose a la rueda—. Porque, en fin, cochero, ¡no me parece del todo claro eso del tío y su accidente, y merece aclaración! ¡Lléveme usted a Scotland Yard!

—¡Supongo que no me lo pedirá usted de veras! —dijo el cochero con la cordial simpatía que emplean siempre con los hombres de mundo en estado de embriaguez—. ¡Oiga usted, caballero, haría usted bien en darme las señas de su casa! ¡Mañana por la mañana podrá usted ir a Scotland Yard!

—¿Lo cree usted así? —preguntó Michael—. ¡En ese caso lléveme usted al bar de la Gaieté!

—El bar de la Gaieté está cerrado, caballero.

—Pues bien, entonces a mi casa —dijo Michael Designado.

—¿Pero en dónde vive usted, caballero?

—¡A fe mía no lo sé, amigo mío! —dijo Michael tomando asiento en el coche—. ¡Lléveme usted a Scotland Yard y allí preguntaremos!

—¡Pero usted debe llevar encima alguna tarjeta, caballero —dijo el cochero—, deme usted su tarjetero!

—¡Qué inteligencia tan prodigiosa para un cochero de punto! —exclamó Michael dando su tarjetero al cochero.

Éste leyó en voz alta:

—Michael Finsbury, 233 Kings Road, Chelsea. ¿Son éstas las señas, caballero?

—¡Magnífico! —exclamó Michael—. ¡Lléveme usted allá si no se lo impiden esas casas que parece que se nos caen encima!

X

Gideon Forsyth y el piano Erard

Estoy por asegurar que ninguno de mis lectores ha leído la novela de E. H. B., titulada: ¿Quién atrasó el reloj?, que figuró durante varios días en los escaparates de los libreros, desapareciendo al fin de la superficie del globo. ¿Qué es de los libros una semana o dos después de su publicación? ¿Adónde van a parar? ¿A qué uso se los destina? Son éstos otros tantos problemas que me han atormentado en mis noches de insomnio. Lo cierto es que nadie que yo

conozca ha leído ¿Quién atrasó el reloj?, por E. H. B. Sin embargo, he podido asegurarme de que hoy día no existen más que tres ejemplares de esta obra. Uno se halla en la biblioteca del British Museum, y no estará al alcance del público a causa de un error de inscripción en el catálogo. El otro se halla en los desvanes de la biblioteca del Colegio de abogados de Edimburgo y, por último, el tercero, encuadernado en cuero, pertenece al señor Gideon Forsyth. Para explicar esta posesión, supondrán los lectores que Gideon es un gran admirador de la citada novela. Puedo asegurarles que no se equivocan en esta suposición. En efecto, Gideon sigue admirando aún la indicada novela; y la admira y la quiere con cariño enteramente paternal, porque es precisamente su autor. La firmó con las iniciales de su tío, Edward Hugh Bloomfield, pero él solo la escribió de cabo a rabo. Antes de la publicación se preguntó a sí mismo si no obraría con prudencia confiando, por lo menos a algunos amigos, el secreto de su paternidad; pero después de la publicación, y en vista del fracaso horroroso que sufrió, la modestia del joven novelista se hizo más excesiva y, a no ser por la revelación que hoy hago yo, hubiera quedado para siempre desconocido el nombre del autor de esta obra notable.

Sin embargo, el día ya lejano en que Michael Finsbury tomó su famoso asueto, acababa apenas de aparecer el libro de Gideon, y uno de sus ejemplares se hallaba expuesto en el escaparate de la vendedora de periódicos de la estación de Waterloo, de suerte que Gideon pudo verlo antes de subir al tren que debía conducirle a Hampton-Court. Pero ¡cosa increíble!, la vista de su obra no provocó en él sino una sonrisa desdeñosa. ¡Qué necia ambición de perezoso —dijo para sí— la del escribidor de libros! Se avergonzó de haberse rebajado a la práctica de un arte tan infantil. Consagrado por completo al pensamiento de su primera causa, se sintió al fin convertido en hombre. Y la musa que inspira a los novelistas y folletinistas (que debe ser seguramente una dama de origen francés) huyó volando de su lado para ir a tomar parte de nuevo en el coro de sus hermanas, en torno de las inmortales fuentes del Helicón.

Durante la media hora del viaje distrajeron el alma del joven abogado las más sanas y robustas reflexiones. A cada instante iba escogiendo, desde la ventanilla del vagón, la casita de campo que había de ser muy pronto el asilo de su vida. Y, como si fuese ya propietario, proyectaba las mejoras que iba a introducir en las casas que iba viendo: a una le agregaba una cuadra, a otra una pista de tenis; y se imaginaba el aspecto que tendría una tercera, si enfrente de ella, a orillas del río, se hacía un pabelloncito de madera. «Cuando pienso —decía para sí— que hace una hora apenas era yo un joven necio y descuidado que sólo pensaba en partidas de canoa y en leer folletines… ¡Pasaba junto a las más encantadoras casas de campo sin echarles ni una mirada! ¡Cuán poco tiempo necesita un hombre para madurar!».

El lector inteligente reconocerá enseguida, y por este sencillo monólogo, los estragos que habían causado en el corazón de Gideon los hermosos ojos de la señorita Hazeltine. El abogado, al salir de John Street había conducido a la joven a casa de su tío, el señor Bloomfield, y este personaje, al saber que la joven había sido víctima de una doble opresión, la había tomado ruidosamente bajo su protección.

—No sé quién de los dos es peor —había exclamado—: si ese viejo sin escrúpulos o ese joven sobrino suyo tan grosero como malvado. ¡En todo caso voy a escribir enseguida al Pall Mall para denunciarlos a ambos! ¡Cómo! ¿Me dice usted que no? ¡Poco a poco, caballero, es preciso que sean denunciados! Es un deber público… ¿Cómo? ¿Dice usted que el tío es un conferenciante radical? En ese caso, tiene usted razón. ¡Hay que proceder con más reserva! ¡Estoy seguro que ese pobre señor ha sido víctima de un escandaloso engaño!

De todo esto resulta que el señor Bloomfield no puso en ejecución su proyecto de escribir a la Pall Mall Gazette. Declaró únicamente que era preciso poner a miss Hazeltine al abrigo de las pesquisas probables de sus perseguidores y, como era propietario de un yate, juzgó que no podía haber retiro mejor ni más seguro para la infortunada joven. La mañana misma del día en que Gideon se dirigía a Hampton-Court, Julia, en compañía del señor Bloomfield y de su esposa, había salido de Londres a bordo de dicho barco. Como supondrá el lector, Gideon hubiera querido formar parte de la excursión pero su tío no había querida concederle este favor. «No, Ged —le dijo—. Seguramente te van a seguir los pasos y no conviene que te vean con nosotros». El joven no se había atrevido a destruir esta extraña ilusión, porque temía que su tío se enfriase en su ardiente celo por la protección de Julia, si descubría que el asunto no era tan romántico como él se lo había figurado. Por lo demás, la discreción de Gideon no había quedado sin recompensa porque el anciano Bloomfield, posándole la poderosa diestra en el hombro, había agregado estas palabras, cuya significación había adivinado inmediatamente el joven «¡Adivino lo que traes entre ceja y ceja, Gideon! Pero si quieres obtener la mano de esta joven, será preciso que trabajes, ¿me entiendes, tunante?».

Estas agradables palabras habían contribuido ya a poner de buen humor al abogado, cuando después de despedir a los viajeros, volvió a su casa para leer novelas; y ahora, mientras el tren le llevaba a Hampton-Court, las citadas palabras formaban la base fundamental de sus varoniles ensueños. Y cuando bajó del tren y empezó a recoger su ánimo para la delicada misión que le habían encomendado, no desaparecía de delante de sus ojos el fino rostro de Julia ni dejaban de resonar en sus oídos las últimas palabras de su tío Edward.

Pero no tardaron en llover sobre él enormes sorpresas. Supo, en primer término, que en todo Hampton-Court no había ninguna villa Kurnaul ni ningún conde Tarnow; es más, no había conde de ninguna clase. Era esto muy

extraño, pero, después de todo, no lo consideró enteramente inexplicable. El señor Dickson había almorzado tan bien que podía haberse equivocado al darle las señas. «¿Qué debe hacer en semejantes circunstancias un hombre práctico, listo y acostumbrado a los negocios?», se preguntó Gideon. Y se respondió inmediatamente: «Enviar un telegrama breve y neto». Diez minutos después el alambre telegráfico transmitía a Londres el importante telegrama siguiente: «Dickson, hotel Langham, Londres. Villa y personas desconocidas aquí; supongo equivocadas señas; llegaré tren siguiente». En efecto, no tardó en bajarse de un coche de alquiler el mismo Gideon: a la puerta del hotel Langham, llevando impresas en la frente las señales de un extremado apresuramiento y de un gran esfuerzo intelectual.

No creo que Gideon olvide jamás el hotel Langham. Supo allí que, lo mismo que el conde Tarnow, eran seres imaginarios los señores Dickson y Ezra Thomas. ¿Cómo? ¿Por qué? Estas dos preguntas bailaban en el perturbado cerebro del joven; y antes de que el torbellino de sus pensamientos se hubiese calmado por completo, se halló transportado por el coche a la puerta de su domicilio. ¡Allí por lo menos le esperaba un retiro familiar y tranquilo! Allí podría reflexionar a sus anchas. Atravesó el pasillo, metió la llave en la cerradura y abrió la puerta ya más tranquilo. La habitación estaba completamente oscura porque era ya de noche. Pero Gideon conocía su habitación y sabía que las cerillas se hallaban encima de la chimenea, a la derecha. Avanzó resueltamente y, al hacerlo así, tropezó con un cuerpo pesado, en un sitio en que no debía existir ningún cuerpo de este género. En aquel sitio no había nada cuando salió Gideon. Había cerrado la puerta con llave al salir, la había hallado cerrada al volver; nadie podía pues, haber entrado; y no era muy probable tampoco que los muebles cambiasen solos de sitio. Y sin embargo, sin la más leve sombra de duda, había allí alguna cosa. Para convencerse de ello, Gideon extendió la mano en las tinieblas y tocó algo, algo que era grande, liso y frío.

—¡Estaba por asegurar que es un piano!

Recordó que tenía cerillas en el bolsillo de su chaleco y encendió una.

En efecto, ante sus ojos estupefactos apareció un piano, un enorme y solemne instrumento, húmedo aún por haber estado expuesto a la lluvia. Gideon dejó consumirse la cerilla hasta el fin, y volvieron a rodearle las tinieblas en medio de su asombro. Entonces, con mano temblorosa, encendió su quinqué y se acercó. Ni de cerca ni de lejos era posible dudar. El objeto en cuestión era un piano. ¡Era en efecto un piano lo que se ostentaba allí imprudentemente en un sitio en que su presencia era un mentís a todas las leyes naturales!

Gideon abrió el teclado y recorrió algunas teclas. No turbó el menor sonido

el silencio de la habitación.

—¿Estaré yo enfermo? —dijo para sí el joven, mientras su corazón latía cada vez con menos fuerza. Se sentó delante del piano y se obstinó rabiosamente en sus tentativas para romper el silencio, ya por medio de brillantes arpegios, ya por medio de una sonata de Beethoven, que en otra época (en tiempos más felices) había considerado como una de las obras más sonoras de tan genial compositor. Pero no salía ni el menor sonido. Dio, pues, dos tremendos puñetazos encima de las teclas, pero la habitación quedó completamente en silencio, como un sepulcro.

El joven abogado se irguió lleno de sobresalto.

—¿Me habré vuelto completamente sordo? —exclamó en alta voz—. ¡Ha caído sobre mí la peor de las maldiciones de Dios!

En esto tropezaron sus dedos con la cadena del reloj. Lo sacó inmediatamente y se lo acercó al oído: oía perfectamente el tictac.

—¡Vamos, no estoy sordo! ¡Pero es peor aún, estoy loco! ¡Mi razón me ha abandonado para siempre!

Paseó en tomo suyo, por la habitación, una mirada llena de inquietud, y se fijó especialmente en el sillón en que había estado sentado el señor Dickson. Se veía todavía al pie del mismo la colilla de un cigarro.

«No —pensó—, esto no puede haber sido un sueño. ¡Evidentemente mi cabeza se destornilla! Así, por ejemplo, me parece que tengo hambre; seguramente será una alucinación. Pero de todos modos, voy a hacer la experiencia y a pagarme una buena comida. Me voy a comer al Café Real, desde donde es muy posible que tengan que transportarme directamente a una casa de locos».

Durante el camino, mientras iba por la calle, se iba preguntando, con curiosidad mórbida, cómo se declararía su terrible enfermedad. ¿Pretendería asesinar a un mozo de café o comerse un vaso? De esta suerte se dirigió de prisa hacia el Café Real, angustiado por el temor de descubrir que la existencia de aquel establecimiento era también una alucinación.

Pero las luces, el movimiento y el alegre bullicio del café, no tardaron en tranquilizarle. Tuvo además la satisfacción de reconocer al mozo que le servía de ordinario. La comida que pidió no le pareció del todo incoherente, y experimentó al comerla una satisfacción en que no pudo descubrir nada de anormal. «A fe mía —se dijo— empiezo a renacer a la esperanza. ¿Me habré atolondrado demasiado pronto? En circunstancias análogas, ¿qué hubiera hecho Robert Skill?». Inútil creo decir que el tal Robert Skill era el protagonista de la novela ¿Quién atrasó el reloj? Gideon había encarnado en

dicho personaje su ideal de inteligencia sutil y de firme decisión. Por esta razón no podía dudar que Robert Skill, en circunstancias análogas a las que él mismo se encontraba, hubiera obrado seguramente de la manera más juiciosa y acertada. Quedaba únicamente por saber qué es lo que hubiera hecho. «Cualquiera que hubiera sido su decisión —añadió para sí el joven novelista —, Robert Skill la hubiera ejecutado inmediatamente». Pero, desgraciadamente, él no veía, por el momento, más que una sola determinación que tomar, y es la de volverse a su casa una vez terminada la comida. Así lo hizo inmediatamente a imitación de su noble héroe.

Pero una vez de vuelta en su casa, echó de ver que decididamente no acudía a su espíritu la menor inspiración. Permaneció de pie, en el umbral, contemplando con estupor el misterioso instrumento. Tocar el teclado una vez más era empresa superior a sus fuerzas; comprendía que, ya se callase el piano, con incomprensible silencio, ya le respondiese con todo el espantoso estruendo de las trompetas del juicio final, su miedo no hubiera dejado de aumentarse. «¡Esto debe ser una broma que me dan —pensó para sí—, aunque me parece laboriosa y muy costosa! Pero si no es una broma, ¿qué puede ser? Retrocediendo por eliminación, como procedió Robert Skill para descubrir el autor del asesinato de lord Bellow, me veo obligado a deducir que esto no puede ser más que una broma».

Mientras de este modo razonaba, se fijaron sus ojos en un objeto que le pareció nueva confirmación de su hipótesis; el tal objeto era la pagoda de cigarros que Michael había construido encima del piano. «¿Qué significa esto? —se preguntó Gideon. Y, acercándose, echó abajo la pagoda de un puñetazo —. ¡Una llave! —se dijo—. ¡Qué singular manera de colocarla!».

Dio la vuelta al instrumento y descubrió a un lado la cerradura de la tapa.

—¡Ah, ah, aquí tenemos la cerradura de la llave! —prosiguió—. Evidentemente los bromistas tienen interés en que yo mire lo que hay en el interior del piano. En verdad, esto va siendo cada vez más extraño.

Sin vacilar, hizo girar la llave en la cerradura y levantó la tapa.

No quiero referir detalladamente a los lectores cómo pasó el pobre Gideon la noche siguiente. ¡Qué angustias! ¡Qué accesos de resolución fugitiva! ¡Qué abismo de desesperación!

El canto de los gorriones de Londres le halló a la mañana siguiente agotado, nervioso, anonadado y con el espíritu cada vez más vacío de ideas. Se levantó y miró tristemente desde sus ventanas cerradas la calle desierta, la lucha de la indecisa luz del alba con la amarilla de los mecheros de gas. Hay mañanas en que la ciudad entera parece despertarse con jaqueca; aquélla era una de ellas y la jaqueca atenazaba igualmente la nuca y las sienes del pobre

Gideon.

—¡De día ya —dijo para sí—, y aún no he hallado ningún medio! ¡Es preciso que esto acabe! Volvió a cerrar el piano, se echó la llave al bolsillo y salió para tomar su desayuno. Por centésima vez giraba su cerebro como una rueda de molino. Le atormentaba una mezcla confusa de terrores, ansias y pesares. Llamar a la policía, entregarle el cadáver, cubrir la descripción exacta de John Dickson y Ezra Thomas, llenar los periódicos de párrafos titulados: El Misterio del Temple, el señor Forsyth queda en libertad bajo fianza, era seguir una línea de conducta posible, fácil y hasta, en fin de cuentas, bastante segura. Pero después de reflexionar bien no dejaba de tener sus inconvenientes. Obrar de esta suerte equivalía a revelar al mundo una serie de detalles que no dejarían muy bien parada la reputación de Gideon. Porque hasta un niño habría desconfiado de la historia de los dos aventureros y él, Gideon, la había tragado enseguida. El último de los abogadillos se hubiera negado a escuchar a unos clientes que se le presentaban en condiciones tan irregulares y él les había oído con complacencia. ¡Y si se hubiera contentado con oírlos! ¡Pero además se había encargado él, todo un abogado, de una comisión que era buena cuando más para un detective privado! Para colmo de desdicha, había aceptado el dinero que le ofrecían sus visitantes.

—No, no —dijo para sí—, ¡la cosa es tan clara que quedaré deshonrado! ¡He comprometido mi carrera por cinco libras!

Después de beber algunos tragos de esa tisana caliente, viscosa y turbia que pasa en las tabernas de Londres por una infusión de la semilla del cafeto, comprendió Gideon que, por lo menos, había un punto en que no cabía la menor duda. El asunto debía arreglarse sin intervención de la policía. Pero fuera cual fuese el arreglo, tenía que hacerse sin tardanza. Se preguntó nuevamente Gideon lo que hubiera hecho Robert Skill para desembarazarse de un cadáver honrosamente adquirido. Depositarlo en la esquina inmediata equivalía a excitar en el corazón de los transeúntes una curiosidad desastrosa. No había que pensar en echarlo en una de las chimeneas de la ciudad, pues se oponía a ello una serie de obstáculos materiales, que hacían la empresa completamente impracticable. No había que pensar tampoco, por desgracia, en arrojar el cuerpo por la portezuela de un vagón o desde lo alto del imperial de un ómnibus. Embarcar el cuerpo en un yate y echarlo enseguida al fondo de un río era cosa más practicable; pero qué de gastos para un hombre de escasos recursos. El alquiler de un yate y el pago de la tripulación hubiera sido cosa muy ruinosa hasta para un capitalista. De pronto recordó Gideon los pabelloncitos en forma de barcos que había visto el día antes a orillas del Támesis. Este recuerdo fue para él un rayo de luz.

Un compositor de música llamado, por ejemplo, Jimson, podía muy bien, como le ocurría en otro tiempo al músico inmortalizado por Hogarth, sentirse

molestado en sus horas de inspiración por el gran ruido de Londres. Podía muy bien tener prisa por acabar una ópera o una pieza cómica titulada Orange pekoe, ligero capricho chino por el estilo del Mikado. Orange pekoe, música de Jimson, «el joven maestro», una de las glorias de nuestra nueva escuela inglesa, el encantador quinteto de los mandarines, una vigorosa entrada de la perversión, etc. En un momento surgió en la mente de Gideon el personaje completo de Jimson con su música y todos los demás detalles. ¿Qué cosa más natural y corriente que la repentina llegada de Jimson a uno de los poéticos pabellones de las orillas del río en compañía de un gran piano de cola y de la partitura incompleta de Orange pekoe? Seguramente no parecía tan natural, algunos días más tarde, la desaparición del susodicho maestro sin dejar tras sí otra cosa que un piano sin cuerdas. Pero aun esto mismo podría tener explicación. Podría suponerse muy bien, en suma, que, enloquecido de pronto por las dificultades de algún pasaje, había empezado por destruir el piano y luego se había echado al río. ¿No era esto, después de todo, una catástrofe enteramente digna de un músico joven de la nueva escuela?

—¡Cáspita, no hay más remedio que obrar así! —exclamó Gideon—. ¡Jimson va a sacamos del atolladero!

XI

El maestro Jimson

El señor Edward Hugh Bloomfield había anunciado su propósito de dirigirse con su yate hacia Maidenhead; así que a nadie llamará la atención que el maestro Jimson tomase la dirección opuesta. Cerca del gracioso pueblecito ribereño de Padwick, recordaba haber visto un antiguo pabellón levantado sobre estacas y al que daba poético abrigo un bosquecillo de sauces. Cuando en sus partidas de canoaje pasaba cerca de él, siempre le había seducido por su aspecto de abandono y de soledad; es más, había tenido intención de colocar allí una de las escenas de ¿Quién atrasó el reloj?, pero había tenido que renunciar, en el último instante, a su proyecto por las dificultades imprevistas que le había ofrecido la necesidad de una descripción apropiada al encanto de aquel sitio. Había renunciado a ello y ahora se alegraba de su renuncia al pensar en que iba a poderse servir del pabellón para un empleo infinitamente más serio.

Jimson, personaje de aspecto bastante vulgar, pero de modales por demás insinuantes, consiguió fácilmente que el propietario del pabellón se lo alquilase por un mes. Convenido el precio del alquiler, que era bastante insignificante, Jimson pagó de antemano una parte, recibió a cambio la llave y

se apresuró a volver a Londres para ocuparse en el transporte del piano.

—Estaré de regreso mañana por la mañana sin falta —dijo al propietario —. ¡Ya comprenderá usted que aguardan mi ópera con impaciencia y que no tengo un minuto que perder para terminarla!

En efecto, al día siguiente, a eso de la una de la tarde, nuestros lectores hubieran podido ver a Jimson por el camino que sigue la orilla del río entre Padwick y Haverham. Llevaba en una mano un cesto con provisiones y en la otra una pequeña maleta donde iban sin duda sus papeles de música. Empezaba el mes de octubre, cubría el cielo una capa espesa de color gris terroso, brillaba el Támesis débilmente como un espejo de plomo y el viento arrastraba las amarillentas hojas de los castaños. No hay estación en Inglaterra que más estimule las fuerzas vitales, y Jimson, aunque no dejaba de sentir graves preocupaciones, mientras marchaba iba tarareando un aire, composición suya, tal vez.

A dos o tres millas más arriba de Padwick, la orilla del Támesis es particularmente solitaria. Los árboles de la opuesta orilla cierran el horizonte y sólo dejan ver la punta de las chimeneas de una vieja casa de campo. En la orilla de Padwick, entre los sauces se adelanta el ya citado pabellón, como un antiguo barco fuera de uso tan manchado por las lágrimas de los vecinos sauces, tan degradado, tan azotado por los vientos, tan descuidado, tan frecuentado por las ratas y tan manifiestamente convertido en almacén de reumatismos, que, por mi parte, hubiera experimentado la mayor repugnancia a instalarme en él.

Para el mismo Jimson fue un momento bastante lúgubre cuando levantó la tabla que servía de puente levadizo a su nueva morada y se halló solo en aquella fortaleza malsana. Oía el ruido que hacían las ratas corriendo y saltando bajo el piso y los gemidos de los goznes de la puerta cual si fuesen lamentos de almas en pena; el saloncito estaba lleno de polvo y olía horriblemente a húmedo. No, no era posible considerar aquello como un domicilio muy alegre ni aun para un compositor absorto en la composición de un trozo difícil. ¡Cuánto menos aún para un joven lleno de inquietudes y que aguardaba la llegada de un cadáver!

Se sentó, limpió lo mejor que pudo la mitad de la mesa y empezó a comerse el almuerzo fiambre que contenía el cesto. En previsión de posibles pesquisas acerca de la suerte de Jimson, había creído indispensable no dejarse ver; de suerte que había resuelto pasar el día entero sin salir del pabellón. Además, a fin de dar visos de verosimilitud a su fábula, había llevado en su maleta no sólo tinta y plumas, sino un enorme cuaderno de papel de música, de los más grandes que había podido hallar.

—¡Ahora manos a la obra! —se dijo luego que hubo satisfecho su apetito

—. Es preciso que deje huellas de la actividad de mi personaje.

Después escribió con magnífica letra redonda:

ORANGE PEKOE

Op. 17

J. B. JIMSON

Partitura para piano y canto

«No creo que los grandes compositores empiecen su trabajo de ese modo —pensó Gideon—; pero Jimson es un hombre original y, por mi parte, me sería muy difícil empezar de otra manera. Ahora la dedicatoria que hará seguramente el mejor efecto. Dedicada a… ¡vamos a ver! ¿A quién?… Dedicada a William Ewart Gladstone, por su respetuoso servidor J. B. J. ¡Ahora habría que agregar alguna música! Lo mejor será evitar la obertura: temo que esta parte ofrezca demasiadas dificultades. Vamos a ver qué tal saldrá un aria para tenor. ¡Hay que ser ultramodernista! ¡Siete bemoles en la clave!».

Hizo como lo decía, no sin trabajo, pero no tardó en detenerse, y empezó a mordisquear la punta de su portaplumas. La vista de una hoja de papel pautado no basta por sí sola para provocar la inspiración, sobre todo en un simple aficionado; y la presencia de siete bemoles en la clave no es lo más a propósito para facilitar la improvisación. Gideon arrojó bajo la mesa la hoja empezada.

—¡Estos esbozos tirados bajo la mesa contribuirán poderosamente a reconstruir la personalidad artística de Jimson! —se dijo para consolarse de su fracaso.

Solicitó de nuevo la inspiración de la musa en diversos tonos y sobre diversas hojas de papel, pero siempre con los mismos resultados negativos. Estaba asustado.

—¡Es extraño! ¡Hay días que no se siente uno inspirado! —se dijo—. ¡Y sin embargo es preciso, absolutamente preciso que Jimson deje algo compuesto!

Y volvió nuevamente a devanarse la mollera.

La penetrante frescura del pabellón no tardó en invadir todos sus miembros. Se levantó y con evidente contrariedad para las ratas, empezó a pasearse por la habitación. Desgraciadamente no lograba entrar en calor.

—¡Esto es absurdo! —se dijo—. ¡Todos los riesgos me son indiferentes, pero no quiero coger una bronquitis! ¡Tengo que salir de esta caverna!

Avanzó hasta el balcón y por primera vez miró hacia el río.

Inmediatamente se sobresaltó, lleno de sorpresa. A algunos centenares de pasos más lejos descansaba un yate a la sombra de los sauces. Junto al yate se balanceaba una elegante barquilla; las ventanas del primero estaban adornadas con cortinillas de inmaculada blancura y flotaba en su popa una bandera. Cuanto más contemplaba Gideon aquel yate, mayores eran su despecho y su asombro. Aquel yate se parecía extraordinariamente al de su tío; hasta hubiera jurado que era el mismo, a no ser por dos detalles que hacían imposible la identificación. Era el primero que su tío se había dirigido hacia Maidenhead y no podía encontrarse en Padwick; el segundo, más expresivo si cabe, era que la bandera que flotaba en su popa era la bandera americana.

«¡Sin embargo, vaya un parecido extraño!», pensó Gideon.

Y mientras así miraba y reflexionaba, se abrió una puerta y apareció una señora joven en el puente. En un abrir y cerrar de ojos el abogado se metió en el pabellón: acababa de reconocer a Julia Hazeltine. Observándola por la ventana vio que bajaba a la barquita, empuñaba los remos y se dirigía resueltamente al sitio en que él se encontraba.

—¡Vamos, estoy perdido! —se dijo. Y se dejó caer en la silla.

—¡Buenas tardes, señorita! —dijo desde la orilla una voz en la que Gideon reconoció la de su casero.

—¡Buenas tardes, caballero! —respondió Julia—. Pero no tengo el gusto de conocerlo; ¿quién es usted? ¡Ah, sí, ya recuerdo! ¡Es usted el que me dio permiso ayer para ir a pintar en ese pabellón viejo!

El corazón de Gideon latió apresuradamente lleno de espanto.

—¡Sí, soy yo! —respondió el hombre—. ¡Precisamente quería decir a usted que ya no me es posible concederle ese permiso! ¡Mi pabellón está alquilado!

—¿Alquilado? —exclamó Julia.

—Alquilado por un mes —repuso el hombre—. ¿Le parece a usted extraño? Yo me pregunto qué se propondrá hacer el que lo ha alquilado.

—¡Qué idea tan romántica! —murmuró Julia—. ¿Quién es ese caballero?

El diálogo tenía lugar entre la orilla y la barquilla, y el joven maestro no podía perder ni una sola palabra.

—Es un músico —respondió el propietario—. ¡Por lo menos me ha dicho que venía aquí para componer una ópera!

—¿De veras? —exclamó Julia—. Ésa es una ocurrencia verdaderamente deliciosa. ¡Así podremos deslizamos por la noche hasta aquí y oírle improvisar! ¿Cómo se llama?

—Jimson —dijo el hombre.

—¿Jimson? —repitió Julia, haciendo inútiles esfuerzos por recordar este nombre.

Pero la verdad es que nuestra joven escuela de música inglesa posee tantos genios que no llegamos a conocer sus nombres hasta que la reina los hace barones.

—¿Está usted seguro de que es ese nombre? —repuso Julia.

—Me lo ha deletreado él mismo —respondió el propietario—. Y su ópera se llama… espere usted… una especie de té.

—¡Una especie de té! —exclamó la joven—. ¡Qué título más extraño para una ópera! ¡Cuánto me gustaría conocer el asunto de la misma! —Y Gideon sentía flotar en el aire su encantadora risa—. Será absolutamente indispensable que hagamos conocimiento con ese señor Jimson. Se me figura que debe ser muy interesante.

—¡Dispense usted, señorita, pero tengo que irme! Me esperan en Haverham.

—¡Oh, no se detenga usted por mí, buen hombre! ¡Buenas tardes!

—¡Téngalas usted igualmente buenas, señorita!

Gideon seguía sentado en su camarote, presa de los más terribles pensamientos. Se veía encadenado en aquel pabellón podrido, aguardando la llegada de un cadáver intempestivo; y he aquí que en torno suyo empezaba a excitarse, la curiosidad y hasta se proponían ir a espiarle por la noche por vía de distracción. Esto significaba para él el presidio, pero había algo que le afligía más y era la imperdonable ligereza de Julia. Aquella joven se hallaba dispuesta a trabar conocimiento con el primero que se presentara; carecía de reserva, de la delicadeza de las personas bien educadas. Hablaba familiarmente con el bruto de su casero, y mostraba inmediato y franco interés en favor de aquel desdichado Jimson. Seguramente ya había formado el proyecto de invitar al pianista a tomar el té en su compañía. ¡Y era por una joven como aquélla por la que un hombre como él, Gideon!… ¡Avergüénzate, corazón viril!

Se vio interrumpido en sus divagaciones por un ruido que le obligó inmediatamente a ocultarse detrás de la puerta. Miss Hazeltine, sin preocuparse por la negativa del casero, acababa de encaramarse a bordo de su pabellón. Había tomado con empeño su proyecto de acuarela, y, como a juzgar por el silencio del pabellón suponía que Jimson no había llegado aún, resolvió aprovechar la ocasión para terminar la obra de arte empezada la víspera. Se sentó en el balcón, colocó su álbum y su caja de colores y no tardó Gideon en

oírla cantar mientras trabajaba. Sólo de vez en cuando Julia dejaba de acordarse de una de esas amables recetas que facilitan en la práctica el juego de la acuarela, o mejor dicho, que la facilitaban allá en los buenos tiempos, porque me han dicho que las jóvenes del día se han emancipado por completo de esas recetas a que se habían sometido fielmente diez generaciones de sus madres y abuelas; pero Julia, que probablemente había estudiado con Pitman, pertenecía a la vieja escuela.

Entretanto Gideon se mantenía detrás de la puerta temiendo moverse, respirar y ni aun pensar en lo que iba a ocurrir. Cada minuto de prisión aumentaba su fastidio y su angustia. A lo menos, pensaba en su interior, con gratitud, que esta fase especial de su vida no podía durar eternamente y que cualquiera que fuese lo que pudiera ocurrirle después, siquiera fuese el presidio, añadía amarga e irreflexivamente, no podía menos de producirle algún alivio. Recordó que en el colegio le habían servido a veces de panacea contra el fastidio del encierro y los azotes las largas sumas mentales y, en la ocasión presente, trató de distraerse adicionando indefinidamente la cifra dos a todas las formadas por adiciones anteriores. De esta suerte se hallaban ocupados los dos jóvenes. Gideon entregándose resueltamente a los placeres de la suma, y Julia depositando con vigor en su álbum colores que rabiaban de verse juntos, cuando la Providencia envió por aquellas aguas un paquebote de vapor, que subía el Támesis dando resoplidos. A lo largo de las orillas subía y bajaba el agua y se agitaban con rumor las cañas; el mismo pabellón, aquel viejo barco acostumbrado al reposo desde hacía tanto tiempo, recobró de pronto su antigua afición a viajar y empezó a removerse. Luego pasó el paquebote, se aplanaron las aguas y Gideon oyó de pronto un grito lanzado por Julia. Mirando por la ventana, vio a la joven de pie en el balcón ocupada en seguir con la vista su barquilla, que, arrastrada por la corriente, se volvía hacia el yate. Y debo declarar que, en esta ocasión, el abogado desplegó una vivacidad de espíritu digna de su héroe Robert Skill. Al primer golpe previo lo que iba a suceder y, con un solo movimiento de su cuerpo, se echó al suelo y se escondió debajo de la mesa.

Julia, por su parte, no se daba cuenta de la gravedad de la situación. Veía que había perdido la barquilla y no dejaba de inspirarle inquietud su próxima entrevista con el señor Bloomfield; pero no dudaba que podría salir del pabellón, pues conocía la existencia de la tabla que servía de puente levadizo entre el pabellón y la orilla.

Dio vuelta al pabellón y halló la puerta de éste abierta y la tabla quitada. De aquí dedujo con certeza que Jimson debía haber llegado y que, por consiguiente, se hallaba en el pabellón. El tal Jimson debía ser en verdad un hombre muy tímido para haber permitido semejante invasión de su domicilio, sin dar señales de vida; y este pensamiento reanimó el valor de Julia porque en

aquellas circunstancias la joven se veía obligada a pedir auxilio al músico; la tabla era demasiado pesada para sus fuerzas. Llamó, pues, en la puerta abierta, y como nadie respondió, volvió a llamar.

—¡Señor Jimson —gritó—, venga usted, se lo suplico! ¡Tendrá usted que venir tarde o temprano, puesto que no puedo salir de aquí sin su auxilio! ¡Vamos, no sea usted tan pesado! ¡Venga usted, se lo suplico!

Pero tampoco obtuvo respuesta.

—Si está dentro tiene que ser un loco —dijo para sí, sintiendo un pequeño escalofrío.

Pero pensó enseguida que tal vez había ido a pasearse en una barquilla como ella misma había hecho. En tal caso tenía que resignarse a aguardar y podía muy bien visitar el camarote; y dicho y hecho, entró sin pararse a reflexionar más.

No necesito decir que, bajo la mesa donde yacía en el polvo, sintió Gideon que su corazón dejaba de latir.

En primer lugar Julia se fijó en las sobras del almuerzo de Jimson.

«¡Pastel de carne, fruta, pastelillos! —pensó para sí—. ¡No se cuida mal! Estoy segura de que debe ser un hombre de trato delicioso. ¿Tendrá buena facha como el señor Forsyth? ¡El nombre de Jimson no suena tan bien como el de Forsyth! Pero por otra parte Gideon es un nombre horrible. ¡Oh, aquí hay música suya! ¡Magnífico! ¡Orange Pekoe, era pues el título que el buen hombre, dueño del pabellón interpretaba especie de té!».

Gideon oyó en esto una ligera risa.

Adagio, molto espressivo sempre legato, leyó (porque he olvidado decir a mis lectores que Gideon reunía todos los conocimientos necesarios para la parte literaria del oficio de compositor). «Es singular dar tantas indicaciones y no escribir sino dos o tres notas. ¡Hola, aquí hay una hoja que tiene escrito algo más! ¡Andante patético!».

La joven empezó a examinar la música.

—¡Válgame Dios —se dijo—, esto debe ser terriblemente modernista! ¡Cuánto bemol! Veamos qué tal es el aire. ¡Es extraño, pero me parece que lo conozco!

Empezó a tararear la música y de pronto prorrumpió en una carcajada.

—¡Pero si es una canción popular! ¡Tommy, venga, ocúpate de tu tío! —exclamó en voz alta llenando de amargura el alma de Gideon—. ¡Y le pone Andante patético y siete bemoles! ¡Este hombre debe ser un farsante!

En el mismo instante oyó debajo de la mesa un ruido confuso y extraño, como el de una gallina que estornudase; y aquel estornudo fue seguido de un golpe dado contra la mesa, y este golpe, a su vez, de un sordo gruñido.

Julia huyó hacia la puerta, pero, al llegar a ella se volvió, resuelta a desafiar el peligro. Nadie la perseguía, pero seguía sonando debajo de la mesa una serie indefinida de estornudos.

«Seguramente —pensó Julia— es ésta una conducta muy extraña. Este Jimson no puede ser un hombre bien educado».

El primer estornudo del joven abogado había perturbado en su inmutable reposo los innumerables granos de polvo que dormían debajo de la mesa; a los estornudos había sucedido un fuerte ataque de tos.

Julia empezaba a experimentar cierta compasión.

—¡Temo que realmente esté usted enfermo! —dijo aproximándose algo—. Ruego a usted que no se obstine en permanecer más tiempo debajo de la mesa, señor Jimson. Eso no le puede hacer provecho.

El maestro sólo respondió con una tos ahogadora. Pero inmediatamente la intrépida se arrodilló delante de la mesa y se encontraron frente a frente ambas caras.

—¡Dios omnipotente! —exclamó miss Hazeltine, irguiéndose de un salto —. ¡Es el señor Forsyth que se ha vuelto loco!

—No estoy loco —dijo el joven saliendo penosamente de su escondrijo—. Querida miss Hazeltine, juro a usted de rodillas que no estoy loco.

—¡Está usted loco! —exclamó anhelante.

—Sé —dijo—, que para quien juzga de un modo superficial, mi conducta puede parecer extraña.

—¡Si no está usted loco, su conducta ha sido monstruosa —exclamó la joven ruborizándose— y demuestra que no se cuida usted nada de mis tormentos!

—¡Sé… admito eso! —dijo animosamente Gideon.

—¡Ha sido una conducta abominable! —insistió Julia.

—¡Sé que debe haber disminuido la estima de usted hacia mí! —respondió el abogado—. Pero, querida miss Hazeltine, ruego a usted que me oiga hasta el fin. Por extraña que parezca, mi manera de obrar tiene explicación. Y lo cierto es que estoy resuelto a no seguir viviendo si no cuento con la estima de una persona a quien admiro… Los actuales momentos no son los más a propósito para hablar de esto, lo comprendo, pero repito mi expresión: sin la estima de la

única persona a quien admiro…

Brilló un reflejo de satisfacción en el rostro de miss Hazeltine.

—¡Muy bien! —dijo—. Salgamos de esta fría caverna y vamos a sentarnos en el balcón… Ahora —repuso instalándose—, hable usted, quiero saberlo todo.

Diciendo esto fijó los ojos en el joven y al verle delante de sí, en aquella facha, la loca muchacha prorrumpió en una carcajada. Su risa era a propósito para regocijar el corazón de un enamorado; sonaba de un modo agradable a lo largo de la orilla, como el canto de un pájaro repetido a lo lejos por los ecos del río. Y sin embargo había una persona a quien mortificaba aquella risa, y esta persona era el infortunado admirador de la joven.

—¡Miss Hazeltine! —dijo con voz algo esquiva—, bien sabe Dios que le hablo a usted con la mejor voluntad, pero muestra usted en todo esto demasiada ligereza.

Julia le miró con asombro.

—¡No puedo retirar la palabra! —dijo—. Ya me causó usted una pena atroz cuando charlaba usted hace poco con el dueño del pabellón. Mostraba usted bastante curiosidad a propósito de Jimson.

—Pero si resulta que Jimson es usted mismo —objetó Julia.

—¡Supongamos que es así! —exclamó el abogado—; pero hace un rato no lo sabía usted. ¿Quién era para usted Jimson? ¿Por qué le había de interesar? ¡Miss Hazeltine, me ha desgarrado usted el corazón!

—¡Oh, eso es ya demasiado! —replicó severamente Julia—. ¿Cómo? ¡Después de haberse usted conducido de la manera más extraordinaria pretende usted ser capaz de explicarme su conducta y, en lugar de explicarla, se pone usted a insultarme!

—Es muy cierto —respondió el pobre Gideon—. Voy a contárselo a usted todo. Cuando sepa usted toda la historia, seguramente me excusará.

Y sentándose junto a ella en el banco, le refirió con todos sus detalles su lamentable aventura.

—¡Oh, señor Forsyth! —exclamó cuando hubo acabado el joven—, siento mucho mi risa de hace un instante. Tenía usted una facha verdaderamente extraña, pero le aseguro a usted que siento haberme reído.

Diciendo esto le alargó su mano, que Gideon conservó en la suya.

—¿No le dará a usted todo esto demasiado mala opinión de mí? —preguntó cariñosamente.

—¿El que hayan caído sobre usted tantas molestias y penosos incidentes? No por cierto, caballero —exclamó la joven. Y en el ardor de su movimiento, le alargó la otra mano, de que el joven se apoderó igualmente—. ¡Puede usted contar conmigo! —añadió Julia.

—¿De veras? —dijo Gideon—. ¡Pues bien, contaré con usted! Reconozco que los actuales momentos no son los más a propósito para hablar de todo esto. Pero no tengo ningún amigo…

—¡Ni yo tampoco! —dijo Julia—. ¿Pero no cree usted que ya es tiempo de que me devuelva mis manos?

—¡La ci darem la mano! —respondió el abogado—. ¡Déjemelas usted un minuto más! ¡Tengo tan pocos amigos! —repuso.

—Yo creí que era mala señal en un joven no tener amigos —añadió Julia.

—¡Oh, pero si tengo muchísimos amigos! —exclamó Gideon—. ¡No era eso lo que yo quería decir! Comprendo que el momento no es el más a propósito; pero ¡oh, Julia, si pudiera usted verse tal como es!

—¡Señor Forsyth!

—No me llame usted con ese nombre tan feo —exclamó el joven—. Llámeme usted Gideon.

—¡Oh, eso jamás! —dijo Julia sin poder contenerse—. ¡Además, hace tan poco tiempo que nos conocemos!

—Al contrario —contestó Gideon—. Hace ya mucho tiempo que nos encontramos por primera vez en Bournemouth. ¡Desde entonces jamás la he olvidado a usted! Dígame usted que tampoco me ha olvidado y llámeme usted Gideon.

Como la joven no respondía, añadió:

—Sí, querida Julia, soy un verdadero asno, pero me propongo conquistar su cariño. Me ha caído encima un negocio infernal, no tengo un cuarto y me he mostrado hace poco a sus ojos bajo el aspecto más ridículo. Sin embargo, Julia, estoy resuelto a conquistar su cariño. Míreme usted frente a frente y dígame, si se atreve a ello, que me lo prohíbe.

La joven le miró y lo que le decían sus ojos no debió de ser desagradable al joven, pues permaneció largo tiempo ocupado en leerlo.

—Además —dijo al fin—, mientras yo consigo hacer fortuna, mi tío Edward nos dará el dinero necesario para vivir.

—¡Hombre, ésa sí que es buena! —dijo una voz gruesa detrás de los jóvenes.

Gideon y Julia se separaron más rápidamente que si los hubiera separado un resorte eléctrico y ambos, extraordinariamente ruborizados, fijaron sus ojos en el señor Edward Hugh Bloomfield.

El buen caballero, viendo llegar la barquilla sola había tenido la idea de ir discretamente a echar una mirada a la acuarela de miss Hazeltine. Mas he aquí que había matado dos pájaros de una pedrada; su primer movimiento fue de enfado, lo cual era natural en él. Pero al ver a los jóvenes ruborizados y asustados, su corazón empezó a ablandarse.

—¡Ésa sí que es buena! —repitió—. Ustedes cuentan ya como cosa segura con su tío Edward. Pero, vamos a ver, Gideon, ¿no le dije a usted que, se mantuviese lejos de nosotros?

—Usted me dijo que me mantuviese lejos de Maidenhead. ¿Cómo podía yo figurarme que les encontraría a ustedes aquí?

—Hay algo de verdad en eso —añadió el señor Bloomfield—. La verdad es que creí preferible ocultar nuestra verdadera dirección hasta a usted mismo. Esos tenebrosos bandidos, esos Finsbury, hubieran sido capaces de querer arrancarnos por fuerza a Julia. Precisamente, para despistarlos icé en mi yate esa abominable bandera extranjera. Pero no es todo eso, Gideon. Usted me prometió empezar a trabajar, y le encuentro aquí en Padwick haciendo el bobo.

—¡Por piedad, señor Bloomfield, no se muestre usted demasiado severo con el señor Forsyth! —dijo Julia, interviniendo en favor de su amigo—. ¡El pobre joven se encuentra en un apuro terrible!

—¿Qué es eso, Gideon? —preguntó su tío—. ¿Se ha batido usted o tiene que pagar alguna cuenta?

En la mente del viejo radical, estas dos alternativas resumían todas las desgracias que podían caer sobre un caballero.

—¡Por desgracia, querido tío —dijo Gideon—, es algo peor que todo eso! Me encuentro envuelto en una serie de circunstancias de una injusticia verdaderamente… providencial. El hecho es que un sindicato de asesinos ha sabido, no sé cómo, que yo poseía la mayor habilidad para hacer desaparecer las huellas de su crimen. De todos modos es un homenaje que rinden a mi capacidad de legista.

Dicho esto refirió Gideon, por segunda vez y con todos los detalles, la aventura del Erard.

—¡Es preciso que yo escriba eso al Times! —exclamó el señor Bloomfield.

—¿Quiere usted deshonrarme? —preguntó Gideon.

—¡Deshonrarte! ¡Bah, no tengas miedo! —dijo su tío—. El ministerio es

liberal. Seguramente no se negará a atenderme. ¡A Dios gracias, pasaron los días de la opresión tory!

—¡No, no, eso no puede ser, querido tío! —dijo Gideon.

—¿Pero será usted tan loco que persista en deshacerse por sí mismo de ese cadáver? —exclamó el señor Bloomfield.

—¡No hallo otro camino! —dijo Gideon.

—¡Pero si eso es absurdo! —repuso el señor Bloomfield—. ¡Gideon, le ordeno a usted formalmente que desista de esa injerencia criminal!

—Está muy bien —dijo Gideon—; en ese caso dejo el asunto en sus manos para que usted haga del cadáver lo que le parezca.

—¡Dios me libre de semejante cosa! —exclamó el presidente del Club Radical—. ¡No quiero tener nada que ver con semejante horror!

—En tal caso tiene usted que dejarme desembarazar de él lo mejor que pueda —replicó su sobrino—. Créame usted, es el partido más razonable.

—¿No podríamos depositar secretamente el cadáver en el Club Conservador? —apuntó el señor Bloomfield—. Con esto y con algunos buenos artículos que haríamos escribir en los periódicos radicales prestaríamos un gran servicio a la nación.

—Si usted encuentra que puede sacar algún provecho político de mi… objeto —dijo Gideon—, razón de más para que yo se lo ceda.

—¡Oh, no, no, Gideon! Creía únicamente que tal vez podría usted emprender esa operación. Y hasta añado que, pensándolo bien, creo que es completamente inútil que permanezcamos aquí a su lado, miss Hazeltine y yo. ¡Podrían vernos! —continuó el venerable presidente, mirando a derecha e izquierda—. Usted comprenderá que, en mi calidad de hombre público, debo tomar excepcionales precauciones. ¡Comprometerme, sería comprometer a todo el partido! Además, de todos modos, se acerca la hora de la comida.

—¿Cómo? —exclamó Gideon consultando el reloj—. ¡Pues es verdad! ¡Pero, Dios mío, el piano debería estar aquí hace ya tiempo!

El señor Bloomfield se dirigía ya hacia la barca, pero al oír estas palabras se detuvo.

—¡Sí! —repuso Gideon— yo mismo vi llegar el piano a la estación de Padwick, y fui en persona a avisar al carretero, para que lo trajese aquí. Me dijo que tenía que hacer otro encargo antes, pero que sin falta tendría aquí el piano lo más tarde a las cuatro. ¡No hay duda; han abierto el piano y han hallado el cuerpo!

—¡En ese caso tiene usted que huir enseguida! —declaró el señor Bloomfield—. ¡Es la única conducta digna de un hombre!

—¡Pero supongamos que me equivoco! —dijo Gideon con dolorido acento—. ¡Supongamos que llega el piano y que no estoy aquí para recibirlo! ¡Sería yo la primera víctima de mi cobardía! No, querido tío; hay que ir a informarse en Padwick. Naturalmente, yo no puedo encargarme de ello, pero a usted nadie se lo impide. ¿Por qué no va usted a rondar un poco alrededor de la Oficina de Policía?

—¡No, Gideon, no! —dijo el señor Bloomfield con acento que revelaba gran embarazo—. Ya sabe usted que le profeso el cariño más sincero. Sé, además, por mi parte, que tengo la dicha de ser inglés y conozco todos los deberes que me impone este título. Pero eso de la policía, no, querido Gideon.

—¿Conque me abandona usted? —preguntó Gideon—. ¡Dígalo francamente!

—¡Al contrario, hijo mío, al contrario! —protestó el desdichado tío—. Me limito a aconsejar la prudencia. ¡Querido Gideon, un verdadero inglés debe dejarse guiar siempre por el buen sentido!

—¿Me permite usted que diga mi parecer? —se atrevió a decir Julia—. Yo creo que Gideon… quiero decir el señor Forsyth… haría mejor en salir de este horrible pabellón y en ir a esperar allá abajo entre los sauces. Si llega el piano, el señor Forsyth podrá acercarse y recibirlo. Y si por el contrario, llega la policía, no tendrá más que subirse a bordo de nuestro yate y se habrá desvanecido el señor Jimson. ¡En el yate nada tendrá que temer! El señor Bloomfield es hombre tan respetable y personalidad tan importante que nadie podrá imaginarse nunca que tiene nada que ver con semejante asunto.

—¡Esta joven tiene una gran dosis de prudencia! —declaró el presidente del Club Radical.

—¡Sí! Pero si no veo llegar al piano ni a la policía —dijo Gideon—, ¿qué debo hacer en tal caso?

—¡En tal caso —dijo Julia—, puede usted ir al pueblo cuando sea enteramente de noche! ¡Y hasta yo iré con usted! ¡Estoy segura de que nadie sospechará de usted, pero si alguien sospecha, yo me encargaría de hacerle comprender que se equivoca!

—¡Eso sí que no lo puedo permitir! ¡No puedo autorizar a mis Hazeltine a que vaya con usted! —exclamó el señor Bloomfield.

—¿Y por qué? —preguntó Julia.

Ahora bien, el señor Bloomfield no tenía ganas de revelárselo, porque el verdadero motivo era que temía verse mezclado en el asunto. Pero según la

táctica ordinaria en estos casos, dijo ahuecando la voz:

—No permita Dios, mi querida miss Hazeltine, que yo tenga que dictar a una joven bien educada lo que prescriben las conveniencias. Pero, en fin…

—¡Oh! ¿No es más que eso? —interrumpió Julia—. Pues en ese caso vamos los tres juntos a Padwick.

«¡Caí en la trampa!», pensó tristemente el viejo radical.

XII

Donde el piano aparece irrevocablemente por última vez

Muchos no tienen inconveniente en decir que los ingleses son un pueblo sin música; pero, dejando aparte el favor excepcional que los ingleses dispensan a los organilleros, existe por lo menos un instrumento que puede llamarse nacional, en toda la extensión de la palabra: el flautín, llamado comúnmente pito de un cuarto; el pastorcillo de los brezales, que ya mostraba aficiones musicales en tiempo de nuestros antiguos poetas, despierta y tal vez entristece la alondra con su flautín; y estoy seguro de que no se hallará un solo lazarillo que no sepa ejecutar en dicho flautín, Los granaderos ingleses o Cereza madura. Esta última canción es, a decir verdad, el trozo clásico del tocador de flautín, hasta tal punto que más de una vez me he preguntado si no fue compuesto en su origen para dicho instrumento. Inglaterra es, en todo caso, el único país del mundo en que un número extraordinario de hombres hallan medio de ganarse la vida con sólo saber tocar el flautín, más aún, con sólo tocar una pieza, la inevitable Cereza madura.

Pero, por otra parte, hay que reconocer que el flautín es un instrumento, si no misterioso, envuelto por lo menos en una espesa capa de misterio. ¿Por qué, por ejemplo, se le da el nombre de «pito de un cuarto» cuando jamás he visto que se llegue a vender por tan mínimo precio? Se le llama también a veces «pito de estaño» y sin embargo, mucho me engaño, o no entra para nada el estaño en su composición.

Por último, desearía saber en qué profunda catacumba, en qué desierto, lejos de todo oído humano, realiza su aprendizaje el tocador de flautín. Cualquiera de nosotros ha oído seguramente a personas que aprendían a tocar el piano, el violín o la trompa de caza, pero el cachorro del tañedor de flauta (como el del salmón) se oculta a la más perspicaz observación. Jamás llegamos a oírle hasta que llega a tener perfecta maestría.

Por estas razones era doblemente notable el fenómeno que se producía

cierta tarde de otoño en una carretera que atravesaba una verde pradera, no lejos de Padwick. En el pescante de una gran carreta cubierta iba sentado un joven de apariencia modesta (y por qué no decirlo) bastante idiota. Llevaba las riendas sobre las rodillas y el látigo detrás en el interior de la carreta. El caballo iba adelantando sin necesidad de que nadie le dirigiese ni arrease; y el joven cochero, transportado a una esfera superior a la de sus ocupaciones diarias, con los ojos en el cielo, se consagraba por completo a un flautín en re, recién comprado, y del que se esforzaba por extraer penosamente la amable melodía de El gañán, y en verdad, para un observador que la casualidad hubiese colocado en aquel momento en medio de la pradera, aquel espectáculo hubiera tenido un interés inolvidable y hubiera podido decir: ¡Al fin he tropezado con un aprendiz de flautín! El bondadoso y estúpido joven, que se llamaba Harker, y estaba empleado en casa de un alquilador de carros de Padwick, acababa de repetir por vigésima vez su canción, cuando se sintió profundamente avergonzado al notar que no estaba solo.

—¡Bravo! —exclamó una voz varonil, a orillas de la carretera—. ¡Eso se llama entenderlo! ¡Únicamente se nota algo de flojedad en el estribillo! —añadió la voz, con el tono del que es perito en la materia—. ¡Vamos, otra vez!

Desde el fondo de su humillación, contempló Harker al hombre que acababa de hablarle. Se halló con un mocetón de unos cuarenta años, curtido por el sol, afeitado y que seguía a la carreta con paso verdaderamente militar, haciendo molinetes con un garrote que llevaba en la mano. Sus vestidos no estaban muy allá, pero el hombre parecía limpio y lleno de dignidad.

—¡Soy un pobre principiante —murmuró Harker—, y no creía que nadie me oyese!

—¡Pues bien, así me gusta! —dijo el hombre—. Empieza usted algo tardé, pero no importa. ¡Vamos, voy a echarle una mano! ¡Déjeme usted sitio en el pescante!

Un momento después, el hombre se hallaba sentado al lado de Harker y tenía en sus manos el flautín. Sacudió primero el instrumento, mojó la embocadura, como hacen los artistas consumados, pareció esperar la inspiración de arriba, y atacó por último resueltamente una canción popular. Su ejecución dejaba tal vez algo que desear: no sabía dar al flautín esa dulzura aérea que, en ciertas manos, hace competir a este instrumento con los pájaros del bosque. Pero, por el ardor, la viveza y el desembarazo con que tocaba, era un flautista sin rival: Harker era todo oídos, y aquella canción tan bien tocada le llenó de desesperación, dándole a conocer su propia inferioridad. Casi inmediatamente El placer del soldado le hizo olvidar este mezquino sentimiento y excitó en su alma el entusiasmo más generoso.

—¡Ahora le toca a usted! —le dijo el tocador ofreciéndole el flautín.

—¡Oh, no, imposible después de usted! —exclamó Harker—. ¡Usted es un verdadero artista!

—¡De ninguna manera! —respondió modestamente el desconocido—: soy un simple aficionado como usted. ¡Le diré a usted más aún! Yo tengo una manera de tocar el flautín y usted otra y debo declararle que prefiero la suya a la mía. Pero, ya ve usted, yo empecé a tocar cuando era un muchacho y no tenía el gusto formado. ¡Vamos! ¡Toque usted esa canción! ¿Cómo es?…

Fingió hacer grandes esfuerzos para recordarla.

En el pecho de Harker surgió una tímida esperanza, por otra parte insensata. ¡Sería posible! ¿Habría algo de particular en su manera de tocar? La verdad es que él mismo había experimentado a veces la impresión de descubrir en los sonidos que emitía, cierta riqueza poética. ¿Sería acaso un genio? Mientras se dirigía esta pregunta, el desconocido seguía haciendo vanas tentativas para dar con la canción de El gañán.

—¡No —dijo al fin el pobre Harker—, no es eso enteramente! Mire usted cómo empieza… ¡Oh!, lo hago únicamente para indicarle a usted la música.

Diciendo esto tomó el flautín entre sus labios y tocó la canción entera una, dos y hasta tres veces. Su compañero intentó de nuevo tocarla, pero fracasó igualmente. Y cuando Harker comprendió que él, tímido principiante, estaba dando una verdadera lección a aquel flautista consumado, sintió tan inmensa satisfacción que el campo le pareció bañado en los resplandores de su gloria. Imposible me sería a no ser que el lector sea aficionado al flautín, hacerle comprender el grado de vanidad idiota a que llegó el desdichado mozo. Por lo demás, un solo hecho bastará para pintar la situación. A partir de aquel momento fue Harker el único que tocó y su compañero se limitó a oírle y aplaudirle.

Sin embargo, mientras le escuchaba, no echaba en olvido ese hábito de prudencia militar que consiste en enterarse siempre de lo que hay alrededor de sí; gracias a esto, iba calculando el valor de los diversos paquetes que contenía la carreta y esforzándose por adivinar el contenido ya de los paquetes envueltos en papel gris, ya de una magnífica cesta, ya de una caja de madera blanca; al mismo tiempo se decía que aquel gran piano, cuidadosamente embalado, podría ser un bonito negocio si por sus dimensiones no hubiera dificultades para realizarlo. Mirando hacia adelante, divisó nuestro hombre, en un recodo de la pradera un ventorrillo rústico, rodeado de rosas. «¡A fe mía, voy a intentar el golpe!», se dijo por conclusión. E inmediatamente propuso a su compañero tomar una copa.

—Es que… no tengo costumbre de beber —dijo Harker.

—Óigame usted, joven —interrumpió su compañero—. ¡Voy a decirle a

usted quién soy yo! ¡Soy el sargento Brand del ejército colonial! ¡Con esto basta para que sepa usted si soy o no bebedor!

Tal vez no era tan significativa como él suponía la revelación del sargento Brand. Precisamente en circunstancias como éstas hubiera podido intervenir el coro de la tragedia griega, para hacernos notar que el discurso del desconocido no nos explicaba suficientemente lo que venía a hacer de noche, vestido de harapos y en un camino vecinal un sargento del ejército colonial. Nadie mejor que dicho coro hubiera podido dar a entender que, según toda verosimilitud, el sargento Brand debía haber renunciado hacía ya tiempo a la obra magna de la defensa nacional y que al presente, se entregaba a la industria enteramente personal del merodeo y del robo. Pero como no había coro griego por aquellos andurriales, el guerrero se contentó, sin meterse en otras explicaciones autobiográficas, en demostrar que eran dos cosas muy distintas embriagarse de un modo regular y trincar con un amigo.

En el ventorro del León Azul, el sargento Brand presentó a su nuevo amigo, el señor Harker, gran número de ingeniosas mezclas destinadas a impedir la completa embriaguez. Le explicó que el empleo de dichas mezclas era indispensable en el regimiento, porque sin ellas, ni un solo oficial se hallaría en un estado de sobriedad suficiente para poder asistir, por ejemplo, a las revistas de comisario. La más eficaz de estas mezclas consistía en combinar dos pintas de cerveza con cuatro cuartos de ginebra auténtica. Espero que mis lectores, aunque sean paisanos, sabrán utilizar esta receta, ya para sí, ya para un amigo, porque el efecto que produjo en el señor Harker fue en verdad tremendo. El pobre muchacho tuvo necesidad de ayuda para encaramarse al pescante, donde no hizo a partir de aquel momento más que reír y tocar. Así fue que el sargento tuvo naturalmente que tomar las riendas y, como sin duda, cual todo verdadero artista, tenía una preferencia marcada hacia las bellezas más solitarias y agrestes del paisaje inglés, fue apartándose cada vez más del camino principal, para meterse por otros cada vez más extraviados, desiertos y alejados.

Por lo demás, para dar al lector una idea de las vueltas y revueltas que dio la carreta dirigida por el sargento, debería trazar aquí un plano del condado de Middlesex. Desgraciadamente es costosa la reproducción de esta clase de trabajos. Baste decir que a la caída de la tarde la carreta se detuvo en medio de un bosque y que una vez allí, el sargento levantó de entre los fardos con tierna solicitud y colocó sobre un montón de hojas secas el cuerpo inanimado del joven Harker.

«¡Si te despiertas de aquí a mañana, hijo mío —pensó el sargento—, será un milagro!».

Sacó luego suavemente todo lo que había en los bolsillos del carretero

dormido, es decir, principalmente una cantidad de diecisiete chelines y ocho peniques. Inmediatamente se subió al pescante y se puso de nuevo en marcha.

«¡Si supiera siquiera en donde estoy, la broma sería completa! —dijo para sí—. ¡En fin, aquí hay un recodo!».

Torció el recodo y se encontró de pronto en las orillas del Támesis. A cien pasos de distancia brillaban las luces de un yate, y muy cerca, tanto que no podía evitar que le viesen, encontró tres personas una señora y dos caballeros que se dirigieron a él resueltamente. El sargento vaciló un segundo, pero confiando en la obscuridad avanzó. Entonces uno de los dos hombres, el de aspecto más imponente, colocándose en medio de la carretera, alzó un grueso bastón a guisa de señal.

—¡Buen hombre! —gritó—. ¿No ha encontrado usted un carro de transportes?

El sargento Brand repitió con aire embarazoso:

—¿Un carro de transportes?… ¡No, señor!

—¡Ah! —dijo el imponente caballero apartándose para dejarle pasar. La señora y el segundo de los dos hombres se inclinaron hacia adelante y examinaron con viva curiosidad la carreta.

«¿Qué diablos querrán ver?», pensó para sus adentros Brand. Arreó a su caballo, pero no sin volverse discretamente una vez más, lo cual le permitió ver las tres personas de pie en medio de la carretera, como si estuviesen deliberando. No es de extrañar, pues, que entre los gruñidos articulados que salieron entonces de la boca del improvisado carretero, figurase, en primer término, la palabra «policía». Brand arreaba su caballo, el cual galopando lo más que podía (que no era, en resumen, sino un galope muy relativo), corría hacia Great Hamercham. Poco a poco fue debilitándose el ruido de los cascos y el rechinar de las ruedas, y el trío antes citado quedó de pie en la orilla en medio del más profundo silencio.

—¡Es lo más extraordinario del mundo! —exclamaba el más pequeño de los dos hombres—. ¡He reconocido perfectamente el carro!

—¡Y yo he visto un piano! —decía la joven.

—¡Es seguramente el mismo carro! —añadía el joven—. ¡Y lo más extraño es que el carretero no es el mismo!

—¡Debe ser el mismo carretero, Gid! —afirmaba el otro hombre.

—Entonces —preguntaba Gideon—, ¿por qué ha huido?

—¡Tal vez se habrá desbocado su caballo! —apuntó el viejo radical.

—¡De ninguna manera! ¡He oído restallar el látigo! —decía Gideon—. ¡En verdad esto es capaz de desconcertar a uno!

—¡Voy a decir a ustedes lo que creo que debemos hacer! —exclamó la joven—. Vamos a seguir su pista, como dicen en las novelas o, mejor dicho, vamos a seguirla en sentido contrario, marchando hacia el punto de donde venía. ¡Seguramente encontraremos alguien que le haya visto y nos dé noticias!

—¡Sí, perfectamente, hagámoslo así, aunque sólo sea por lo extraño del caso! —dijo Gideon.

Lo «extraño del caso» consistía sin duda para él en que semejante excursión le permitiría estar al lado de miss Hazeltine. En cuanto el señor Bloomfield, el tal proyecto le agradaba mucho menos. Y cuando hubieron recorrido unos cien pasos por un camino desierto, entre una tapia por un lado y una cuneta por otro, el presidente del Club Radical dio la señal de alto.

—¡Lo que estamos haciendo no tiene visos de sentido común! —dijo.

Pero apenas se extinguió el ruido de sus pasos, llegó a oídos de nuestros amigos otro ruido que salía misteriosamente de un bosquecillo inmediato.

—¿Qué es eso? —exclamó Julia.

—¡No sé lo que podrá ser! —dijo Gideon—, haciendo ademán de querer entrar en el bosquecillo.

El radical blandió su bastón como si fuera una espada.

—¡Gideon, mi querido Gideon!… —empezó a decir.

—¡Señor Forsyth, por piedad, no dé usted un paso más! —dijo Julia—. ¿Qué sabe usted lo que puede haber ahí? ¡Tengo miedo por usted!

—¡Aun cuando hubiera de encontrar al diablo en persona —respondió Gideon resueltamente—, quiero ver lo que hay ahí!

—¡No hay que precipitarse, Gideon! —gritaba su tío.

El abogado se encaminó hacia donde sonaba el ruido, que presentaba en verdad un carácter monstruoso, pues en él resultaban combinados de la manera menos natural, los gritos de la vaca y de la sirena del barco con el zumbido del mosquito. Entre los árboles yacía una masa negra que no dejaba de tener cierto parecido con la forma humana.

—¡Es un hombre —dijo Gideon—, y nada más que un hombre! ¡Está dormido y ronca! ¡Eh, buen hombre! —dijo y añadió enseguida—: Parece que no quiere despertarse.

Gideon encendió una cerilla y a su resplandor reconoció la cabeza rojiza

del carretero que se había comprometido a llevarle el piano.

—¡Aquí está mi hombre, borracho como un cerdo! —dijo—. ¡Empiezo a comprender lo que ha pasado!

Y expuso a sus dos compañeros, que se habían arriesgado a incorporársele, su hipótesis acerca de la forma en que el carretero se había visto separado de su vehículo.

—¡Qué abominable bruto! —dijo el tío—. ¡Despertémosle e impongámosle el castigo que merece!

—¡Guardémonos de ello! —dijo Gideon—. ¡Lo primero que debemos evitar es que nos vea juntos! Además, querido tío, a decir verdad, debo a este buen hombre el más profundo agradecimiento, porque su borrachera es el suceso más fausto para mí. No podían ir las cosas mejor. ¡Me parece, querido tío, que ahora ya estoy completamente libre!

—¿Libre de qué? —preguntó el radical.

—¡Pues de todo el asunto! —exclamó Gideon—. El carretero improvisado ha incurrido en la infeliz necedad de robar el carro con el piano y su contenido. Por lo demás, no sé ni me importa saber lo que piensa hacer con ello. De todos modos mis manos quedan libres. ¡Jimson ha dejado de existir! ¡Felicítenme ustedes, mi querido tío… mi querida Julia! ¡Oh, querida Julia!…

—¡Gideon, Gideon! —dijo el tío.

—¡Oh, no hay en esto ningún mal, mi querido tío, puesto que nos vamos a casar muy pronto! —dijo Gideon—. ¡Recuerde usted muy bien que nos lo ha dicho hace poco en el pabellón!

—¿Yo? —preguntó el tío sorprendido—. ¡Estoy seguro de no haber dicho semejante cosa!

—¡Suplíqueselo usted, júrele usted que lo ha dicho, invoque su buen corazón! —exclamó Gideon dirigiéndose a Julia—. ¡Cuando deja hablar su corazón no tiene igual en el mundo!

—¡Mi querido señor Bloomfield —dijo Julia—, Gideon es tan buen muchacho y me ha prometido de tal modo trabajar en su carrera, que estoy segura que lo hará! ¡Lo malo es que yo no tengo un cuarto! —añadió la joven.

—¡El tío Edward tiene por dos, querida señorita, como le decía a usted hace poco este tunante! —respondió el radical—. ¡Y no puedo olvidar que ha sido usted vergonzosamente despojada de su fortuna! ¡Por consiguiente ahora que nadie nos mira, bese usted a su tío Edward!… ¡En cuanto a usted, miserable —repuso cuando dicha ceremonia quedó debidamente realizada—, esta encantadora joven va a ser su esposa, y es seguramente mucho más de lo

que usted merece! Pero ahora, ¡volvamos inmediatamente al pabellón y después al yate para regresar a Londres!

—¡Magnífico, a pedir de boca! —exclamó Gideon—. ¡Y mañana no habrá Jimson, ni carro, ni piano! ¡Y cuando ese buen hombre se despierte, podrá decir que todo este negocio ha sido un sueño!

—¡Sí —dijo el tío Edward—, pero habrá otro hombre que tendrá un despertar muy distinto! ¡El tunante que ha robado el carro echará de ver que se ha pasado de listo!

—Mi querido tío —dijo Gideon—, soy feliz como un rey; mi corazón salta como una pelota, mis talones parece que tienen alas; me veo libre de todos mis apuros y tengo segura la mano de Julia. En tales condiciones, ¿cómo he de poder dar abrigo en mi pecho a sentimientos de crueldad? No; ¡sólo hay sitio en mí para una bondad angelical! Y cuando pienso en ese pobre y desdichado diablo con su carreta, exclamo desde el fondo de mi corazón: ¡Dios le ayude!

—¡Amén! —respondió el tío Edward.

XIII

Las tribulaciones de Maurice (II)

Si nuestra literatura hubiese conservado sus antiguas tradiciones de reserva y cortesía clásicas, yo no rebajaría mi dignidad de escritor hasta el punto de describir a mis lectores las angustias de Maurice; es éste uno de los asuntos que, por la misma intensidad de su realismo, debería estar excluido de toda obra de arte digna de este nombre. Pero precisamente el gusto del día se inclina a los asuntos de este género; el lector desea que expongan a sus miradas los más recónditos repliegues de un héroe de novela, y nada le agrada tanto como el espectáculo de un corazón ensangrentado que se presenta ante él en toda su desnudez. Aun así no bastaría semejante reflexión si el repugnante asunto que voy a tratar no tuviese además un alcance altamente moralizador. ¡Tendré conciencia de no haber trabajado en vano, si mi relato puede impedir a uno solo de mis lectores lanzarse al crimen a la ligera, sin haberse rodeado de las más minuciosas, precauciones!

Al día siguiente de la visita de Michael, cuando Maurice se despertó del profundo sueño que le había producido su desesperación, echó de ver que sus manos temblaban, que sus ojos apenas podían abrirse, que su garganta se abrasaba y que su digestión estaba paralizada. «¡Y bien sabe Dios sin embargo, que no es por exceso en la comida!», se dijo el desdichado. Después se levantó a fin de reflexionar más fríamente en su situación. Nada dará mejor

idea de las perturbaciones que agitaban su pensamiento que la exposición metódica de los angustiosos problemas que surgían ante él.

Así pues, para comodidad del lector, voy a clasificarlos por números; pero no tengo necesidad de decir que en el cerebro de Maurice se mezclaban y arremolinaban en conjunto, como una nube de polvo. Y, siempre para comodidad del lector, voy a poner a cada uno de dichos angustiosos problemas un título. ¡Obsérvese, además, que cada uno de ellos bastaría por sí solo para asegurar el éxito de un folletín!

Problema número 1: ¿Dónde está el cadáver o el misterio de Bent Pitman? Para Maurice no ofrecía la menor duda que Bent Pitman pertenecía a la más tenebrosa especie dé los criminales de profesión. Cualquier hombre, por poca honradez que tuviese, no hubiera cobrado el cheque; y por muy escasa que fuese su dosis de humanidad, no hubiera aceptado en silencio el trágico contenido del tonel; además, sólo un asesino experto habría podido hallar los medios de hacer desaparecer el cadáver sin dejar rastro. Esta serie de deducciones dio por resultado el presentar a Bent Pitman a los ojos de Maurice como la más siniestra imagen de un monstruo. Evidentemente aquel ser infernal, para desembarazarse del cadáver no había tenido más que hacer que precipitarlo por una trampa que había en su trascocina (Maurice había leído algo parecido en una novela por entregas); y ahora aquel bandido vivía en una orgía de lujo, gracias al importe del cheque. Por otra parte, era lo más favorable que podía desear Maurice en su situación. Lo malo es que, dados los hábitos de loca prodigalidad de un hombre como Bent Pitman, las ochocientas libras podían durar apenas una semana. Y una vez derretida semejante suma, ¿qué haría enseguida el espantoso personaje? Una voz diabólica respondía a Maurice desde el fondo de su propio pecho: «¿Sabes lo que hará enseguida? ¡Pues te hará cantar!».

Problema núm. 2: Problema de la tontina o ¿ha muerto el tío Mastermann? ¡Era por demás inquietante este problema, y, sin embargo, de él dependían todas las esperanzas de Maurice! Había intentado intimidad, y corromper a Catherine, pero sus tentativas habían fracasado. Seguía teniendo siempre la convicción «moral» de que su tío Mastermann había muerto: pero no es cosa fácil hacer cantar a un sutil legista, fundándose únicamente en una convicción moral. Eso sin contar que, después de la visita de Michael, semejante plan ofrecía muchos menos atractivos que antes a la imaginación de Maurice. «¿Es Michael hombre a quien se puede hacer cantar fácilmente? —se preguntaba—. ¿Soy yo, acaso, el hombre a propósito para hacer cantar a Michael?». Eran éstas cuestiones graves, solemnes y terribles. «No quiere decir que yo le tenga miedo —añadía Maurice para tranquilizarse—; pero a mí me gusta pisar terreno firme, y no veo medio de conseguirlo. ¡De todos modos, cuán diferente es la vida real de las novelas! En una novela, apenas metido yo en este enredo,

habría encontrado seguramente un tunante sombrío y misterioso que se hubiera convertido en mi cómplice, que habría visto enseguida lo que había que hacer, y que probablemente se habría introducido en casa de Michael, donde no habría encontrado más que una estatua de cera; después de lo cual, por lo demás, el tal cómplice no habría dejado de hacerme cantar, y hasta me habría asesinado por añadidura. Mientras que, en la realidad, podría yo estar recorriendo día y noche las calles de Londres, hasta reventar de cansancio, sin que se fijase en mí ni un solo criminal… ¡Y sin embargo, desde este punto de vista. Bent Pitman desempeña próximamente ese papel!», repuso con aire pensativo.

Problema núm. 3: La casita de Browndean o el cómplice recalcitrante. Porque había también un cómplice; y el tal cómplice estaba aburriéndose soberanamente en un pantano de Hampshire, con los bolsillos vacíos. ¿Qué podía hacerse por aquel lado? Maurice pensó que hubiera debido enviar, por lo menos, alguna cosa a su hermano, aunque sólo fuese una simple libranza de cinco chelines, a fin de que tuviese paciencia, procurándole esperanza, cerveza y tabaco. «¿Pero cómo hubiera yo podido enviarle la más insignificante suma?», gimió el triste mozo, explorando sus bolsillos, de donde sacó exactamente cuatro piezas de un chelín y dieciocho cuartos. Para un hombre en la situación de Maurice, en guerra abierta contra la sociedad, y teniendo que dirigir, con su inexperta mano, los hilos de la más embrollada intriga, hay que confesar que esta suma era insignificante. ¡Tanto peor! ¡John se arreglaría como pudiera!

—Sí, pero —añadía entonces con voz diabólica—, ¿cómo quieres que salga del atolladero aunque fuera cien veces menos estúpido de lo que es?

Problema núm. 4: El comercio de cueros o al fin hemos hecho quiebra. Costumbres londinenses. Acerca de este punto especial, Maurice carecía de noticias. No se había atrevido aún a poner los pies en su oficina, y, sin embargo, comprendía que no iba a tener más remedio que ir. Pero ¿qué había de hacer una vez en la oficina? No tendría derecho para firmar nada con su propio nombre y con la mejor voluntad del mundo, empezaba a comprender que jamás lograría falsificar la firma de su tío. En tales condiciones, no podía hacer nada para contener la ruina. Y cuando la ruina llegase a producirse, cuando los ojos escrutadores de los peritos examinasen hasta los menores detalles de las cuentas de la casa, no dejarían de dirigir al desdichado insolvente estas dos preguntas: 1.ª ¿Dónde está el señor Joseph Finsbury? 2.ª ¿Qué significaba cierta visita al Banco? Eran éstas unas preguntas tan fáciles de hacer como imposibles de contestar. Y si no lograba responder a ellas, tendría que ir seguramente a la cárcel, y más tarde a presidio. Maurice estaba afeitándose cuando se presentó a su mente semejante eventualidad, y se apresuró a dejar la navaja. Tenemos, por una parte, según la expresión de

Maurice, «la desaparición total de un tío rico»; tenemos, por otra, una serie de actos extraños e inexplicables, realizados por un sobrino que sentía hacia el desaparecido un odio implacable (qué admirable conjunto de circunstancias para un error judicial). «No —dijo Maurice—, no llegarán hasta el punto de considerarme como un asesino. Pero, francamente, no hay en el Código un solo crimen (excepto tal vez el de incendio) que yo no haya, al parecer, cometido a los ojos de la ley. ¡Y sin embargo, soy un hombre honrado a carta cabal, que no ha deseado nunca más que cobrar lo que le deben! ¡Ah, bonitas están las leyes!».

Tras esta reflexión, que se hallaba bien arraigada en su espíritu, bajó Maurice las escaleras de su casa de John Street; estaba a medio afeitar. En el buzón de las cartas encontró una que, por la letra, conoció ser de John, que daba señales de impaciencia.

—¡En verdad, el destino hubiera podido evitarme esto por lo menos! —dijo amargamente, y rompió el sobre.

«¡Querido Maurice —leyó—, empiezo a creer que me estás tomando el pelo! Me encuentro aquí en la situación más espantosa; me veo obligado a vivir de gorra, y como tú comprenderás, ¡cada día es más difícil! ¡Acuérdate bien de que no tengo sábanas! ¡Necesito dinero! ¿Me entiendes? ¡Ya me va cargando este infundio! En mi lugar nadie hubiera aguantado. Hace dos días que me hubiera largado, si hubiera tenido con qué tomar el tren. ¡Vamos, Maurice, no te obstines en tu locura! ¡Figúrate cuál será mi terrible situación! ¡Voy a tener que pedir prestado el sello para esta carta! ¡Te lo aseguro bajo palabra de honor! Tu hermano que te quiere, J. Finsbury».

«¡Qué bruto! —pensó Maurice, metiéndose la carta en el bolsillo—. ¿Qué quiere que haga por él? ¡Voy a tener que afeitarme en casa del peluquero, porque mi pulso no está firme! ¿Dónde quiere que encuentre yo dinero para enviárselo? Comprendo que su situación no tiene nada de divertida, pero ¿estoy yo acaso en la gloria?… Por lo menos hay en su carta una cosa que me consuela. ¡No teniendo un cuarto, tiene que quedarse allí quieras que no!».

Luego añadió en un nuevo arranque:

—¡Se atreve a quejarse el animal, y, sin embargo, no ha oído nunca el nombre de Bent Pitman! ¿Qué haría si tuviese encima todo lo que yo tengo?

No eran estos argumentos de una honradez irreprochable, y el escrupuloso Maurice se daba cuenta de ello. No podía ocultársele que su hermano John estaba muy lejos de hallarse en la gloria, en el pantanoso cottage de Browndean, sin noticias, sin dinero, sin sábanas, sin la menor sombra de compañía o distracción. De tal suerte que después de afeitado, Maurice llegó a concebir la necesidad de un arreglo.

—El pobre John —dijo para sí— se halla en una situación verdaderamente espantosa. ¡Ya que no le puedo enviar dinero, le enviaré algo que le agrade, como el Léame usted! ¡Eso le dará ánimo, y además contribuirá a que le hagan más fácilmente crédito, al ver que recibe algo por el correo!

En consecuencia de esto, al dirigirse a la oficina compró Maurice, para enviárselo a su hermano, un número de tan divertida publicación, al que (en un acceso de remordimiento) agregó el Atheneum, La vida cristiana y La semana pintoresca. De esta suerte se halló John provisto de literatura, y Maurice tuvo la satisfacción de sentirse hombre de conciencia.

Como si el Cielo hubiera querido recompensarle, tuvo la sorpresa, al llegar a la oficina, de encontrar excelentes noticias. Los pedidos afluían; los almacenes se vaciaban y el precio del cuero no dejaba de subir. El gerente mismo estaba encantado. En cuanto a Maurice —que había llegado a olvidar que pudiese haber en el mundo alguna buena noticia—, hubiera sollozado de alegría de buen grado, como un chiquillo, y hubiera estrechado entre sus brazos al gerente de la casa, hombre viejo, muy seco y de pobladas cejas; y hasta hubiera llegado a dar a cada uno de los empleados de la oficina una gratificación (¡oh, muy pequeña!). Y mientras que sentado a su mesa iba abriendo el correo, cantaba en su cerebro un coro de alegres pájaros, con arreglo a un ritmo encantador: «¡Este viejo negocio de los cueros puede dar aún de sí mucho bueno, mucho bueno, mucho bueno!».

En medio de este oasis moral, le halló cierto Rogerson, uno de los acreedores de la casa. Pero Rogerson no era un acreedor molesto, porque sus relaciones con la casa Finsbury databan de muy largo tiempo, y más de una vez había tenido que conceder largos plazos.

—¡Querido Finsbury —dijo con cierto embarazo—, tengo que participarle a usted una cosa que tal vez le moleste! El hecho es que… me he visto sin fondos y ya sabe usted lo que es… en una palabra…

—¡Ya sabe usted que nunca hemos tenido la costumbre de pagarle al primer plazo! —respondió Maurice palideciendo—, pero deme usted tiempo para poderme remover y veré lo que puedo hacer. Por lo menos, creo que puedo prometerle una buena cantidad a cuenta.

—¡El caso es que!… —tartamudeó Rogerson—, me he dejado tentar y he cedido mi crédito.

—¡Cedido su crédito! —repitió Maurice—. ¡He ahí un proceder que no podíamos esperar seguramente de su parte, señor Rogerson!

—¡Bah, me han ofrecido el ciento por ciento, a tocateja y en metálico! —murmuró Rogerson.

—¡Ciento por ciento! —exclamó Maurice—. ¡Pues eso le hace a usted algo como treinta por ciento de beneficio! ¡Cosa singular! Y ¿quién es el comprador?

—Un hombre a quien no conozco —respondió el acreedor—. Un tal Moss.

«¡Un judío! —pensó Maurice apenas salió el acreedor—. ¿Qué puede importarle a un judío un crédito sobre la casa Finsbury? ¿Qué interés puede tener en pagarla a ese precio?».

Ese precio justificaba la conducta de Rogerson: Maurice convenía en ello. Pero demostraba, al mismo tiempo, por parte de Moss, un extraño deseo de convertirse en acreedor de la casa de cueros. ¡El crédito podía ser presentado de un momento a otro, y tal vez aquel mismo día! ¿Y por qué? El misterio de Moss amenazaba convertirse en otro misterio Pitman. «¡Y eso en el momento en que todo parecía presentarse bajo mejores auspicios!», gimió Maurice, dando con la cabeza contra la pared. En el mismo instante le anunciaron la visita del señor Moss.

Moss era un judío del género resplandeciente, con una elegancia de mal gusto y una cortesía ofensiva. Declaró que, en todo aquello, obraba en nombre de tercero; él mismo no comprendía una palabra del asunto; su cliente le había dado órdenes formales. El susodicho cliente tenía interés en cobrar; pero si la cosa era absolutamente imposible por el momento, aceptaría un cheque pagadero a sesenta días.

—¡No sé lo que todo esto significa! —dijo Maurice—, ¿qué motivo puede impulsarle a usted a comprar un crédito a semejante precio?

El señor Moss tampoco tenía la menor idea de ello: se había limitado a ejercer las órdenes de su cliente.

—¡Todo esto es absolutamente irregular! —dijo al fin Maurice—. Es contrario a los usos comerciales. ¿Qué instrucciones tiene usted para el caso en que yo me niegue?

—En tal caso, tengo orden de dirigirme a su tío Joseph Finsbury, jefe de la casa —respondió el judío—. Mi cliente ha insistido muy especialmente en este punto. Me ha dicho que ese señor era el único que tenía aquí títulos… ¡dispense usted, la expresión no es mía!

—¡Es imposible que vea usted a mi tío, que está enfermo! —dijo Maurice.

—En ese caso, tengo orden de entregar el asunto en manos de un procurador. ¡Voy a ver! —continuó el señor Moss, consultando su cartera—. ¡Hombre, he aquí uno, Michael Finsbury, que tal vez sea pariente de usted! Me alegraría mucho, porque de esta suerte se podría arreglar el asunto amistosamente.

Caer en manos de Michael era demasiado para Maurice. Así es que se arriesgó. ¿Qué tenía que temer de un cheque a sesenta días? ¡Dentro de sesenta días estaría probablemente muerto o por lo menos en prisión! Así es que mandó a su gerente que diese al señor Moss una butaca y un periódico.

—¡Voy a ir a hacer firmar el cheque por mi tío —dijo—, está enfermo en nuestra casa de John Street!

Un coche para ir y otro para venir dejaron temblando su capital. Calculó que después de marcharse el señor Moss, toda su fortuna quedaría reducida a diecisiete cuartos. Pero lo más sensible era que, para salir del paso, había tenido que transportar al tío Joseph a Bloomsbury.

—¡Triste de mí! —decía—. En adelante es inútil que John permanezca en él Hampshire. ¡En cuanto a saber cuánto he de poder hacer durar la broma, que me cuelguen si puedo decirlo! Con mi tío en Browndean, era ya casi imposible; con mi tío en Bloomsbury, excede a toda fuerza humana. Por lo menos a las mías, ¡porque, en fin, es lo mismo que hace Michael con el cuerpo de mi tío Mastermann! Pero él, ya se ve, tiene cómplices como su vieja ama de llaves y seguramente algunos otros bribones clientes suyos. ¡Oh, si yo pudiera hallar cómplices!

La necesidad es la madre de todas las artes humanas. Aguijoneado por ella Maurice, quedó sorprendido al observar la ligereza, resolución y excelente aspecto de su nueva falsificación. Tres cuartos de hora después entregaba al señor Moss un cheque, en que se ostentaba gallardamente la firma de su tío Joseph.

—¡Magnífico! —declaró el israelita levantándose—. Ahora tengo orden de decir a usted que este cheque no le será presentado a usted a su vencimiento, pero que debe usted estar muy sobre aviso.

La habitación empezó a bailar en tomo a Maurice.

—¡Cómo! ¿Qué dice usted? —exclamó, agarrándose a la mesa—, ¿qué quiere usted decir? ¿Que el cheque no será presentado?… ¿Por qué debo estar sobre aviso? ¿Qué lío es éste?

—Le aseguro a usted, señor Finsbury —respondió el hebreo con amable sonrisa—, que no tengo la menor idea. Se trata de un mensaje que me han encomendado, y mi cliente ha puesto en mi boca esas palabras que parecen producirle a usted tan grande agitación.

—¿Cuál es el nombre de su cliente? —preguntó Maurice.

—Mi cliente desea, por ahora, guardar el incógnito —respondió el señor Moss.

Maurice se inclinó hacia él y le dijo con voz ahogada:

—¿No es… el Banco?

—¡Siento en el alma no estar autorizado para decirle una palabra más! —respondió el señor Moss—. Y ahora, si usted me lo permite, tengo el gusto de despedirme de usted.

Apenas se quedó solo, Maurice cogió el sombrero y salió huyendo de su despacho, como un loco. No se detuvo hasta pasadas dos o tres calles, para decir con una especie de gruñido: ¡Hubiera debido pedir prestado al gerente! ¡Pero ahora es demasiado tarde para volver únicamente para eso! ¡Me encuentro sin un cuarto, absolutamente sin un cuarto, como los obreros sin trabajo!

Volvió a su casa y se sentó melancólicamente en el comedor. Jamás había hecho Newton un esfuerzo de pensamiento tan vigoroso como el que hizo entonces aquella víctima de las circunstancias. Pero dicho esfuerzo resultó estéril.

—No sé si esto depende de un efecto de mi espíritu —dijo para sí—; pero el hecho es que me parece que mi mala suerte tiene algo de antinatural. ¡Valdría la pena escribir al Times! ¿Qué digo? ¡Hasta valdría la pena hacer una revolución! Y lo peor del caso es que necesito inmediatamente dinero. En cuanto a la moralidad, no tengo para qué ocuparme de ella: hace largo tiempo que dejé atrás esta frase. Lo que necesito ahora es dinero, y enseguida; y el único medio que tengo de procurármelo es Bent Pitman. Bent Pitman es un criminal, y por consiguiente, debe tener más de un lado flaco. ¡Debe conservar aún parte de las ochocientas libras y es preciso, a todo trance, que le obligue a partir conmigo! Aun en el caso de que no le quedase nada, le referiría lo de la tontina, y con un tunante como él, malo sería que no llegásemos a un resultado.

Todo esto era muy bonito, pero había que echar la mano al tal Pitman y Maurice no veía muy claro el medio de que había de valerse. El único posible de hacer llegar a Pitman sus noticias era insertar un anuncio en los periódicos; pero ¿en qué términos había que redactar el anuncio, dónde se había de dar la cita y a nombre de quién? Citarle en Bloomsbury, en la casa de John Street, hubiera sido muy peligroso, tratándose de un tunante de su calaña que de este modo sabría las señas de Maurice y no dejaría de aprovecharlas más tarde. ¿Fijar la cita en casa de Pitman? Era más peligroso aún. Maurice se figuraba perfectamente lo que debía ser aquella casa, un siniestro tugurio en Holloway, con una trampa secreta en cada habitación; una casa donde podía uno entrar con gabán de verano y botas de charol, para salir una hora más tarde convertido en picadillo en el cesto de un carnicero. Por otra parte, era éste el inconveniente fatal de hallarse en relaciones con un cómplice demasiado atrevido. Maurice se daba perfectamente cuenta de ello, no sin sentir un ligero

escalofrío.

—¡Jamás me hubiera figurado que había de llegar algún día a ambicionar la amistad de un hombre semejante! —se decía.

Al fin se le ocurrió una idea feliz. La estación de Waterloo era un sitio público y sin embargo no muy frecuentado a ciertas horas. El nombre mismo de dicho lugar debía hacer latir más violentamente el corazón de Pitman; la elección de semejante punto de cita debía indicar al rufián que, por lo menos, conocían uno de sus secretos.

Maurice tomó una hoja de papel y empezó a redactar el anuncio:

ANUNCIO

William Bent Pitman

Si por casualidad llega a leer este anuncio, sepa que podrán decirle algo ventajoso para él, el domingo próximo, de dos a cuatro de la tarde, en la estación de salida de Waterloo.

Maurice volvió a leer con mayor satisfacción el pequeño trozo literario que acababa de improvisar.

—No está del todo mal —se dijo—. Algo ventajoso para él; no es muy exacto que digamos; pero es tentador y original; además, no hay que prestar juramento para insertar un anuncio. Todo lo que pido al Cielo, hasta el domingo, es poderme procurar algún dinero para mis comidas, para el anuncio y también para… Pero no, no hay que derrochar los fondos enviando un giro a John. Me contentaré con enviarle nuevamente algunos periódicos cómicos. Sí, pero ¿dónde hallar el dinero?

Se acercó al armario donde se hallaba la colección de sortijas de sello… Pero de pronto, su instinto de coleccionista se reveló contra tal intento.

—¡No, no, de ninguna manera! —exclamó—. ¡Por nada del mundo descabalaré la colección! Antes robar.

Corrió al salón y se apoderó apresuradamente de algunas curiosidades traídas en otro tiempo por el tío Joseph: un par de babuchas turcas, un abanico de Esmirna, un mosquete garantizado como procedente de un bandido de Tracia, un narguile egipcio y un puñado de conchas con sus nombres escritos en latín sobre unas etiquetas.

XIV

Donde William Dent Pitman se entera de algo ventajoso para él

El domingo por la mañana se levantó William Dent Pitman a la hora de costumbre en una disposición de ánimo algo menos melancólica que la que le produjo la llegada del malhadado tonel.

Hay que advertir que la víspera de dicho domingo se había aumentado fructuosamente su familia con un nuevo huésped.

Éste había sido llevado por Michael Finsbury, el cual había fijado el precio de la pensión y garantizado el pago regular de la misma; pero sin duda, por un nuevo efecto de su irresistible manía de embromar, Michael había hecho a Pitman el retrato menos ventajoso posible del anciano a quien instalaba en su hogar. Había dado a entender al artista que aquel anciano, que por otra parte era su pariente próximo, debía ser tratado con gran desconfianza.

—Procure usted evitar familiaridad con él. ¡Conozco pocos hombres cuyo trato sea tan peligroso!

Por esta causa Pitman empezó por tratar a su huésped con gran circunspección pero quedó muy sorprendido al descubrir que aquel anciano que le habían asegurado ser tan terrible era en realidad un hombre excelente.

Durante la comida el huésped llevó su complacencia hasta conversar con los tres hijos de Pitman a quienes enseñó una multitud de curiosos detalles acerca de diversos asuntos; luego se estuvo hablando con el artista, en el taller de este último, hasta la una de la madrugada, deslumbrándole con la variedad y seguridad de sus conocimientos. En una palabra, el bueno de Pitman había quedado encantado y, al recordar la excelente velada de la víspera, aparecía en su semblante una sonrisa que no era habitual en él.

«Ese señor Finsbury es para nosotros una adquisición inestimable», pensaba, mientras se estaba afeitando delante de la ventana.

Y cuando terminado su tocado, entró en el comedorcito, donde estaba ya servido el desayuno, estrechó la mano de su huésped casi con la cordialidad de un antiguo amigo.

—Me alegro en el alma de verle a usted —le dijo—, ¿ha pasado usted bien la noche?

—Las personas de costumbres sedentarias se suelen quejar de la perturbación que causa en un sueño el dormir en nueva cama —respondió el huésped—. Yo sé muy bien que el número de esas personas, según la estadística, es más considerable aún de lo que podría suponerse. Y cuando digo «el dormir en nueva cama», se entiende que es un modo de hablar, pues la nueva cama puede ser una cama antigua. Por este estilo hay en nuestra lengua multitud de locuciones extrañas que deberían rectificarse. Por lo que a

mí toca, caballero, como estoy acostumbrado desde hace tiempo a una vida de cambio casi continuo, debo declararle que he dormido perfectamente.

—¡Me alegro mucho! —dijo con gran calor el profesor de dibujo—. ¡Pero creo que le he interrumpido a usted en la lectura del periódico!

—El periódico del domingo es una novedad en nuestra época —respondió el señor Finsbury—. Dícese que en América son más numerosos que entre nosotros estos periódicos dominicales. Gran número de ellos tienen centenares de columnas, de las que por lo menos la mitad están destinadas a los anuncios. En otros países aparecen los periódicos diarios hasta el domingo, de suerte que esta clase de periódicos especiales no tienen allí razón de ser. El periodismo contemporáneo, caballero, se manifiesta bajo infinita variedad de formas, lo cual no le impide ser en todas partes, y en el mismo grado, el gran agente de la educación y del progreso humanos. ¿Quién podría creer, caballero, que una cosa tan indispensable no ha existido siempre? Y sin embargo, los periódicos son de invención relativamente reciente; el primero… pero todo esto, por muy interesante que sea su conocimiento, no es, por mi parte, más que una simple digresión. Lo que me proponía preguntar a usted es lo siguiente. ¿Es usted, como yo, lector asiduo de nuestra prensa nacional?

—¡Oh, ya sabe usted —dijo Pitman, procurando excusarse—, que para nosotros los artistas, la prensa no puede ofrecer el mismo interés que para!…

—En tal caso —interrumpió Joseph—, es posible que no haya usted visto un anuncio que ha aparecido en varios periódicos, y que encuentro esta mañana en el Sunday Times. El nombre, salvo una ligera variante de poca importancia, se parece mucho al de usted. Si usted gusta, se lo leeré en voz alta.

Y con el tono de que se servía para hablar el público, leyó:

ANUNCIO

William Bent Pitman

Si por casualidad llega a leer este anuncio, sepa que podrán decirle algo ventajoso para él, el domingo próximo, de dos a cuatro de la tarde, en la estación de salida de Waterloo.

—¡De veras está impreso en el periódico! —exclamó Pitman—. ¡Veamos! Bent debe ser una errata de imprenta. ¿Algo ventajoso para mí? Señor Finsbury, permítame usted que le pida un favor. Comprendo que tal vez le parezca extraño lo que voy a decirle, pero hay razones de orden privado que me hacen desear que este asunto no salga de entre nosotros. No quisiera que mis hijos… Le aseguro a usted, amigo mío, que no hay en esto nada deshonroso para mí: son razones de carácter íntimo y nada más. Para

tranquilizar su conciencia, debo decirle a usted que el asunto en cuestión lo conoce nuestro común amigo don Michael, que me honra con su amistad y estima.

—¡Una sola palabra bastaba, señor Pitman! —respondió Joseph, haciendo una de sus reverencias orientales.

Media hora después, el profesor de dibujo halló a Michael en la cama, leyendo; presentaba la más perfecta imagen del descanso y del buen humor.

—¡Buenos días, Pitman! —dijo, dejando el libro—. ¿Qué buen viento le trae por aquí a estas horas? Debería usted estar en la iglesia, amigo mío.

—¡No estoy hoy para ir a la iglesia, señor Finsbury! —respondió el artista —. ¡Me amenaza una nueva catástrofe! —Diciendo esto, alargó a Michael el anuncio del periódico.

—¿Cómo? ¿Qué quiere decir esto? —exclamó Michael sobresaltado.

Pero después de haber estudiado el anuncio durante algún tiempo añadió:

—¡Pitman, este documento sólo me inspira risa!

—¡Sin embargo, no creo que deba despreciarse! —murmuró Pitman.

—¡Suponía que ya debía estar usted harto de la estación de Waterloo! —respondió Michael—. ¿Se sentiría usted atraído hacia ella por algún impulso mórbido? ¡En realidad, desde que no lleva usted la barba, parece usted completamente otro! ¡Empiezo a creer que tenía usted la sensatez en la barba!

—¡Señor Finsbury! —dijo el profesor de dibujo—, la nueva complicación que acaba de producir en mi vida este anuncio, me ha hecho reflexionar largamente, y, si usted me lo permite, voy a exponerle el resultado de mis reflexiones.

—¡Adelante! —dijo Michael—. ¡Pero no olvide usted que hoy es domingo, y que no hay que emplear el tiempo en palabras inútiles!

—Nos hallamos en presencia de tres hipótesis —empezó diciendo Pitman —. Primera: este anuncio puede referirse al asunto del tonel; segunda: puede referirse a la estatua del señor Semitopolis; tercera y última: puede emanar del hermano de mi difunta esposa, que partió hace veinte años para Australia, y no ha vuelto a dar señales de vida. En el primer caso, asunto del tonel, no dudo que la abstención sería para mí el partido más prudente.

—¡Conformes, señor Pitman! —dijo Michael—. ¡Adelante con los faroles!

—En el segundo caso —dijo Pitman—, tengo el deber de no despreciar nada de cuanto pueda ayudarme a encontrar la estatua desgraciadamente extraviada.

—¡Pero, amigo mío, usted mismo se ha dicho anteayer que el señor Semitopolis le ha descargado de toda responsabilidad en el accidente! ¿Qué más quiere usted?

—Soy del parecer, amigo mío, salvo error, que la irreprochable corrección de la conducta del señor Semitopolis me impone más imperiosamente aún el deber de buscar la estatua —respondió el profesor de dibujo—. Comprendo lo ilegal y reprensible de mi actitud al iniciarse este asunto, pero es una razón más que me obliga a esforzarme en cumplir como caballero. —Al decir esto Pitman se puso colorado como una amapola.

—¡A eso no tengo nada que objetar! —declaró Michael—. Yo mismo he pensado con frecuencia que me gustaría algún día esforzarme en obrar como caballero. Pero tendré que dejarlo para más tarde, cuando me retire de los negocios. ¡Por desgracia, mi profesión me hace provisionalmente casi imposible la cosa!

—En la tercera hipótesis —continuó Pitman—, si el autor del anuncio es mi cuñado Tim, naturalmente sería la fortuna para mi familia.

—¡Sí, pero desgraciadamente, el autor del anuncio no es su cuñado Tim!

—¿Ha observado usted una expresión que me parece digna de notarse en este anuncio: algo ventajoso para él?

—¡Es usted un cordero inocente! —respondió Michael—. Esa expresión es una de las que más se ha usado en nuestra lengua, y prueba únicamente que el autor del anuncio es un imbécil. ¡Vamos a ver! ¿Quiere usted que eche por tierra de un soplo su castillo de naipes? ¡Pues oiga usted! ¿Sería su cuñado Tim capaz de cometer un error tan grosero, poniendo Bent en lugar de Dent? No quiere decir que en sí misma la corrección me desagrade, hasta la encuentro admirablemente juiciosa, y hasta estoy resuelto a adoptarla yo mismo en adelante en mis relaciones con usted. Pero ¿cree verosímil que proceda de su cuñado?

—No me parece, en efecto, muy natural —respondió Pitman—. Pero ¿quién sabe si el pobre hombre ha perdido la cabeza allá en Australia?

—Razonando de esta suerte, amigo Pitman —dijo Michael—, se podría deducir igualmente que la autora del anuncio era Su Majestad la Reina Victoria, ansiosa de concederle el título de barón. Dejo a la consideración de usted el juzgar de la probabilidad de esta hipótesis, que, sin embargo, lo mismo que la hipótesis de usted relativa al trastorno mental de su cuñado, no son contrarias a las leyes naturales. Pero debemos considerar aquí únicamente las hipótesis probables. De modo que, con permiso de usted, vamos a eliminar desde luego a Su Majestad la Reina Victoria, y a su cuñado Tim. Examinemos la segunda hipótesis, es decir, la de que el anuncio se refiera a la pérdida de la

estatua. Es posible; pero en tal caso, ¿de dónde procedería el anuncio? No del italiano, puesto que conoce las señas de usted, ni tampoco de la persona que ha recibido la caja, puesto que desconoce su nombre. Me dirá usted, tal vez, en un momento de lucidez, que se trata del factor del ferrocarril. Efectivamente, ese hombre puede haberse enterado del nombre de usted en la oficina del ferrocarril. Puede haberse equivocado en uno de los apellidos de usted, y puede ignorar sus señas. Admitamos, pues, que se trata del factor del ferrocarril. Pero se me ocurre una pregunta: ¿siente usted vivos deseos de tener una entrevista con ese personaje?

—¿Y por qué no? —preguntó Pitman.

—Si el susodicho factor desea verle a usted —respondió Michael—, es, ¡no me cabe la menor duda!, porque ha encontrado su libro, ha ido a la casa donde había depositado la estatua, y ¡fíjese usted bien en esto, Pitman!, y obra de esta suerte a instigación del asesino.

—¡Sentiría mucho que fuese así! —dijo Pitman—. Pero sigo pensando que, respecto al señor Semitopolis, tengo el deber de…

—¡Pitman —interrumpió Michael—, no me venga usted con músicas! ¡No tenga usted la pretensión de darme lecciones en este punto! ¡No quiera usted hacerme pasar por el difunto Regulus! ¡Vamos! ¡Apuesto una comida a que he adivinado su verdadero pensamiento! ¡La verdad es, Pitman, que usted sigue creyendo que el anuncio proviene de su cuñado Tim!

—Señor Finsbury —respondió el profesor de dibujo, cuyo honrado rostro se había ruborizado de nuevo—, usted no es padre de familia y no sabe lo que es tener que ganar el pan de cada día. Gwendoline, mi hija, crece; ha sido confirmada este año, y hace concebir graneles esperanzas, por lo que puedo juzgar. ¡Pues bien, mi estimado amigo, usted comprenderá mis sentimientos de padre cuando le diga que esa pobre niña no sabe aún bailar, por falta de lecciones! Los dos muchachos van a la escuela del barrio, lo cual, después de todo, no es un mal. ¡Lejos de mi ánimo la idea de denigrar las instituciones de mi país! Pero yo había alimentado en secreto la esperanza de que el mayor, Harold, pudiera llegar a ser algún día profesor de música; y ¡quién sabe!, artista consumado. Por su parte, el pequeño Otho demuestra gran vocación hacia el estado religioso. A decir verdad, no soy un hombre ambicioso.

—¡Vamos, vamos! —dijo Michael—. ¡Confiéselo usted; sigue creyendo que se trata de su cuñado Tim!

—No lo creo —respondió Pitman—; pero digo que tal vez pueda ser él. Y si, por descuido, perdiese esta ocasión de hacer fortuna, ¿con qué cara miraría yo frente a frente a mis pobres hijos?

—Según eso —repuso el abogado—, tiene usted intención de…

—¡De ir disfrazado a la estación de Waterloo, dentro de poco! —dijo Pitman.

—¿De ir enteramente solo? —preguntó Michael—. ¿Y no teme usted los peligros de la expedición? En todo caso no deje de enviarme dos palabras esta noche desde la cárcel.

—¡Oh, señor Finsbury! Me había lisonjeado con la esperanza de que tal vez consentiría usted en acompañarme —tartamudeó Pitman.

—¿Quiere usted que me disfrace aún y en domingo? —exclamó Michael —. ¡Qué poco conoce usted mis reglas de vida!

—Señor Finsbury —dijo Pitman—, sé muy bien que no tengo medios de demostrarle mi agradecimiento. Pero permítame hacerle una pregunta. ¿Si yo fuese un cliente rico, aceptaría usted correr el riesgo?

—¡Hombre! ¿Se figura usted que mi profesión consiste en rondar por las calles de Londres con mis clientes disfrazados? —preguntó Michael—. Doy a usted mi palabra de que, por todo el oro del mundo, no hubiera consentido en ocuparme de un negocio como el suyo. Pero confieso que siento verdadera curiosidad por ver cómo se conducirá usted en esta entrevista. ¡Eso me tienta, amigo Pitman, más que el oro! ¿Lo oye usted? ¡Estoy seguro de que estará usted inimitable!

Diciendo esto, prorrumpió en una carcajada.

—¡Vamos, amigo Pitman —dijo—, no hay medio de negarle a usted nada! ¡Prepare usted lo necesario para la mascarada! A la una y media estaré en su taller.

A eso de las dos y media de aquel mismo domingo, el vasto y silencioso andén de la estación de Waterloo dormía silencioso y desierto como el templo de una región muerta. Acá y acullá, en algunos de los innumerables andenes aguardaba pacientemente algún tren; aquí y allí resonaba el eco de los pasos y, de vez en cuando, alternaba con el ruido que hacía el casco de un caballo contra el seco pavimento del patio exterior. Los kioscos de los periódicos estaban cerrados. Los escasos empleados que se habían quedado de servicio, circulaban vagamente de acá para allá como sonámbulos. ¡Cosa casi increíble! Ni aun hubiera podido encontrarse a semejante hora a la dama de edad madura (con abrigo y un saquito de viaje en la mano), que, sin embargo, parece formar parte esencial de las estaciones de Londres.

A la indicada hora, si se hubiese hallado por casualidad ante la entrada principal de la estación de Waterloo una persona que conociese a John Dickson, de Ballart, y a Ezra Thomas, de los Estados Unidos de América, hubiera tenido la satisfacción de ver a los dos extranjeros bajarse de un coche

y entrar en la sala del despacho de billetes.

—Pero, en realidad, ¿qué nombre vamos a adoptar? —preguntó el antiguo Ezra Thomas, asegurándose en la nariz los anteojos que aquel día se le habían concedido como favor excepcional.

—¡Amigo mío, por lo que a usted toca, no tenemos que calentamos la cabeza en la elección! —respondió su compañero—. Usted se contentará con llamarse Bent Pitman, y nada más. Por mi parte, me parece que hoy me voy a llamar Appleby. Este nombre antiguo tiene cierto amable perfume de sidra añeja de Devonshire. A este propósito, ¿no le parece a usted que debemos empezar por humedecer el gaznate? ¡Porque me parece que la entrevista va a ser dura!

—¡Si no le molestase a usted demasiado, le rogaría que aguardase a que termine la entrevista! —respondió Pitman—. Sí, me parece lo más acertado. No sé si experimenta usted la misma impresión que yo, señor Finsbury, pero la estación me parece muy desierta y poblada de ecos extraños.

—¿Sí, amigo mío? Seguramente se figura usted que todos esos trenes inmóviles están llenos de agentes de policía, que sólo aguardan una seña para arrojarse sobre nosotros. Amigo mío, eso es lo que se llama la conciencia, el remordimiento.

Con un paso que nada tenía de marcial, ambos amigos llegaron al fin del andén de salida. En el extremo opuesto descubrieron la flaca figura de un hombre, apoyado en un pilar. El hombre se hallaba evidentemente sumido en profunda reflexión. Tenía los ojos fijos en el suelo y no parecía darse cuenta de lo que pasaba en tomo suyo.

—¡Hola! —dijo en voz baja Michael—. ¿Será ése el autor del anuncio? ¡En ese caso tendría que abandonarle a usted!

Después de un momento de vacilación, añadió resueltamente.

—¡A fe mía, tanto peor! ¡Voy a seguir la broma! ¡Vuélvase usted enseguida, y deme los anteojos!

—¡Pero no dijo usted que me los dejaría hoy! —protestó Pitman.

—¡Sí, pero ese hombre me conoce! —dijo Michael.

—¿De veras? ¿Y cómo se llama? —exclamó Pitman.

—La discreción me obliga a callarme en este punto —respondió Michael —. Pero puedo decirle una cosa: si es ése el autor del anuncio (y debe serlo, porque tiene el aspecto extraviado de los que debutan en el crimen), si es él el autor del anuncio, no tenga usted miedo, amigo mío, porque lo tengo a mi discreción.

Verificado el cambio de los anteojos, y algo más tranquilo Pitman con tan buena noticia, ambos amigos avanzaron hacia Maurice.

—¿Es usted el que desea ver al señor William Bent Pitman? —preguntó el profesor de dibujo.

—¡Yo soy!

Maurice levantó la cabeza y vio ante sus ojos al personaje más insignificante que se puede soñar; era un hombrecillo con polainas blancas y un cuello vuelto como el que llevaban los aprendices de pintores hace ya muchos años. A diez pasos de distancia se mantenía un individuo alto y más robusto, pero cuyo rostro no permitía un serio estudio fisonómico, por hallarse casi oculto por un gran bigote, unas patillas, unos anteojos y un sombrero de fieltro echado hacia delante.

El pobre Maurice había estado durante tres días calculando el aspecto probable de aquel hombre a quien él tomaba por uno de los más temibles bandidos de la hez de Londres. Su primera impresión al ver al verdadero Pitman fue de desencanto, pero una segunda ojeada que dirigió a la extraña pareja, le convenció de que, a pesar de las apariencias, no se había engañado acerca del carácter real del encubridor de cadáveres. Lo cierto es que en su vida había visto hombres vestidos de un modo semejante.

«Evidentemente son individuos acostumbrados a vivir fuera de la ley», pensó.

Luego, dirigiéndose al hombre que acababa de hablarle, dijo:

—¡Deseo hablar con usted a solas!

—¡Oh —respondió Pitman—, la presencia del señor Appleby no es un inconveniente, pues lo sabe todo!

—¡Todo! ¿Sabe usted de lo que vengo a hablarle? —exclamó Maurice—. ¡Del tonel!

Pitman se puso pálido como la cera; pero era su virtuosa indignación lo que le hacía palidecer.

—¡Conque es usted! —exclamó a su vez—. ¡Miserable!

—¿Puedo hablar de veras delante de él? —preguntó Maurice señalando al acompañante de Pitman. El epíteto que éste acababa de dirigirle no le causaba impresión, por venir de semejante hombre.

—El señor Appleby ha asistido a todas las peripecias del asunto —dijo Pitman—. Él mismo fue quien abrió el tonel. Por consiguiente, se halla en posesión del criminal secreto de usted.

—Pues bien, en ese caso —dijo Maurice—, ¿qué ha hecho usted del dinero?

—¡Ignoro de qué dinero habla usted! —respondió enérgicamente Pitman.

—¡Ah! ¡A mí no me la pega usted! —declaró Maurice—. He descubierto y seguido su pista. Usted vino a esta misma estación, después de disfrazarse de eclesiástico (sin temor al sacrilegio de semejante disfraz), usted se apoderó de mi tonel, lo abrió, suprimió el cuerpo y cobró el cheque. ¡Le digo a usted que he estado en el Banco! —gritó—. ¡Le he seguido a usted paso a paso, y sus negativas son una estúpida niñería!…

—¡Vamos, vamos, Maurice, no hay que irritarse! —dijo de pronto el señor Appleby.

—¡Michael! ¡Siempre Michael!

—Sí, amigo mío, Michael, y siempre Michael aquí y en todas partes. ¡Sepa usted que todos los pasos que da son contados! ¡Hábiles polizontes le siguen como la sombra al cuerpo y me dan cuenta cada tres cuartos de hora de todo cuanto hace! ¡No escatimo los gastos! ¡Hago las cosas en grande!

El rostro de Maurice se había puesto de color gris sucio.

—¡Bah —dijo—, poco me importa! ¡Al contrario, me alegro de no tener nada que ocultar! Este hombre ha cobrado mi cheque, es un robo, y quiero que me devuelva mi dinero.

—¡Oiga usted, Maurice! —dijo Michael—. ¿Cree usted que tengo interés en mentir?

—No lo sé —respondió Maurice—; ¡lo que sé es que quiero mi dinero!

—¡Yo sólo he tocado el cuerpo! —dijo Michael.

—¿Usted? —exclamó Maurice retrocediendo un paso—. ¿Entonces por qué no ha declarado usted la muerte?

—¿Qué diablos quiere usted decir? —preguntó su primo.

—En fin, ¿estoy loco o lo están ustedes? —gimió Maurice.

—¡Yo creo que debe estarlo Pitman! —dijo Michael.

Los tres hombres se miraron sin saber lo que les pasaba.

—¡Todo esto es horrible! —repuso Maurice—. ¡No comprendo una sola palabra de lo que me dicen!

—¡Ni yo tampoco! —dijo Michael—. ¡Lo juro bajo palabra de honor!

—¡Además, en nombre del Cielo! ¿Qué significan esas patillas y ese

bigote? —exclamó Maurice señalando a su primo con el dedo, cual si se tratase de un espectro—. ¿Me he vuelto loco? ¿A qué vienen esas patillas y ese bigote?

—¡Oh, eso es un detalle sin importancia! —se apresuró a decir Michael.

Reinó un nuevo momento de silencio durante el cual Maurice se halló en una disposición de ánimo semejante a la que hubiera sentido si le hubiesen lanzado al aire, en un trapecio, desde lo alto de la catedral de San Pablo.

—¡Recapitulemos! —dijo al fin Michael—, porque no creo que estemos soñando. Tenemos, pues, que mi amigo Pitman, aquí presente, recibió un tonel, que según parece estaba destinado a usted. El tonel contenía el cadáver de un hombre. ¿Cómo y por qué le ha matado usted?

—¡Jamás he puesto en él mi mano! —protestó Maurice—. ¡He aquí lo que temía que sospechase de mí! Pero reflexione usted un poco, Michael. ¡Usted sabe que no soy hombre de esa especie! ¡Con todos mis defectos, sabe usted que sería incapaz de matar una mosca! Además, usted sabe que su muerte significaba mi ruina. Fue muerto en Browndean en el maldito choque de trenes.

De pronto lanzó Michael una carcajada tan sonora y tan prolongada que sus dos compañeros supusieron sin el menor género de duda que acababa de perder la razón. En vano se esforzaba por recobrar la calma; en el momento en que se creía a punto de lograrlo, experimentaba un nuevo acceso de hilaridad. Debo agregar que éste fue el episodio más siniestro de toda aquella dramática entrevista: Michael reía de un modo insensato, mientras que Pitman y Maurice, dominados por el mismo espanto, cambiaban miradas llenas de ansiedad.

—¡Maurice! —tartamudeó al fin Michael entre dos carcajadas—, ahora lo comprendo todo, y usted también lo comprenderá con una sola palabra que le diga. ¡Sepa usted que hasta hace un momento, yo no podía adivinar que aquel cuerpo fuera el de mi tío Joseph!

Esta declaración calmó un poco los nervios de Maurice, pero, por lo que hace a Pitman, fue como el último soplo de viento que apagó la última candela en medio de la oscuridad de su desdichado cerebro. ¡Había dejado, hacía una hora, al tío Joseph en su salón de Norfolk Street ocupado en recortar periódicos viejos, y he aquí que le decían que hacía seis días que había recibido en un tonel el cuerpo de aquel mismo tío Joseph! Pero entonces, ¿quién era él, Pitman? ¿Se hallaba en la estación de Waterloo o en un asilo de locos?

—En efecto —exclamó Maurice—, el cuerpo se hallaba en tal estado que era imposible reconocerlo. ¡Qué necio he sido en no pensar en ello! ¡Pues

bien, ahora a Dios gracias todo se explica, y voy a decirle, querido Michael, que nos hemos salvado usted y yo! ¡Usted va a tomar el dinero de la tontina, ya ve que juego con usted a cartas vistas, y yo voy a poder ocuparme en la casa de cueros que nunca ha marchado tan bien como ahora! ¡Autorizo a usted a que vaya enseguida a declarar la muerte de mi tío; no se inquiete usted por mí; declare usted el fallecimiento y habremos salido del paso!

—¡El caso es que desgraciadamente me es imposible hacer semejante declaración! —dijo Michael.

—¿Y por qué no?

—¡Porque no puedo presentar el cuerpo, Maurice! ¡Lo he perdido!

—¡Deténgase un instante! —exclamó el comerciante en cueros—. ¿Qué dice usted? ¡No es posible! ¡Soy yo quien ha perdido el cuerpo!

—¡Sí, pero yo lo he perdido también, amigo mío! —dijo Michael con estupenda serenidad—. Usted comprenderá que, no habiéndole reconocido y sospechando algo irregular en su procedencia, me apresuré a desembarazarme de él.

—¡Que se ha desembarazado usted de él! —gimió Maurice—. ¡Pero creo que podrá encontrarlo! ¿Sabe dónde está?

—Tendría mucho gusto en saberlo, Maurice, y daría algo por ello. ¡Pero la verdad es que no lo sé! —respondió Michael.

—¡Dios omnipotente! —exclamó Maurice alzando los ojos y los brazos al cielo—. ¡Dios omnipotente, el negocio de los cueros se va a pique!

Michael no pudo contener una nueva carcajada.

—¿Por qué se ríe usted? Imbécil —le gritó su primo—. ¡Usted pierde aún más que yo! ¡Si tuviese usted una pizca de corazón, se estremecería de pena! Pero de todas maneras debo decirle que quiero las ochocientas libras. ¡Las quiero! ¿Me oye usted? Y las tendré. ¡Ese dinero es mío y muy mío! Su amigo de usted aquí presente, ha tenido que hacer una falsificación para apoderarse de él. Deme usted mis ochocientas libras, démelas enseguida, aquí mismo en este muelle, o me voy derecho a Scotland Yard y cuento todo lo ocurrido.

—¡Maurice! —dijo Michael poniéndole una mano sobre el hombro—, ruego a usted que sea razonable. Le aseguro que nosotros no hemos tomado ese dinero. Debe ser el otro hombre. ¡Ni siquiera hemos pensado en registrar los bolsillos del cadáver!

—¿El otro hombre? —preguntó Maurice.

—¡Sí, el otro hombre! Nosotros hemos tenido que pasar el cadáver a otro hombre.

—¡Pasarlo! —repitió Maurice.

—¡En forma de piano! —respondió Michael con la mayor sencillez del mundo—. Era un magnífico instrumento, aprobado por Rubinstein… un magnífico Erard. Precisamente el señor Pitman lo ha visto de cerca y puede garantizar la autenticidad.

—¿Qué me viene usted a hablar de pianos?… —dijo el infeliz Maurice, cuya frente estaba bañada en sudor y que sentía escalofríos—. ¡Hábleme usted de ese otro hombre! ¿Quién es? ¿Dónde podría dar con él?

—¡Ahí está la dificultad! —respondió Michael—. Ese hombre debe hallarse en posesión del citado objeto desde el miércoles pasado a las cuatro de la tarde. Supongo que debe estar en camino para el Nuevo Mundo y que el pobre diablo debe tener prisa por llegar.

—¡Michael! —imploró Maurice—. ¡Compadézcase de un pariente, reflexione bien sus palabras y dígame cuándo se desembarazó del cuerpo!

—¡El miércoles por la noche; en esto no hay error posible! —replicó Michael.

—¡Pues bien, decididamente eso no puede ser! —exclamó Maurice.

—¿Cómo que no? —preguntó Michael.

—¡Es más, las fechas mismas son una locura! —murmuró Maurice—. El cheque fue presentado en el Banco el martes. En todo este asunto no hay el menor átomo de sentido común.

En aquel momento cogió vigorosamente un joven el brazo de Michael. El susodicho joven había pasado por casualidad cerca del grupo de nuestros tres amigos. De pronto se estremeció y exclamó volviéndose:

—¡No me equivoco, éste es el señor Dickson!

El sonido de la trompeta del juicio final no hubiera causado mayor susto a Pitman y a su compañero. En cuanto a Maurice, apenas oyó aplicar a su primo por boca de un extraño aquel nombre fantástico, se acabó de convencer por completo de que era víctima de una larga y espantosa pesadilla. Enseguida, cuando Michael, habiendo logrado desembarazarse de aquel individuo, emprendió la fuga seguido por el hombrecillo del cuello vuelto, y cuando el intruso, desconsolado al ver escapar su presa, se apoderó de Maurice mismo, éste, en el colmo de su extravío, no pudo menos de exclamar a media voz:

—¡Ya lo había previsto!

—¡Ya tengo por lo menos uno de los miembros de la banda! —dijo Gideon Forsyth.

—¿Qué quiere usted decir? —tartamudeó Maurice—, no comprendo.

—¡Oh, yo se lo haré comprender! —replicó resueltamente Gideon.

—¡Oiga usted, caballero, me hará usted el mayor favor si logra darme alguna luz en todo este asunto! —exclamó de repente Maurice, con apasionado arranque de convicción.

—¿Usted se figura que ganará algo por no haber venido a mi casa con ellos? —repuso Gideon—. ¡Se equivoca usted de medio a medio! ¡He conocido perfectamente a sus amigos!

—¡No comprendo nada de lo que usted dice! —respondió Maurice.

—¿No ha oído hablar usted de cierto piano? —apuntó Gideon.

—¿De un piano? —exclamó Maurice apoderándose convulsivamente del brazo del joven—. ¿En ese caso es usted el otro hombre? ¿Dónde está el cuerpo? ¿Ha cobrado usted el cheque?

—¿Me pregunta usted dónde está el cuerpo? —dijo Gideon—. ¡Extraña pregunta! ¿Tendría usted realmente necesidad del cuerpo?

—¡Que si tengo necesidad! —gritó Maurice—. ¡Como que depende de él mi fortuna! ¡Soy yo quien lo ha perdido! ¿Dónde está? ¡Lléveme usted adonde esté!

—¡Ah! ¿Desea usted verlo nuevamente? ¿Y su amigo el señor Dickson? ¿Designa usted con ese nombre a Michael Finsbury? ¡Pues ya lo creo, también quiere verlo! ¡Él también ha perdido el cuerpo! ¡Si no se hubiese deshecho de él, el capital de la tontina sería ahora suyo!

—¿Supongo que no hablará usted del procurador Michael Finsbury? —exclamó Gideon.

—¡El mismo, el procurador! —respondió Maurice—. Y el cuerpo, ¿dónde está, por amor de Dios?

—¡Ahora comprendo por qué me envió dos clientes anteayer! —murmuró Gideon.

—¿Sabe usted dónde tiene su domicilio particular el señor Finsbury?

—¡Kings Road, 233! Pero ¿de qué clientes habla usted? —siguió Maurice, agarrándose al brazo de Gideon—. ¿Dónde está el cuerpo?

—¡Yo también lo he perdido! —respondió Gideon, y huyó precipitadamente.

XV

El regreso del gran Vance

Imposible me sería describir el estado de ánimo en que se hallaba Maurice al salir de la estación de Waterloo. El joven negociante en cueros era naturalmente modesto y jamás se había hecho grandes ilusiones acerca de su valor intelectual; se daba plenamente cuenta de su incapacidad para escribir un libro, para tocar el violín, para distraer a una reunión escogida con juegos de prestidigitación, en una palabra, para ejecutar cualquiera de esos actos notables que se suelen considerar generalmente como privilegio del talento. Estaba convencido de que su papel en este mundo era enteramente prosaico, pero creía, o por lo menos lo había creído hasta entonces, que sus aptitudes se hallaban a la altura de las exigencias de su vida. ¡Ahora bien, decididamente tenía que declararse vencido en este terreno! Así que cuando el pobre mozo abandonó la estación de Waterloo, no tenía más que un solo objetivo, volver a su casa. Del mismo modo que el perro enfermo se acurruca en el sofá, Maurice sólo aspiraba a encerrarse en su casa de John Street. La cama y la soledad constituían la única aspiración de su alma.

Empezaba a oscurecer cuando llegó al fin a la vista de aquel lugar de refugio y lo primero que se presentó a sus ojos, al acercarse, fue la larga silueta de un hombre que se hallaba de pie en el umbral de su casa, ocupado ya en tirar de la campanilla, ya en dar vigorosas patadas en la puerta. Aquel hombre, con su traje desgarrado y enteramente cubierto de iodo, parecía un repugnante trapero. Pero Maurice lo reconoció enseguida: era su hermano John.

Lo primero que se le ocurrió al hermano mayor fue naturalmente volverse y huir. Pero la desesperación le había anonadado de tal suerte, que le eran indiferentes las más espantosas catástrofes. «¡Bah —dijo para sí—, qué importa!».

Y sacando las llaves del bolsillo subió en silencio los escalones de la puerta.

John se volvió. En su rostro de fantasma se leía una extraordinaria mezcla de fatiga, de vergüenza y de furor. Y apenas reconoció al jefe de la familia, brilló en sus ojos un resplandor siniestro.

—¡Abre esa puerta! —dijo apartándose.

—¡Es lo que estoy haciendo! —respondió Maurice, mientras se decía interiormente: «¡Todo está perdido! ¡Me mira con ojos de asesino!».

Ambos hermanos se hallaban frente a frente en el vestíbulo de la casa,

cuya puerta acababa de cerrarse. De pronto cogió John a Maurice por los hombros y le sacudió como el gato sacude al ratón.

—¡Pedazo de atún! —exclamó—, ¡tendría derecho para retorcerte el pescuezo! —Dicho esto empezó a sacudirle con tal fuerza que los dientes de Maurice castañetearon y dio con la cabeza contra la pared.

—¡Nada de violencias, Johnny! —dijo al fin Maurice—, no pueden ser provechosas ni para ti ni para mí.

—¡Cierra el pico! —respondió John—. ¡Ahora te toca a ti oír!

Después penetró en el comedor, se sentó en un sillón, y quitándose uno de los zapatos sin suela, tomó el pie con ambas manos para calentarlo.

—¡Estoy cojo para toda la vida! —dijo—. ¿Qué hay de comer?

—¡Nada, Johnny! —dijo Maurice.

—¿Nada? ¿Qué quiere decir eso? —preguntó el gran Vance—. ¡Ya sabes que a mí no me la pegas!

—¡Quiero decir que no hay nada! —respondió sencillamente su hermano —. ¡No tengo nada que comer ni nada para comprar de comer! Yo mismo no he podido tomar hoy más que un bocadillo y una taza de té.

—¿Nada más que un bocadillo? —dijo irónicamente John—. ¡Supongo que no tendrás el cinismo de venir a quejarte a mí! Yo sólo te digo esto: ¡Cuidado conmigo! ¡He sufrido cuanto podía sufrir, pero ya se acabó! ¡Ahora te diré que tengo intención de comer, y de comer enseguida y bien! ¡Toma tu colección de sortijas y anda a venderlas!

—¡Hoy es imposible! —respondió Maurice—, ¡es domingo!

—¡Te repito que quiero comer!, ¿lo oyes? —gritó furioso el hermano menor.

—¡Sin embargo, Johnny, no es posible! —insistió Maurice.

—¡Estúpido idiota! —gritó Vance—. ¿No somos los dueños de la casa? ¿No nos conocen en el hotel donde nos convidaba a comer nuestro primo Parker, cuando venía a Londres? ¡Corre a escape, y si dentro de media hora no estás de vuelta con una excelente comida, hago polvo todos los muebles y enseguida me voy derecho a la policía a contar lo sucedido! ¿Comprendes lo que te digo, Maurice Finsbury? ¡Porque si no lo comprendes harías bien en quitarte de mi vista!

La idea agradó también al desdichado Maurice que estaba muerto de hambre. Así es que se apresuró a ir enseguida a encargar la comida y volvió a su casa donde halló a John ocupado en acariciar su pie, como si fuese un niño

enfermo.

—¿Y qué quieres beber, Johnny? —preguntó Maurice con voz amable.

—¡Champagne, pardiez, champagne añejo! De ese que me celebra tanto Michael cuando me encuentra. Anda pronto a la bodega, y cuidado con no agitar demasiado la botella. Pero antes, oye: vas a preparar lumbre, a encender el gas y a cerrar las maderas de las ventanas; es de noche y tengo frío. Pon también el mantel y los cubiertos y, por último… ve a traerme ropa para mudarme.

Cuando llegó la comida, el comedor había casi recobrado su aspecto habitual.

La comida fue excelente: sopa sustanciosa, filetes de lenguado, dos chuletas de carnero con salsa de tomate, carne asada con patatas, un puding y un pedazo de queso de Chester; en una palabra, era una comida esencialmente inglesa, pero escogida, como la había pedido John.

—¡Alabado sea Dios! —exclamó el joven viajero, instalándose en la mesa. Su alegría debía ser muy viva para hacerle recordar por sorpresa la piadosa ceremonia de la bendición, que había olvidado hacía mucho tiempo.

—Pero no —prosiguió—. Voy a comer en la butaca que está junto a la lumbre, porque hace dos días que me estoy helando y necesito calentarme de firme. Voy a sentarme allá; y tú, Maurice Finsbury, vas a quedarte de pie, entre la mesa y yo, para servirme.

—¡Pero, Johnny, yo también estoy muerto de hambre! —dijo Maurice.

—¡Tú comerás lo que yo te deje! —replicó el gran Vance—. Amiguito, esto no es más que el principio de nuestro ajuste de cuentas. ¡Quien tal hizo, que tal pague! ¡Y cuidado con despertar al león británico!

Había tan intensa amenaza en los ojos y en la voz de John, mientras profería estas frases proverbiales, que el alma de Maurice se llenó de espanto.

—¡Vamos —repuso John—, dame un vaso de champagne, antes de mi filete de lenguado! ¡Y yo que me figuraba que no me gustaban los filetes de lenguado! ¡Oye! —añadió con nueva explosión de ira—, ¿sabes cómo he llegado hasta aquí?

—¡No, Johnny, cómo quieres que lo sepa! —respondió con amabilidad Maurice.

—¡Pues bien, he venido a pata! —gritó John—. Sí, amigo mío, he hecho con mis dos pies todo el camino desde Browndean aquí. ¡Y, además, he tenido que pedir limosna! ¡Ya quisiera yo verte a ti pidiendo limosna, Maurice Finsbury! ¡No creas que es tan fácil como podrías figurártelo! Me he hecho

pasar por un pescador de Blyth, víctima de un naufragio. No sé dónde se encuentra Blyth, y tú, ¿lo sabes? Pero creí que en mis circunstancias esto tenía visos de verosimilitud. Pedí limosna a un granujilla que volvía de la escuela, y me dio dos cuartos a condición de que le arrollase la cuerda de su trompo. Se la arrollé, y por cierto, muy bien, pero él no quedó contento y corrió tras de mí, reclamando los dos cuartos. Después pedí limosna a un oficial de marina. Éste no me confió su trompo, se contentó con darme un folletito sobre el alcoholismo, y me volvió la espalda. Pedí luego limosna a una vieja que vendía pastelillos, y me dio uno de un cuarto. Pero lo mejor de todo fue un señor que, al decirle yo que no tenía que comer, me contestó que todo inglés tiene un medio excelente de procurarse el pan, y consistía en romper un cristal de la primera casa que se le presentara, a fin de hacerse prender… ¡Y ahora tráeme el asado!

—Pero —se atrevió a decir Maurice—, ¿por qué no te quedaste en Browndean?

—¡En Browndean! —exclamó John—. ¿Y con qué me hubiera mantenido? ¿Con Léame usted y con un estúpido semanario del Ejército de Salvación? ¡No, no, había que salir de Browndean a todo trance! Iba a comer a crédito a una posada, donde me había hecho pasar por el gran Vance de la Alhambra. En mi lugar, tú hubieras hecho lo mismo. Como es natural, salió la conversación de los cafés cantantes y del dinero que yo había ganado con mis canciones. Un parroquiano de la posada me pidió que cantase una de las más conocidas, y cuando al fin me decidí a cantarla, todos declararon unánimemente que yo era un farsante. Por mucho que hice para sostener lo contrario, nadie me dio crédito, y así terminaron mis relaciones con la posada del pueblo —prosiguió tristemente el joven—. Pero, además de esto, hubo también el carpintero…

—¿Nuestro casero? —preguntó Maurice.

—El mismo —dijo John—. Vino una mañana y se empeñó en averiguar dónde había ido a parar el tonel, y qué había sido de la ropa de la cama. Yo le mandé a paseo. ¿Qué otra cosa podía decirle? Pero entonces me dijo él que nosotros habíamos empeñado objetos que no nos pertenecían, y que iba a hacer que la justicia nos ajustara las cuentas. ¿Entonces, qué hice yo? Recordando que era más sordo que una tapia, empecé a decirle una retahíla de injurias, pero muy cortésmente y en voz tan baja, que no podía oír una sola palabra.

»—¡No le oigo a usted! —me dijo.

»—¡Ya lo sé muy bien que no me oyes, animal, cerdo, viejo cornudo! —le respondí con mi más graciosa sonrisa.

»—Soy algo duro de oído —mugió el imbécil.

»—¡Qué sería de mí si no lo fueras, idiota! —murmuré, cual si le diese toda clase de explicaciones.

»—Amigo mío —me dijo al fin—, es cierto que soy sordo, pero estoy seguro de que el comisario de policía logrará oírle.

»Dicho esto, se fue furioso por un lado y yo me largué por otro, dejándole, para desquitarse, la lámpara del alcohol, el Léame usted, el periódico del Ejército de Salvación y otro periódico que me habías enviado. Y a propósito, es preciso que estuvieras borracho perdido para enviarme semejante papelucho. Allí no se hablaba más que de poesías y del globo celeste. ¡Y qué artículos, de diez columnas! Creo que me enviaste el monitor de los asilos de locos. Si mal no recuerdo, tenía por título el Atanium. ¡Dios omnipotente, qué papelucho!

—Quieres decir el Atheneum —rectificó Maurice.

—¡Poco me importa el título! —dijo John—, pero ¡valiente ocurrencia fue la tuya en enviármelo! ¡En fin, ya empiezo a reponerme! ¡Tráeme el queso y un vaso de champagne!

»¡Ah! ¡Michael tiene razón de celebrar este vino! ¡Vamos, ahora puedes servirte tú! Te queda una chuleta entera, un poco de pescado y un pedazo de queso. Sí, Michael es hombre que me gusta. Es tal vez capaz de leer tu Atheneum, pero sabe disimularlo. ¡A lo menos es alegre, buen muchacho y no tiene esa cara de pocos amigos que me ha reventado siempre en ti! Y a propósito, ni siquiera me tomo el trabajo de preguntarte por tu plan, porque adiviné enseguida que había fracasado por completo. ¿No es verdad?

—¡Por culpa de Michael! —dijo Maurice, poniéndose sombrío.

—¿Michael? ¿Y qué tenía que ver en el asunto?

—¡Pues tenía que ver que ha perdido el cuerpo! —respondió Maurice—. Ha perdido el cuerpo de tío Joseph, y ahora es imposible declarar su defunción.

—¿Cómo? —preguntó John—. ¿Pues no habíamos quedado en que tú no querías declarar la defunción?

—¡Oh, eso es ya historia antigua! —dijo su hermano—. ¡Ya no se trata de salvar la tontina, sino de salvar la casa de cueros! ¡Se trata de salvar la ropa que llevamos puesta, Johnny!

—¡No corras tanto —dijo John—, y cuéntame la historia desde el principio!

Maurice hizo lo que le ordenaba su hermano.

—¡Pues bien! ¿Qué es lo que yo te había dicho? —exclamó el gran Vance,

cuando hubo oído el triste relato—. ¡Pero tengo que decirte algo, y es que no quiero verme despojado de la parte que me corresponde!

—¡Hombre, me alegraría saber cómo piensas arreglarte para ello! —dijo Maurice.

—¡Voy a decírselo a usted, caballero! —replicó John con tono resuelto—. ¡Voy sencillamente a confiar mi negocio al primer procurador de Londres, y me importará un bledo que salgas bien o mal!

—¡Sin embargo, John, navegamos en el mismo barco! —murmuró Maurice.

—¿En el mismo barco? ¡Te aseguro que no! ¿Acaso he cometido yo una falsificación de firmas? ¿He procurado ocultar la muerte de tío Joseph? ¿He hecho insertar en todos los periódicos anuncios absolutamente estúpidos y grotescos? ¿He destruido estatuas que no me pertenecían? Verdaderamente me gusta tu frescura, Maurice Finsbury. ¡No, no y no! Demasiado largo tiempo he dejado en tus manos la dirección de mis negocios; ahora los voy a confiar a Michael. Por lo demás, Michael me ha sido siempre simpático. Por último, tengo deseos de ver claramente cuál es mi situación.

En aquel momento se vieron interrumpidos los dos hermanos por un campanillazo, y Maurice, que había entreabierto tímidamente la puerta, recibió de manos de un recadero una carta que tenía el sobre de letra de Michael. La carta estaba concebida en estos términos:

AVISO

Maurice Finsbury debe darse por avisado, en el caso en que lea estas líneas, de que se le comunicará algo muy ventajoso para él, mañana lunes, por la mañana, a las diez, en mi oficina, Chancery Lane, 42.

MICHAEL FINSBURY

Maurice, después de enterarse, transmitió dócilmente la carta a su hermano.

—¡Eso se llama escribir una carta! —exclamó John—. No hay como Michael para escribir así.

Y Maurice se hallaba tan humillado, que ni siquiera se atrevió a invocar sus derechos de autor.

XVI

En que los cueros se ponen felizmente a flote

Al día siguiente por la mañana, a las diez en punto, los dos hermanos Finsbury fueron introducidos en la grande y hermosa habitación que servía de despacho a su primo Michael. John se sentía algo repuesto de sus fatigas, pero llevaba aún un pie en pantufla. Maurice parecía mejor conservado materialmente, pero había envejecido diez años desde que salió de Bournemouth. La ansiedad había surcado su rostro con profundas arrugas y su cabellera negra presentaba no pocos hilos de plata hacia las sienes.

Tres personas esperaban a los hermanos Finsbury, sentadas ante una mesa. En medio estaba Michael en persona: tenía a su derecha a Gideon Forsyth y a su izquierda, a un señor anciano con anteojos y con la cabeza cubierta de venerables canas.

—¡Juraría que es el tío Joseph! —exclamó John.

Maurice se frotó los ojos, juzgándose presa de una pesadilla más terrible que las de los días anteriores. Después, se adelantó de pronto hacia su tío, temblando de ira.

—¡Voy a decirle a usted lo que ha hecho, viejo malvado! —gritó—. ¡Se ha evadido usted!

—Buenos días, Maurice Finsbury —respondió el anciano, pero con más animosidad de la que revelaban al parecer aquellas indulgentes palabras—. Parece usted enfermo, amigo mío.

—No hay que irritarse, caballeros —observó Michael—. Maurice, procure usted ver los hechos cara a cara. Como usted ve, su tío no sufrió demasiado con la «sacudida» del tren; y un hombre de corazón como usted no puede menos que alegrarse de ello.

—Pero entonces, si es así —tartamudeó Maurice—, ¿qué era el famoso cuerpo? ¿Sería en verdad posible que lo que me ha causado tantos cuidados y disgustos, lo que tanto me ha hecho cavilar, lo que he llevado y traído con mis propias manos, no fuese más que el cadáver de un extraño cualquiera?

—Si le aflige demasiado esa idea, puede muy bien desecharla —respondió Michael—, nada le impide a usted suponer que el cuerpo perteneció a un hombre a quien tuvo usted ocasión de encontrar varias veces, a un compañero de club, tal vez a un cliente.

Maurice se dejó caer en una silla.

—¡Oh! —gimió—, yo hubiera seguramente descubierto el error si hubiera ido el tonel a mi casa. ¿Por qué no fue? ¿Por qué fue a casa de Pitman? ¿Con qué derecho se permitió Pitman abrirlo?

—Y a propósito, Maurice, ¿qué ha hecho usted del Hércules antiguo? —preguntó Michael.

—¿Que qué ha hecho? ¡Pues lo ha hecho simplemente añicos! —dijo John—. ¡Los pedazos están aún en nuestra bodega!

—¡Todo eso no tiene importancia alguna! —se apresuró a declarar Maurice—. Lo esencial es que he encontrado a mi tío, a mi fiel tutor. En todo caso éste me pertenece y también la tontina. Reclamo la tontina y afirmo que mi tío Mastermann ha muerto.

—Ya es tiempo de poner coto de una vez a esa locura —dijo Michael—. Lo que usted afirma es desgraciadamente casi cierto; en cierto sentido mi pobre padre ha muerto hace ya largo tiempo. Pero por lo que hace a la tontina, no ha muerto aún y espero que pasen bastantes años antes de su muerte. Nuestro querido tío Joseph lo ha visto esta misma mañana. Él podrá decirle a usted que mi padre está en vida, aunque desgraciadamente su inteligencia se ha apagado para siempre.

—¡No me ha reconocido! —dijo Joseph. Y hay que hacer a aquel viejo cataplasma la justicia de que su voz temblaba de sincera emoción al decir estas palabras.

—¡Vamos! Le reconozco a usted, señor Maurice Finsbury —exclamó el gran Vance—. ¡Por todos los diablos del infierno, se ha mostrado usted el más perfecto idiota!

—En cuanto a la ridícula y fastidiosa servidumbre a que había usted reducido a tío Joseph —repuso Michael—, ha durado ya demasiado. He preparado un documento, mediante el cual devuelve usted a su tío toda libertad y le declara libre de toda obligación. En primer lugar va usted a firmar, si no tiene inconveniente en ello.

—¡Cómo! —gritó Maurice—. ¿Voy yo a perder mis siete mil ochocientas libras, mi comercio de cueros, sin compensación alguna? ¡Muchas gracias!

—No me sorprende su agradecimiento —dijo Michael.

—¡Oh, ya sé que no tengo nada que esperar si invoco sus buenos sentimientos! —respondió Maurice—. Pero hay aquí un extraño (que maldito si sé con qué derecho se halla aquí), y a él apelo. Caballero —prosiguió dirigiéndose a Gideon—, he aquí mi historia: he sido despojado de mi herencia cuando era niño y huérfano. Desde entonces, caballero, jamás he tenido otro sueño que el de recobrar lo mío. Mi primo Michael podrá decirle a usted de mí todo lo que quiera: hasta confesaré que no siempre he estado a la altura de las circunstancias; pero eso nada quita a la realidad de mi situación. ¡He sido despojado de mi herencia! ¡Un pobre huérfano fue despojado de siete

mil ochocientas libras! Por consiguiente, el derecho está de mi parte. Todas las triquiñuelas de mi primo Michael no podrán prevalecer contra la equidad.

—¡Maurice —interrumpió Michael—, permítame usted que agregue un detalle que, por otra parte, pone de relieve su habilidad en la escritura!

—¿Qué quiere usted decir? —preguntó Maurice.

—¡Después de todo —respondió Michael—, no quiero mortificar su modestia! ¡Me contentaré, pues, con hacerle saber el nombre de una persona que acaba de estudiar muy de cerca uno de sus más recientes ensayos de escritura comparada! ¡Esa persona es el señor Moss, querido amigo!

Reinó un largo silencio.

—¡Yo hubiera debido adivinar que ese hombre venía de su parte! —murmuró Maurice.

—Y ahora va usted a firmar el documento, ¿no es verdad? —dijo Michael.

—¡Pero diga usted, Michael! —exclamó John con uno de esos generosos arranques que le eran familiares—. ¿Y yo qué pito toco en todo esto? Maurice es hombre al agua, ya lo veo, ¿por qué le habría yo de seguir? Además, no olvide usted que yo también fui robado, yo también fui huérfano como él y comí del mismo pan.

—John —dijo Michael—, ¿no cree usted que haría mejor en fiarse de mí?

—¡A fe mía, tiene usted razón! —respondió el gran Vance—. Estoy seguro de que usted no es capaz de abusar de la inocencia de un huérfano. ¡Y tú, Maurice, vas a firmar enseguida el documento en cuestión, porque si no me enfadaré y haré ver a tu pobre meollo algo que le cause asombro!

Con súbito e inesperado apresuramiento, se declaró Maurice dispuesto a firmar la renuncia. Un secretario de Michael presentó los documentos que fueron debidamente firmados y mediante los cuales Joseph Finsbury recobró por completo su libertad.

—Y ahora, amigos míos, oigan ustedes lo que me propongo hacer por ellos —repuso Michael—. Maurice y John, aquí tienen ustedes un documento que les declara únicos dueños de la casa de cueros, y aquí hay un cheque equivalente a la suma total depositada en el Banco a nombre de nuestro tío Joseph. De esta suerte, puede usted figurarse, querido Maurice, que acaba de terminar sus estudios en el Instituto Comercial. Y como usted mismo me ha dicho que los cueros iban viento en popa, me figuro que pensará usted pronto en casarse. He aquí, en previsión de tan fausto suceso, un regalito de boda. ¡Oh, no es el mío! ¡Cuando haya usted fijado la fecha del matrimonio, veré el regalo que le he de hacer! Entretanto, acepte usted este regalito de parte del señor Moss.

Y Maurice, rojo como una amapola, se apoderó del cheque.

—¡No comprendo nada de esta comedia! —observó John—. Todo esto me parece demasiado bonito para ser verdad.

—¡Es una simple transferencia! —respondió Michael—. Les compro a ustedes a tío Joseph, ni más ni menos; si él gana la tontina, será mía, y si la gana mi padre también lo será; de modo que no tengo que quejarme de la combinación.

—¡Maurice, amigo mío, te han dejado por puertas! —dijo por vía de comentario el gran Vance.

—¡Y ahora, señor Forsyth —repuso Michael, dirigiéndose al personaje mudo—, aquí tiene usted reunidos a todos los criminales que deseaba usted descubrir! ¡Sólo falta uno! Pitman, que se ha consagrado a la regeneración artística de las señoritas, y no he querido molestarle a una hora en que sé está muy ocupado. Pero podrá usted, si quiere, hacerlo prender en su colegio; conozco las señas y se las diré de buen grado. En cuanto al resto de la banda, aquí lo tiene usted a su vista, aunque temo que el espectáculo no sea muy seductor. ¡Decida usted ahora lo que quiera hacer de nosotros!

—¡Nada, señor Finsbury! —respondió Gideon—. Creo haber comprendido que este señor —y señaló a Maurice— ha sido, según decimos en nuestra jerga, el fons et origo de toda la aventura; pero, según creo haber comprendido, ha pagado ampliamente sus culpas. Además, no creo que nadie pueda ganar nada con un escándalo público. Por mi parte sólo podría perder en ello. Por el contrario, bendigo una aventura que me ha procurado la dicha de conocer a usted. Ya ha tenido usted la bondad de enviarme dos clientes…

Michael se ruborizó.

—Era lo menos que podía hacer para compensar ciertas molestias que le causé —murmuró—. ¡Pero hay algo más que debo decir a usted! ¡No quisiera que formase usted demasiada mala opinión de mi pobre amigo Pitman, que es seguramente la persona más inofensiva del mundo! ¿No podría usted venir esta noche a comer en su compañía? Le esperaremos en el Restaurant Verrey, a las siete. ¿Qué le parece a usted?

—¡Había prometido ir a comer a casa de uno de mis tíos, con una amiga! —respondió Gideon—. ¡Pero les rogaré que me dispensen por esta noche! Y ahora, querido señor Finsbury, me queda un punto que someter a su decisión: ¿No podríamos realmente hacer nada por el pobre diablo que se llevó el piano? ¡Su recuerdo me persigue como un remordimiento!

—¡Desgraciadamente sólo podemos compadecerle! —respondió Michael.

Freeditorial